

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

**Figuras y Aspectos
De la
Vida Mundial
III
(1929-1930)**

18

“BIBLIOTECA AMAUTA”
LIMA-PERÚ

17

1929

LA INSURRECCION EN ESPAÑA*

El general Primo de Rivera ha sorteado, por una serie de circunstancias favorables, el más grave de los peligros que, desde el golpe de estado de Barcelona, han amenazado su aventura reaccionaria. El azar continúa siendo fiel a Primo de Rivera, en su accidentado itinerario del casino al gobierno. Según la crónica cablegráfica, si el ex-Presidente del Consejo, Sr. Sánchez Guerra, hubiese llegado a Valencia, conforme al plan insurreccional, que acaba de abortar, dos días antes, la dictadura habría sido casi seguramente liquidada en algunas horas.

Pero el azar, al mismo tiempo que ha salvado a Primo de Rivera, ha descubierto la flaqueza y el desgaste de su gobierno. La magnitud de la Conjunción militar que ha estado a punto de echar alegre y marcialmente del poder al dictador, indica hasta qué punto está minado el terreno que éste pisa. La conspiración cunde en el ejército —cosa que ya sentía Primo de Rivera desde el proceso al general Wyler y sus compañeros— y en la nobleza. Esto mismo facilita a Primo de Rivera el solícito empleo de las armas de la provocación y el espionaje; pero lo descalifica, aun ante sus propios amigos y padrinos de la monarquía, como régimen militar.

Primo de Rivera, como todos los reaccionarios, no tiene mejor cargo que hacer al régimen parlamentario que el de sus pocas garantías de estabilidad. Los ministerios de los Estados demo-liberales, al decir de los retores o de los sim-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 9 de Febrero de 1929.

ples **profiteurs** de la reacción, gastan sus mejores energías en defenderse de las conspiraciones y zancadillas parlamentarias. Cualquier oportuna intriga de corredor puede traerlos abajo repentinamente. Las dictaduras establecidas por golpes de mano tan afortunados como el del ex-capitán general de Barcelona, no estarían sujetas a análogos riesgos. Su principal ventaja estribaría en su seguridad. Libres de las preocupaciones de la política parlamentaria, podrían entregarse absolutamente a una austera y tranquila administración.

Esta es la teoría. Mas la experiencia de Primo de Rivera está muy lejos de confirmarla. La suerte de su gobierno se presenta permanentemente insidiada por una serie de taras internas, a la vez que atacada por toda clase de enemigos externos. Contra la dictadura no se pronuncian solamente los partidos de centro y de izquierda —liberales, republicanos, socialistas, etc.,— sino también una gran parte de los grupos de la derecha, de la aristocracia, del ejército, del capitalismo. El propio favor del monarca no es muy seguro. Depende de las ventajas que pueda encontrar eventualmente Alfonso XIII en licenciar a la dictadura, para restablecer -amnistiado por la opinión liberal-, a la Constitución.

Si todos los elementos liberales se hubiesen decidido ya a renunciar a toda indagación de responsabilidades, y a perdonar al rey su escapada a la ilegalidad, hace tiempo, probablemente, que Primo de Rivera habría sido enviado a aumentar la variopinta escala de "emigrados" que las revoluciones han producido en la Europa post-bélica. Unamuno es uno de los más enérgica y eficazmente adversos a la fórmula de "borrón y cuenta nueva". Con el desterrado de Hendaya, coinciden los mejores hombres del liberalismo español, en que la hora de la restauración de la legalidad debe ser también la del ajuste

de cuentas con la monarquía, irremisiblemente comprometida por su complicidad con Primo de Rivera.

La situación española, por esto, —a medida que Primo de Rivera y sus mediocres rábulas aparentemente se consolidaban en el poder—, se ha ido haciendo cada día más revolucionaria. La cuestión de régimen que, desde la afirmación de un orden demo-liberal en España, parecía descartada, vuelve a plantearse. El propio Sánchez Guerra, conservador ortodoxo, habría llevado su oposición a la dictadura, a términos de censura y ataque a la monarquía.

La mejor solución para la monarquía habría sido, sin embargo, la victoria de Sánchez Guerra. Es difícil que, dueño del poder, el jefe conservador se hubiese decidido a usar su fuerza contra la institución monárquica. La influencia de la aristocracia, hubiese pesado, en forma muy viva, sobre sus resoluciones. Prisionero y procesado Sánchez Guerra, es inevitable el prevalecimiento, en la oposición, de las tendencias liberal y revolucionaria. La solidaridad del rey Alfonso y de la monarquía con Primo de Rivera se ratifica. Las responsabilidades del rey y del dictador aparecen inseparables. Esto aparte de que Sánchez Guerra resulta el huésped más incómodo de las prisiones de la dictadura. Ya ha habido que afrontar una tentativa para libertarlo. La prisión y el proceso subrayarán los rasgos de su carácter y energía. Es un hombre al que no se puede mantener indefinidamente en una fortaleza, sin preocupar seriamente a la gente conservadora respecto al régimen bajo el cual se dan casos como éste de rebelión, enjuiciamiento y condena.

El general Primo de Rivera se imagina decir una cosa muy satisfactoria para él cuando afirma que ha pasado la época de las revoluciones

políticas y que ahora sólo es temible y posible —¡claro que no en España!— una revolución de causas sociales y económicas. El proletariado revolucionario coincide, sin duda, con Primo de Rivera —con quien es tan difícil coincidir en algo— en la parte afirmativa de su apreciación, en la de que hoy no se puede llamar revolución sino a la que se proponga fines sociales y económicos. Pero, aparte de que su política en general no tienda sino a apurar esta revolución social y política. Primo de Rivera olvida que su régimen no cuenta enteramente con la confianza de la propia clase a nombre de la cual gobierna. La burguesía española en gran parte le es adversa. La propia aristocracia, a pesar de cuanto la halaga el restablecimiento del absolutismo, no le es íntegramente adicta. Y el proletariado, en todo caso, tiene que estar por el restablecimiento de la legalidad; y tiene que operar de modo de ayudar al triunfo de la revolución política, con la esperanza y la voluntad de transformarla en revolución social y económica.

No admitir que ésta es la realidad objetiva de la situación equivaldría a pretender que se puede gobernar indefinidamente a España con la sedicente Unión Patriótica, el señor Yangas, el general Martínez Anido, el señor Calvo Sotelo y doña Concha Espina, contra los elementos solventes de las derechas y contra la unanimidad más uno de las izquierdas.

LA LIQUIDACION DE LA CUESTION ROMANA*

El fascismo concluye, en estos momentos, uno de los trabajos para que se sintió instintivamente predestinado desde antes, acaso, de su ascensión al poder. Ni sus orígenes anti-clericales, agresivamente teñidos de paganismo marinettiano y futurista —el programa de Marinetti comprendía la expulsión del Papa y su corte y la venta del Vaticano y sus museos—; ni las reyertas entre campesinos católicos y legionarios fascistas en los tiempos de beligerancia del partido de Don Sturzo; ni las violentas requisitorias de Farinacci entra el anti-fascismo recalcitrante —**inittiano addirittura!**— del Cardenal Gasparri; ni la condena por los tribunales fascistas de algunos curas triestinos; ni la terminante exclusión del **scoutismo** católico como concurrente de la organización mussolinista de la adolescencia; ninguno de los actos o conceptos, individuos o situaciones que han opuesto tantas veces el **fascio littorio** y el cetro de San Pedro, ha frustrado la ambición del **Dux** de reconciliar el Quirinal y el Vaticano, el Estado y la Iglesia.

¿Quién ha capitulado, después de tantos lustros de intransigente reafirmación de sus propios derechos? Verdaderamente, la cuestión romana, como montaña casi insalvable entre el Quirinal y el Vaticano, había desaparecido poco a poco. Incorporada la Italia del **Risorgimento** en la buena sociedad europea, el Vaticano había visto tramontar, año tras año, la esperanza

* Publicado en **Variedades**, Lima, 16 de Febrero de 1929.

de que un nuevo ordenamiento de las relaciones internacionales consintiese la reivindicación del Estado pontificio. Dictaban su ley no sólo a la buena sociedad europea, sino a la sociedad mundial, naciones protestantes y sajonas con muy pocos motivos de aprecio por la ortodoxia romana; le imponía su etiqueta diplomática una nación latina, —Francia—, entregada, desde su revolución, a la más severa y formalista laicidad franc-masona. La Iglesia Romana, en el curso del ochocientos, habría dado muchos pasos hacia la democracia burguesa, separando teórica y prácticamente su destino del de la feudalidad y la autocracia. El liberalismo italiano, a su vez, no había osado tocar el dogma, llevando a su pueblo al protestantismo, a la iglesia nacional. La cuestión romana había sido reducida por los gobernantes del "transformismo" italiano, a las proporciones de una cuestión jurídica. En realidad, descartados sus aspectos político, religioso y moral, no era casi otra cosa. Si el Vaticano aceptaba el dogma de la soberanía popular y, por ende, el derecho del pueblo italiano a adoptar en su organización los principios del Estado moderno, no tenía que reclamar, sino contra la unilateralidad arbitraria de la Ley **delle Guarentigie**. Esta ley era inválida por haber pretendido resolver, sin preocuparse del consenso ni las razones del Papado, una cuestión que afectaba a sus derechos.

Pero, en tiempos de parlamentarismo demo-liberal, un arreglo estaba excluido por el juego mismo de la política de cámara y pasillos. Aparte de que todos los líderes coincidían tácitamente con la tendencia giolittiana a aplazar, por tiempo indefinido, cualquiera solución. La política —o la administración— giolittiana tenía que **ménager** de una parte, a los clericales, gradualmente atraídos a una democracia sosegada, progresista, tolerante, exenta de todo ex-

cesivo sectarismo, de toda peligrosa duda teológica; y de otra parte, a los demo-liberales y demo-masones, empeñados en sentirse legítimos y vigilantes del patrimonio ideal del **Risorgimento**.

La crisis post-bélica, la transformación cada día más acentuada de la política de partidos en política de clases, la consiguiente aparición del partido popular italiano bajo la dirección de Don Sturzo, cambiaron después de la guerra los términos de la situación. La catolicidad, que políticamente había carecido hasta entonces en Italia de representación propia, comenzó a disponer de una fuerza electoral y parlamentaria que pesaba decisivamente, dada la actitud de los socialistas, en la composición de la mayoría y el gobierno.

Pero estaba vigente aún la tradición del Estado liberal y laico surgido del **Risorgimento**. La distancia entre el Estado y la Iglesia se había acortado. Mas el Estado no podía dar, por su parte, el paso indispensable para salvarla. La Iglesia, a su vez, esperaba la iniciativa del Estado. Histórica y diplomáticamente, no le tocaba abrir las negociaciones.

Mussolini ha operado en condiciones diversas. En primer lugar, el gobierno fascista, como he recordado ya en otra ocasión, tratando este mismo tópico¹, no se considera vinculado a los conceptos que inspiraron invariablemente a este respecto, la política de los anteriores gobiernos de Italia. Frente a la "cuestión romana", como frente a todas las otras cuestiones de Italia, el fascismo no se siente responsable del pasado. El fascismo pregonaba su voluntad de construir el Estado fascista sobre bases y principios absolutamente diversos de los que durante tan-

1 Véase el artículo "El Vaticano y el Quirinal", en el t. II de **Figuras y Aspectos de la Vida Mundial**. (N. de los E.)

tos años ha sostenido el Estado liberal. El Estado fascista aspira a ser la antítesis y la negación del Estado liberal. Al mismo tiempo, el fascismo desenvuelve, con astuto oportunismo, una política de acercamiento a la Iglesia, cuyo rol como instrumento de italianidad y latinidad ha sido imperialistamente exaltado por Mussolini. En materia religiosa, el fascismo ha realizado el programa del partido popular o católico fundado en 1919 por Don Sturzo. Lo ha realizado a tal punto que ha hecho inútil la existencia en Italia de un partido católico. (Hay que agregar que, en ningún caso, después del Aventino, la habría permitido como existencia de un partido democrático). "El Papa puede despedir a Don Sturzo", escribía ya hace cinco años Mario Missiroli. El acercamiento del fascismo, a la Iglesia, no sólo se ha operado en el orden práctico, mediante una restauración más o menos política en la escuela. También se ha intentado la aproximación en el orden teórico. Los intelectuales fascistas de Gentile, a Giusso y Pellizzi, se han esmerado en el elogio de la Iglesia. Los más autorizados teóricos del **fascio littorio**, han encontrado en el tomismo no pocos de los fundamentos filosóficos de su doctrina. La ex-comunión de **L'Action Française**, ha comprometido un poco esta **demarche** reaccionaria. Frente al mismo fascismo, el Vaticano ha reivindicado discretamente el concepto católico del Estado, incompatible con el dogma fascista del Estado ético y soberano.

Mas, si a este respecto el acuerdo resultara siempre difícil, no ocurría lo mismo con la "cuestión romana". Precisamente, en este terreno, el fascismo podía ceder sin peligro. Y reconocer al Papado la soberanía sobre los palacios vaticanos, una indemnización y otras prerrogativas, no es ceder demasiado. Lo mismo habría dado, presuroso, Cavour. Sólo que entonces habría parecido muy poco.

EL EXILIO DE TROTSKY*

Trotsky, desterrado de la Rusia de los Soviets: he aquí un acontecimiento al que fácilmente no puede acostumbrarse la opinión revolucionaria del mundo. Nunca admitió el optimismo revolucionario la posibilidad de que esta revolución concluyera, como la francesa, condenando a sus héroes. Pero, sensatamente, lo que no debió jamás esperarse es que la empresa de organizar el primer gran estado socialista fuese cumplida por un partido de más de un millón de militantes apasionados, con el acuerdo de la unanimidad más uno, sin debates ni conflictos violentos.

La opinión trotskista tiene una función útil en la política soviética. Representa, si se quiere definirla en dos palabras, la ortodoxia marxista, frente a la fluencia desbordada e indócil de la realidad rusa. Traduce el sentido obrero, urbano, industrial, de la revolución socialista. La revolución rusa debe su valor internacional, ecuménico, su carácter de fenómeno precursor del surgimiento de una nueva civilización, al pensamiento de Trotsky y sus compañeros reivindicados en todo su vigor y consecuencias. Sin una crítica vigilante, que es la mejor prueba de la vitalidad del partido bolchevique, el gobierno soviético correría probablemente el riesgo de caer en un burocratismo formalista, mecánico.

Pero, hasta este momento, los hechos no dan la razón al trotskismo desde el punto de vista

* Publicado en **Variedades**, Lima, 23 de Febrero de 1929.

de su aptitud para reemplazar a Stalin en el poder, con mayor capacidad objetiva de realización del programa marxista. La parte esencial de la plataforma de la oposición trotskista es su parte crítica. Pero en la estimación de los elementos que pueden insidiar la política soviética, ni Stalin ni Bukharin andan muy lejos de suscribir la mayor parte de los conceptos fundamentales de Trotsky y sus adeptos. Las proposiciones, las soluciones trotskistas no tienen, en cambio, la misma solidez. En la mayor parte de lo que concierne a la política agraria e industrial, a la lucha contra el burocratismo y el espíritu nep, el trotskismo sabe de un radicalismo teórico que no logra condensarse en fórmulas concretas y precisas. En este terreno, Stalin y la mayoría, junto con la responsabilidad de la administración, poseen un sentido más real de las posibilidades.

La revolución rusa que, como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil, que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos.¹ Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento.

1 La primera parte de este párrafo, que se refiere a anteriores opiniones de J. C. M. aparecidas en **Varietades** acerca de la separación de Trotsky del Partido Comunista ruso, fue suprimida por el autor en el original que conservamos. (N. de los E.)

Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto del jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin, apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez, -como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución-, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la conciencia de un revolucionario. Pero si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Trotsky, según parece, no posee las

dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

Mientras duró la movilización de todas las energías revolucionarias contra las amenazas de la reacción, la unidad bolchevique estaba asegurada por el **pathos** bélico. Pero desde que comenzó el trabajo de estabilización y normalización, las discrepancias de hombres y de tendencias no podían dejar de manifestarse. La falta de una personalidad de excepción como Trotsky, habría reducido la oposición a términos más modestos. No se habría llegado, en ese caso, al cisma violento. Pero con Trotsky en el puesto de comando, la oposición en poco tiempo ha tomado un tono insurreccional y combativo al cual la mayoría y el gobierno no podían ser indiferentes. Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo, lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata, por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una na-

ción de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente siente su carácter y sus problemas nacionales. Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica.

La revolución rusa se encuentra en un período forzoso de economía. Trotsky, desconectado personalmente del equipo stalinista, es una figura excesiva en un plano de realizaciones nacionales. Se le imagina predestinado para llevar en triunfo, con energía y majestad napoleónicas, a la cabeza del ejército rojo, por toda Europa, el evangelio socialista. No se le concibe, con la misma facilidad, llenando el oficio modesto de ministro de tiempos normales. La Nep lo condena al regreso de su beligerante posición de polemista.

LA MISION DE ISRAEL*

Como nota René Guillouin, en un reciente artículo de "La Nouvelle Revue Française", el problema de Occidente, aunque se han apagado mucho los ecos del libro de Henri de Massis, "no ha perdido nada de su interés esencial". El problema de Israel, en estos tiempos de organización y propaganda sionistas, constituye, sin duda, uno de sus aspectos más interesantes. Quizá el que mejor consiente esclarecerlo, respondiendo a la interrogación: ¿Oriente u Occidente? Después de haber dado su aporte ingente a la civilización occidental o europea ¿tienden los judíos a restituirse a Asia, a reintegrarse a Oriente, por la vía de un nacionalismo de orígenes y estímulos totalmente occidentales?

Si alguna misión actual, moderna, tiene el pueblo judío es la de servir, a través de su actividad ecuménica, al advenimiento de una civilización universal. Si puede creer el pueblo judío en una predestinación, tiene que ser en la de actuar como levadura internacional de una sociedad nueva. He aquí como, a mi juicio, se plantea ante todo la cuestión. El pueblo judío que yo amo, no habla exclusivamente hebreo ni yiddish; es políglota, viajero, supranacional. A fuerza de identificarse con todas las razas, posee los sentimientos y las artes de todas ellas. Su destino se ha mezclado al de todos los pueblos que no lo han repudiado (y aún al de aquellos que lo han tratado como huésped odioso, cuyo nacionalismo debe en gran parte su carácter a esta clausura). El máximo valor mundial de Israel está en su variedad, en su pluralidad, en su diferenciación, dones por excelencia de un pueblo cosmopolita. Israel no es una raza, una nación, un Estado, un idioma, una cultura;

* Publicado en **Mundial**, Lima, 3 de Mayo de 1929.

es la superación de todas estas cosas a la vez en algo tan moderno, tan desconocido, que no tiene nombre todavía. Dando una nueva acepción a este término, podemos decir que es un complejo. Un complejo supranacional, la trama elemental, primaria, suelta aún de un orden ecunémico.

Las burguesías nacionales, la británica en primer término, querrían reducir a los judíos a una Nación, a un Estado. Esta actitud, no es quizá, subconscientemente, sino la última persecución de Israel. Persecución hipócrita, diplomática, parlamentaria, sagaz, que ofrece a los judíos un nuevo "ghetto". En la edad de la Sociedad de las Naciones y del imperialismo en gran estilo, este nuevo "ghetto" no podía ser menor que Palestina, ni podía faltarle el prestigio sentimental de la tierra de origen. El "ghetto" tradicional correspondía típicamente al medioevo: a la edad de las ciudades y de las comunas. Nacionalistas leales, de pueblos de agudo anti-semitismo, han confesado más o menos explícitamente su esperanza de que el nacionalismo de Israel libere a sus patrias del problema judío.

Israel ha dado ya todo su tributo a la civilización capitalista. La feudalidad negó a los judíos el acceso a la agricultura, a la nobleza, a la milicia. No sabía que, obligándolos a servicios de artesano, los empujaba a la Industria, y obligándolos a servicios de prestamista y de mercaderes, los preparaba para la Banca y el Comercio, o sea que les entregaba el secreto de los tres grandes factores del capitalismo, vale decir el orden que la había de destruir y suceder. El judío, con estas herramientas, se abrió a la vez que las puertas de la Política, del Estado, otras puertas que el Medioevo cristiano había mantenido oficialmente cerradas para él: las de la Ciencia y el Saber. La Ciencia y el Saber que, en este nuevo orden, tenían que formarse no en los castillos de la nobleza, ni en los claustros de los monjes, sino en los talleres de una economía urbana e industrial. El judío,

banquero o industrial, podía dominar desde la ciudad demoburguesa y liberal al campo aristocrático o **frondeur**.

Pero, desde Marx, el último de sus profetas, Israel ha superado espiritual, ideológicamente, al capitalismo. La sociedad capitalista, declina por su incapacidad para organizar internacionalmente la producción. La más irremediable de sus contradicciones es, tal vez la existente entre sus exacerbados antagonismos nacionalismos y su economía forzosamente internacional. Los judíos han contribuido, en la época revolucionaria y organizadora del nacionalismo, a la afirmación de varias nacionalidades. Han empleado en la obra de crear varios Estados la energía que se les propone emplear, —ahora que el mundo capitalista está definitivamente distribuido entre algunos Estados—, en establecerse, a su imagen y semejanza, como Estado judío.

Por la pendiente de esta tentación el pueblo judío está en peligro de caer en su más grave pecado de orgullo, de egoísmo, de vanidad. La construcción de un Estado judío, aunque no pesase sobre él el protectorado abierto u oculto de ningún Imperio, no puede constituir la ambición de Israel hoy que su realidad no es nacional sino supranacional. El tamaño y el objeto de esta ambición tienen que ser mucho más grandes. El judaísmo ha dado varios Disraeli a otros Estados en la época organizadora y afirmativa de su nacionalismo; no ha reservado ninguno para sí. Sería un signo de decadencia y de fatiga, que se esforzase en procurárselo en esta época del Super-estado.

Internacionalismo igual Supranacionalismo. El internacionalismo no es como se imaginan muchos obtusos de derecha y de izquierda la negación del nacionalismo, sino su superación. Es una negación dialécticamente, en el sentido de que contradice al nacionalismo; pero no en el sentido de que, como cualquier utopismo, lo condena y descalifique como necesidad histórica de una época. Raymond Lefevre estaba en

lo cierto, cuando respondiendo a los contradictores que en el congreso socialista de Tours lo interrumpían para acusarlo de poca ortodoxia internacionalista, afirmó que el internacionalismo es superpatriotismo. El patriotismo judío no puede ya resolverse en nacionalismo. Y al decir no puede, no me refiero a un deber, sino a una imposibilidad.

Porque el peligro de la tentación sionista no existe sino para una parte de los judíos. La mayor parte de los judíos no es ya dueña de elegir su destino: unos están comprometidos a firme en la empresa del capitalismo; otros están empeñados a fondo en la empresa de la revolución. Sión, el pequeño Estado creado para restablecer a Israel en Asia, en Oriente, no debe ser sino un hogar cultural, una tierra de experimentación.

Palestina no representa sino el pasado de Israel. No representa siquiera su tradición, porque desde el principio de su ostracismo, esto es desde hace muchos siglos, la tradición de Israel, la cultura de Israel están hechas de muchas cosas más. Israel no puede renegar a la cristiandad ni renunciar a Occidente, para clausurarse hoscamente en su solar nativo y en su historia pre-cristiana.

El judaísmo debe a la cristiandad la universalización de sus valores. Su ostracismo ha sido el agente más activo de su expansión y de su grandeza. Es a partir del instante en que viven sin patria que los judíos juegan un gran rol en la civilización occidental. Con Cristo y Saulo, ascienden al plano más alto de la historia. Palestina los habría localizado en Asia, limitando mezquinamente sus posibilidades de crecimiento. Israel, sin la cristiandad: no sería hoy más que Persia o el Egipto. Sería mucho menos. Georges Sorel no se engaña, cuando recordando unas palabras de Renán en su **Historia del Pueblo de Israel** sobre el judaísmo después de la destrucción del reino de Judá, dice: "Es precisamente cuando no tuvieron más

patria que los judíos llegaron a dar a su religión una existencia definitiva; durante el tiempo de la independencia nacional, habían estado muy propensos a un sincretismo odioso a los profetas; devinieron fanáticamente adoradores de lahvé cuando fueron sometidos a los paganos. El desarrollo del código sacerdotal, los salmos cuya importancia teológica debía ser tan grande, el segundo Isaías, son de esta época". La cristiandad obligó, más tarde, a Israel a renovar su esfuerzo. Gracias a la cristiandad, sus antepasados lo son también de Occidente y la Biblia no es hoy el libro sagrado de un pequeño país asiático. El judaísmo ganó al perder su suelo, el derecho a hacer su patria de Europa y América. En Asia, después de los siglos de ostracismo creador, el judío es hoy más extranjero que en estos continentes, si en ellos se puede decir que lo sea. El puritano de los Estados Unidos, el marxista de Alemania y Rusia, el católico de España o Italia, le es más próximo histórica y espiritualmente que el árabe de Palestina.

Israel, en veinte siglos, ha ligado su destino al de Occidente. Y hoy que la burguesía occidental, como Roma en su declinio, renunciando a sus propios mitos busca su salud en éxtasis exóticos, Israel es más Occidente que Occidente mismo. Entre Israel y Occidente ha habido una interacción fecunda. Si Israel ha dado mucho a Occidente, también mucho ha adquirido y transformado. El judío permanece así fiel a su filosofía de la acción condensada en esta frase del rabino italiano: "**I'uomo conosce Dio oprando**". Y Occidente, en tránsito del capitalismo al socialismo, no es ya una forma antagónica ni enemiga de Oriente, sino la teoría de una civilización universal.

LA DERROTA DE LOS CONSERVADORES EN INGLATERRA*

El **Labour Party** ha logrado, en las últimas elecciones, la revancha que pacientemente preparaba desde que el Partido Conservador, ganando con el auxilio del falso documento de Zinoviev una mayoría, puso término en Noviembre de 1924, al breve experimento del primer ministerio laborista. Los laboristas, en esas elecciones, no obtuvieron menor número de votos que en las de Abril del mismo año. Perdieron puestos por la concentración de los votos de la burguesía, antes divididos entre dos partidos, a favor de los candidatos conservadores, en todos los distritos electorales donde no había otro medio de hacer frente a los candidatos laboristas; pero, numéricamente, su electorado aumentó, continuando, por consiguiente, el partido su ascensión en la estadística eleccionaria de la Gran Bretaña. Y mayor derrota sufrió, sin duda, en tal ocasión, el Partido Liberal que, como consecuencia de un fenómeno de polarización de la burguesía y la pequeña burguesía británicas alrededor de la bandera conservadora, perdía definitivamente su rol tradicional en el parlamento y la política inglesas. Mas, el **Labour Party**, en noviembre de 1924, no había ido a las elecciones simplemente para mantener y acrecentar sus posiciones eleccionarias, sino para ganar la mayoría. Y el electorado concedió esta mayoría a los conservadores, asegurándoles cinco años de gobierno sólidamente garantizados contra la agitación parlamentaria. El **Labour Party**, en mino-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 5 de Junio de 1929.

ría en el parlamento por el voto adverso de los liberales, había consultado al país si contaba o no con su confianza para continuar en el poder, con efectiva facultad de administrar. Y la mayoría había respondido votando por los conservadores.

Sin duda, el **Labour Party** había llegado al poder prematura y accidentalmente. La primera votación de 1924 no había dado la mayoría a los laboristas, sino la había negado a todos los partidos, y en primer lugar al que ejercía el poder, el conservador. Aunque los conservadores retenían el primer lugar en el parlamento, el escrutinio significaba la censura. Los laboristas, que por primera vez ocupaban el segundo lugar en el parlamento, fueron llamados, conforme a la práctica inglesa, a constituir el gobierno. Pero los laboristas no podían mantenerse en el poder, sin los votos de los liberales. La duración del experimento gubernamental del **Labour Party**, dependía del consenso parlamentario de un partido de principios diversos e intereses propios, poco dispuesto a admitir que el desplazamiento de las fuerzas electorales tuviese un carácter definitivo, propenso a intentar de nuevo la prueba electoral, dirigido por un político esencialmente oportunista como Lloyd George de humor un tanto versátil y afición un tanto aventurera. Lloyd George y su hueste parlamentaria en servicio de sus propios principios e intereses, sostuvieron el ministerio laborista el tiempo necesario para que, con asuntos de ordinaria administración, resolviera la cuestión del presupuesto. El criterio hacendario del laborismo coincidía en este asunto con el de los liberales. Todos los factores eran adversos a la prolongación del experimento laborista. El mismo **Labour Party** no tenía motivos para sentirse muy seguro y cómodo en el poder, antes de haber confirmado su avance en una nueva votación.

Durante los cinco años de administración conservadora transcurridos desde entonces, el **Labour Party** no ha llegado a adoptar una nueva línea política, decidida y segura. El personal de intelectuales y funcionarios que sigue a Mac Donald y Thomas, ha desenvuelto su actividad bajo el influjo de dos opuestas preocupaciones: la de ganarse a las capas fluctuantes del electorado, reacias a suscribir un programa insuficientemente evolucionista y británico; y la de anular los efectos de la crítica de los elementos de izquierda del partido en las masas obreras, cuyos intereses de clase reclaman del laborismo una dirección más explícitamente antiburguesa y proletaria. Los líderes laboristas, obsecuentes a un criterio electoral y parlamentario, han tendido a hacer las mayores concesiones a la primera imprecisa y aleatoria clientela. Pero, esta estrategia, por una parte comprometía la unidad de acción y doctrina del **Labour Party**, con el engrosamiento de la corriente Cox-Maxton y la justificación de sus cargos contra el grupo dirigente y por otra parte, disminuía la energía combativa del laborismo y sus medios morales y programáticos de agitar vigorosamente a la opinión media, resolviéndola a un cambio. El **Labour Party** se presentaba casi asustado de la gravedad de sus objetivos y de la trascendencia de sus principios. Y no era éste, ciertamente, el mejor modo de infundir al pueblo confianza en su voluntad y aptitud de solucionar los problemas vitales de Inglaterra. La concurrencia de un político tan diestro como Lloyd George en el arte de impresionar a la opinión, resultaba, no obstante la visible decadencia teórica y práctica del liberalismo, singularmente inoportuna.

La estruendosa derrota sufrida por el Partido Conservador, a pesar de todas estas circunstancias, demuestra la evidencia absoluta del fracaso de la política de Baldwin. Los laboristas

no han necesitado sino insistir en la mediocridad gubernamental de los conservadores frente a la crisis económica e industrial de la Gran Bretaña, para afirmarse como partido de oposición pronto para confrontar, con mejor éxito, las dificultades del gobierno. Cinco años de administración, han debilitado al Partido Conservador, con más eficacia quizá que el crecimiento natural y la madurez histórica del partido del proletariado. La crisis de la industria y el comercio ingleses, que causa la desocupación de millón y medio de hombres, onerosa y enervante para el fisco y la producción, se ha manifestado superior a la técnica conservadora. La crisis de la economía británica es una crisis de capitalismo; y es Lógico que la autoridad y el crédito de las fuerzas y teorías de gobierno de este sistema se resientan con su prolongamiento y complicaciones. El pueblo inglés empieza a desconfiar de la eficiencia política y administrativa del capitalismo. No es tiempo todavía de que conceda un crédito firme al socialismo. Pero se inclina ya a favorecer el ensayo de sus métodos, muy atenuados por supuesto, en la solución de los problemas nacionales. Los líderes reformistas del **Labour Party** han hecho, además, muy poco por conseguir un consenso más decidido para la política socialista.

El Partido Liberal sale, por segunda vez, de las elecciones, reducido a un elemento de equilibrio y de combinación. Está en la situación adjetiva, secundaria, del Partido Laborista, antes de que entrara en su mayor edad, con la diferencia de que se encuentra en ella por envejecimiento. El tiempo no trabaja a su favor, como en el caso del **Labour Party**, cuando, vivo aun en Inglaterra el sistema bipartito, la juventud del laborismo significaba por sí sola una esperanza. Baldwin ha experimentado una gran derrota; pero Lloyd George no ha experimentado una derrota menor.

A los liberales les toca votar en el nuevo parlamento contra Baldwin. No serían coherentes de otro modo con su campaña eleccionaria. El **Labour Party** reasumirá el poder. ¿Qué actitud tomarán entonces los liberales? Una inmediata disolución del parlamento, una segunda consulta al sufragio universal, no sería, por ningún motivo, favorable a los liberales. Lloyd George y su facción afrontarían la prueba con menos elementos que nunca. La lucha sería un duelo entre laboristas y conservadores. A los liberales no les interesa precipitar ese duelo.

Las izquierdas recobran, en Europa, con el triunfo del **Labour Party**, el terreno que han parecido perder incesantemente desde que comenzó con una fuerte marejada reaccionaria, el actual período de estabilización capitalista. Después de cinco años de política conservadora. Inglaterra retorna, con más convicción que en 1924, al experimento laborista. Muy pronto sabremos a qué atenernos respecto a la duración y alcances de este segundo tiempo de reforma.

RUSIA Y CHINA*

El ataque a la U.R.S.S. por uno de los Estados que la diplomacia y la finanza de los imperialismos capitalistas puede movilizar contra la revolución rusa estaba demasiado previsto desde que a la etapa del reconocimiento de los Soviets por los gobiernos de Occidente —empujados en parte a esta actitud, según lo observa Álvarez del Vayo, por la esperanza de que los negocios en Rusia aliviasen su crisis industrial— siguió la etapa de hostilidad y agresión inaugurada por el allanamiento de la casa Arcos en Londres. Desde entonces es evidente la reaparición en las potencias capitalistas de un acre humor antisoviético. Mr. Baldwin no trepidó en aceptar las responsabilidades de la ruptura de las relaciones diplomáticas, restablecidas por el primer gabinete Mac Donald. Y en Francia una estridente campaña de prensa, subsidiada y dirigida por la más notoria plutocracia, exigió el retiro del Embajador Rakovsky.

Pero, generalmente, se pensaba que la ofensiva comenzaría otra vez en Occidente. Polonia se ha impuesto el oficio de gendarme de la reacción. Y el general Pilsudsky, en vena siempre de aventuras más o menos napoleónicas, se ha entrenado bastante en la conspiración y la maniobra antisoviéticas. Rumania, favorecida por la paz con la anexión de la Besarabia, a expensas de Rusia y del principio de libre determinación de las nacionalidades, es otro foco de intrigas y rencores contra la U.R.S.S. Y, en gene-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 26 de Julio de 1929.

ral, a ningún trabajo se han mostrado tan atentas las potencias de Occidente como al de interponer entre la U.R.S.S. y la vieja Europa demo-burguesa una sólida muralla de Estados incondicionalmente adictos a la política imperialista del capitalismo.

La amenaza a que más sensible se manifestaba esta política era, sin embargo, la de la creciente influencia de Rusia en Oriente. Y era lógico, por consiguiente, que la nueva ofensiva anti-rusa eligiese para sus operaciones los países asiáticos. En esto, el Imperio Británico, sobre todo, continuaba, su tradición. Inglaterra, desde los tiempos de Disraeli, ha sentido en Rusia a su mayor rival en Asia.

En la política de Persia, la mano de Inglaterra se ha movido activamente contra Rusia en los últimos tiempos, en modo demasiado ostensible. Y, a partir del nuevo curso de la política china, que ha hecho del **Kuo-Ming-Tang** y sus generales un instrumento más perfecto y moderno de los intereses imperialistas que los antiguos caudillos feudales, la excitación de China contra Rusia no ha cesado un instante. La actitud de las autoridades de la Manchuria expulsando intempestivamente a los rusos de esa parte de la China y apoderándose de modo violento del ferrocarril oriental, no es sino un efecto de un trabajo, cuyos antecedentes hay que buscar en la lucha de los imperialismos capitalistas con los Soviets durante la acción nacionalista revolucionaria del **Kuo-Ming-Tang**.

El Japón juega, sin duda, en la preparación de este conflicto un rol preponderante. Las inversiones del Japón en la Manchuria alcanzan una cifra conspícua. La penetración japonesa en la China, en general, avanza a grandes pasos desde la guerra que hizo del Japón algo así como el fiduciario de la Entente en el Extremo

Oriente. La Conferencia de Washington sobre los asuntos chinos, tuvo entre sus principales objetos el de contener la expansión japonesa en la China. Estos intereses económicos se han reflejado incesantemente en el desarrollo de la política. El Japón, occidentalizado y progresista, se ha esmerado a este respecto en la colaboración con los elementos más retrógrados de la China. El Club An-Fú fue su partido predilecto. Luego Chang-So-Ling, el dictador de la Manchuria, acaparó sus simpatías. Y las ambiciones del Japón sobre la Manchuria son de vieja data. El ferrocarril ruso de la Manchuria recuerda, precisamente, al Japón una de sus derrotas diplomáticas. Su victoria militar sobre la China en 1895 le pareció título bastante para instalarse en la península de Liao-Tung, en Port Arthur, en Dalny, en Wei-Hai-Wei y la Corea. Pero, entonces, este apetito excesivo y poco razonable estaba en absoluto conflicto con los intereses de las potencias europeas. Rusia zarista, particularmente, que acababa de construir la línea transiberiana, no podía avenirse a las pretensiones desmesuradas del Japón. La diplomacia de Rusia, Francia y Alemania obligó al Japón a soltar la presa. Y, más tarde, Rusia se hacía adjudicar el Liao Tung con Port Arthur y Dalny y obtenía la autorización de construir el ferrocarril de la Manchuria. Rusia perdió en la guerra con el Japón una parte de estas posesiones; pero entre otras, juzgadas inconstestables, conservó la del ferrocarril. Y en 1924, el propio gobierno de Chan-So-Ling reconoció a Rusia sus derechos sobre esta vía férrea. La diplomacia revolucionaria de los Soviets había roto con la tradición del zarismo en sus relaciones con China, renunciando a los derechos de extraterritorialidad y otros que los tratados vigentes con las potencias europeas le reconocían. Rusia había inaugurado una nueva etapa en las relaciones de Europa con China, tratándola de igual a igual.

Chang-So-Ling, dictador feudal del más reaccionario espíritu, no era por cierto un gobernante dispuesto a apreciar debidamente este lado de la nueva política rusa. Pero los derechos de Rusia aparecían tan indiscutibles que el tratado no podía conducir sino a su ratificación.

La conducta de la China va contra toda norma de derecho. Un telegrama de Ginebra comunica "que los juristas de Ginebra y La Haya se muestran generalmente inclinados a favorecer la actitud de los abogados de Moscú, quienes insisten en que la China no ha tenido ninguna causa justificada para proceder en la violenta y repentina forma que lo hiciera, sin tratar siquiera de justificar su actitud mediante avisos previos". Esta opinión, dada la ninguna simpatía de que goza la Rusia soviética en el ambiente de la Sociedad de las Naciones, revela que la sutileza de los jurisconsultos no encuentra excusa seria para el proceder chino. Se invoca, como de costumbre, el pretexto, bastante desacreditado, de la propaganda comunista. Pero esta propaganda, en caso de estar comprobada, podría haber sido una razón para medidas circunscritas contra los elementos no deseables. Es imposible explicar con el argumento de la propaganda comunista, las prisiones y exportaciones en masa y la confiscación del ferrocarril.

La política del Japón en la China obedece a intereses distintos y aún rivales de los que dictan la política yanqui. Habían dejado de coincidir aún con los de la política británica. La lucha entre los imperialismos rivales es, sin duda, un obstáculo para un inmediato frente único, antisoviético, de las grandes potencias capitalistas. Pero la intención de este frente está en los estadistas de sus burguesías. El pacto, Kellogg confronta su primera gran prueba, lo mismo que la diplomacia laborista. La China feudal y mi-

litarista, la China de Chang Hseuh Liang y Chang Kai Shek, carece de voluntad en este conflicto. No será ella, en el fondo, la que dé la respuesta que aguarda la demanda soviética.

GRAN BRETAÑA CONTRA EL PLAN YOUNG*

El plan Dawes constituyó un arreglo provisorio de la cuestión de las reparaciones. El año de 1923 había señalado la extrema exacerbación de este problema con la ocupación del territorio del Ruhr. Ese año había marcado también, después de una vigorosa ofensiva, el retroceso de las fuerzas proletarias. El Occidente capitalista había visto demasiado cercana la amenaza de la revolución en Alemania para desconocer la necesidad de una política de compromiso. Francia, —fracasada la empresa del Ruhr como medio de obtener de Alemania la satisfacción de sus obligaciones financieras—, se avino, bajo la instancia de Inglaterra y Estados Unidos, a una fórmula transaccional. Alemania, en bancarrota, solicitaba nuevos plazos, ayuda finan-

 * Publicado en **Mundial**, Lima, 15 de Agosto de 1929. Con estas notas inició J.C. M. su sección "Lo que el cable no dice", precedida de las siguientes líneas de introducción de **Mundial**:

"Y no es, precisamente, que la censura oficie de cancerbero. El laconismo del cable lo imponen mil otras circunstancias materiales y de tiempo. Nos da la noticia escueta. Seca. Es el esquema de la realidad que el lector completa. Pero, por lo mismo, se requiere un hombre que sepa ampliar, con el comentario sesudo y verídico, lo que la noticia nos da sin más detalles. Este raro sentido de la noticia, gracia de la que están tocados muy raros seres sobre la tierra, es un don permanente de uno de nuestros primeros periodistas: José Carlos Mariátegui. El querido colega que conoce, más allá de los colores y la configuración, adentro de la corteza, el mapa político e intelectual del mundo, va a decirnos, inaugurando desde ahora la sección "Lo que el cable no dice". Nadie más capacitado para divulgar en la masa de lectores lo que expresan las informaciones cotidianas. José Carlos Mariátegui que es un trabajador infatigable, que en el puente de su nave heroica, otea los buenos tiempos de la humanidad, hablará, desde **Mundial**, de lo que, al través del lente noticioso, descubren sus ojos de vigía alerta siempre a la verdad". (N. de los E.)

ciera. Si no se quería arrostrar los peligros de una crisis más grave aún, había que concedérselos. 1924 robusteció y consolidó definitivamente los elementos de la estabilización capitalista. Fue, por esto mismo, el año de la primera victoria de los laboristas en Inglaterra y de la derrota de Poincaré en Francia. El plan Dawes aportó la solución temporal de la crisis de las reparaciones. Estados Unidos, por intermedio de sus banqueros, asumía una función decisiva en la normalización de la economía europea, imponiendo a todos, como condición de su asistencia, vale decir de sus créditos, la renuncia de todo empeño agresivo e intransigente que pudiese significar un riesgo para el orden demoburgués.

El plan Young, sometido a la deliberación de la actual Conferencia de Reparaciones de La Haya, y al que el gobierno inglés, con el discurso de Snowden, acaba de retirar su asentimiento, tiene por objeto resolver definitiva e integralmente el problema de las reparaciones, estableciendo no sólo la escala de los pagos de Alemania a los aliados, a partir del 1º de Setiembre próximo, sino también las facilitaciones que se podían otorgar al Reich en caso de que transitoriamente no le fuese posible cumplir sus obligaciones sin desastrosas consecuencias en el curso de su moneda, los derechos de cada una de las potencias aliadas sobre las entregas en dinero y especies, las relaciones entre la amortización de la deuda alemana y la de las deudas ínter-aliadas, etc.

Que la Gran Bretaña, conciliadora en 1924, cuando le tocaba propiciar y conseguir el acuerdo entre Alemania y Francia, rehuse ahora en términos inesperados, su consentimiento a la entrada en vigor del plan de los expertos financieros, tal como está concebido, no es tan inexplicable como a primera vista puede parecer. En

estos cinco años de vigencia del plan Dawes, el conflicto entre los intereses del Imperio Británico y los Estados Unidos no ha cesado de acentuarse. Las consecuencias del crecimiento y expansión norteamericanas, han evidenciado prácticamente el irreductible antagonismo entre ambos imperios. El reactivo de la industria alemana, a la que se asocia en vasta escala el capital yanqui, resucita, por otra parte, en cierta medida, la rivalidad que engendró la guerra de 1914. La prosperidad industrial de Alemania, no es posible sin daño para las exportaciones británicas. Francia y Alemania, desde antes del coloquio Briand-Stresseman que precedió a Locarno, han empezado a considerar su mutua necesidad de cooperación económica. Los intereses metalúrgicos iniciaron un acuerdo, una colaboración, que los diálogos diplomáticos se han limitado a traducir a un lenguaje político. El plan del comité de expertos de 1929 no tiene, en fin, una fisonomía menos norteamericana que el del comité de expertos de 1924. Mr. Owen D. Young, un norteamericano, ha presidido las labores del comité y dado su nombre al dictamen. El mecanismo de las reparaciones que en el plan Dawes conservaba un carácter político o administrativo, en el plan Young adquiere un carácter netamente financiero. Se crea un banco especial, constituido por los bancos centrales de los siete países del comité de reparaciones, con un capital de 100'000,000 de dólares, para todas las operaciones concernientes al movimiento y distribución de las anualidades. Un banco; esto es el organismo más del gusto del país que ensancha incesantemente en el mundo su radio y su poder de prestamista y que actúa su política a través de sus institutos financieros más bien que a través de sus embajadas y departamentos administrativos.

Inglaterra se estima excesivamente sacrifica-

da por el plan Young a los intereses de sus ex-aliados y de Alemania. Halla, sin duda, demasiado favorecida a Francia, país al cual el comité de expertos reconoce derechos preferenciales. El plan, con el objeto de asegurar la necesaria elasticidad a los plazos dentro de los cuales, deben efectuarse los pagos de Alemania, distingue dos anualidades, una incondicional y otra diferible. Y de la anualidad incondicional de 660 millones de marcos, asigna a Francia 500 millones, con la obligación para este país de constituir un fondo de garantía destinado a cubrir las diferencias que resultasen de una suspensión en el pago de la parte diferible de la cuota anual. El plan Dawes, estableció el pago en mercaderías; el plan Young lo mantiene por diez años. Inglaterra, obligada a recibir parte de estas mercaderías, siente repercutir esta facilitación en su crisis industrial. El problema de las reparaciones se complica, bajo este aspecto, con el problema de su industria.

El cable anuncia que al golpe de escena de Snowden o, mejor, del gobierno británico, puesto que Ramsay Mac Donald ampara plenamente los puntos de vista de su Ministro de Finanzas, ha seguido un período de tregua, en el curso del cual se negociará un arreglo. Pero, a este respecto, la conclusión del informe de los expertos impone una seria reserva. Como sus predecesores del comité Dawes, los peritos del comité Young advierten: "Consideramos nuestro informe como un todo indivisible. Estimamos que no es posible llegar a un resultado feliz adoptando ciertas recomendaciones y descartando las otras".

LA CONSTITUCION DE PRIMO DE RIVERA

Desde su súbita elevación al poder, algo asombrado probablemente de su propia **réussite**, Primo de Rivera no ha insistido en nada tanto co-

mo en las seguridades de su provisoriedad. Al revés del **duce** fascista, que no fija plazos a su régimen, porque le atribuye la misión de construir una nueva "grandeza romana", Primo de Rivera, en el gobierno, ha tenido siempre el aire de un hombre que pide excusas por su presencia en ese puesto y que no se siente estable en él sino a condición de que sus compatriotas no duden de su interinidad.

La convocatoria a la asamblea nacional, el debate sobre la nueva constitución, la preparación de las elecciones que restablecerán la legalidad en España, etc., todos los tópicos del monólogo gubernamental no han tenido otro sentido político que una renovada garantía de la función transitoria de la dictadura.

Después de haber tronado desgarbadamente contra los políticos del "viejo régimen", Primo de Rivera no aspira hoy a mejor éxito que a la participación en su asamblea nacional del mayor número de ex-ministros. La Unión General de Trabajadores no obstante su reformismo oportunista, ha respondido a su invitación con un no rotundo. Y si abundan los Romanones que se presten a la colaboración, tanto mejor para la liquidación de pseudo-liberalismo español.

EL 10º ANIVERSARIO DE LA REPUBLICA ALEMANA

La República Alemana ha celebrado, bajo la presidencia del Mariscal Hindenburg, el décimo aniversario de la Constitución de Weimar. El monarquismo, como programa de restauración del Kaiser, llega a este aniversario visiblemente liquidado. El partido nacionalista, contra la recalcitrante protesta de su derecha, no ha tenido más remedio que aceptar la condición de partido republicano para mantener su influencia en el gobierno del país. Quedan, sin duda, muchos

monárquicos en Alemania. Y una marejada reaccionaria, acrecentaría su número quién sabe en qué proporción. Pero la República reposa en el cimiento de una sólida mayoría.

De este resultado, se ufana, en primera línea, la social-democracia que, instalada en el poder, de nada se preocupó tanto como de usar de él con prudencia. Pero, el análisis de los acontecimientos, enseña algo muy diverso. El estado mayor de teóricos y burócratas del partido social-demócrata, no se había planteado nunca la cuestión de la toma del poder. El derrumbamiento de la monarquía los obligó a asumir el gobierno antes de que hubiesen tenido tiempo de reponerse de la impresión de este cambio, que excedía violenta y desmesuradamente los más osados cálculos de su determinismo y las más distantes esperanzas de su educación parlamentaria. Y si la marea reaccionaria, que siguió el fracaso de la última ofensiva del proletariado, no restableció la monarquía, el mérito del salvataje de la República, en esa crisis, no pertenece ciertamente a la social-democracia. La República, si se prescinde del apoyo que le prestaba el consenso pasivo de ciertas capas sociales, gubernamentales por inercia o por precaución, no estaba defendida válidamente sino por el proletariado. La huelga general que obligó a capitular al general Kapp, a los pocos días de su golpe de mano de Berlín, reveló a la burguesía industrial y financiera de Alemania el peligro de jugar a la restauración.

LA CONFERENCIA DE LAS REPARACIONES*

La estabilización capitalista descansa en fórmulas provisionales. La interinidad de los acuerdos es su característica dominante. La constitución de los Estados Unidos de Europa sería el medio de organizar a la Europa burguesa en una liga que, resolviendo los conflictos internos de política y la economía europeas, opusiese un compacto bloque, de un lado a la influencia ideológica de la U.R.S.S. y de otro a la expansión económica de Norteamérica. Pero, a cada paso, surge un incidente que descubre la persistencia, — más todavía, la sorda exacerbación—, de los antagonismos que alejan o descartan la posibilidad de unificar a la Europa capitalista. Ramsay Mac Donald se cuenta entre los estadistas que prevén que en el decenio próximo se preparará algo así como los Estados Unidos de Europa; pero esto no le impide asumir en la conferencia de las reparaciones de La Haya una actitud tan estrictamente ajustada al interés y el sentimiento nacionales como la que tomaría, en el mismo caso, Winston Churchill. Las siete potencias interesadas en la cuestión de las reparaciones y de los créditos de guerra, después de algunos coloquios, pueden entenderse provisoriamente respecto a este problema; pero mucho más difícil es que pacten un plan definitivo, una solución integral. Formular el plan Young, ha sido, por esto, más laborioso y complicado que formular el plan Dawes. Se trata ahora de fijar totalmente las obligaciones de Alemania hasta la extinción de su deuda, la participación de los aliados —o me-

* Publicado en **Variedades**, Lima, 21 de Agosto de 1929.

jor, ex-aliados— en estas cantidades y la vinculación entre los pagos alemanes y las deudas interaliadas. Y, antes de suscribir un convenio que compromete irremediabilmente su política en el porvenir, cada uno de los principales interesados extrema sus precauciones. Como el régimen Dawes debe cesar el 31 de este mes, si el régimen Young no queda sancionado en La Haya, la conferencia de las reparaciones se verá en el caso de adoptar, mientras se elabora un acuerdo completo, alguna disposición provisoria.

El plan Young, según sus autores, es un todo invisible. Todas sus partes están en relación unas con otras. Tocar el capítulo del pago en especies, por ejemplo, es tocar el monto de la indemnización, y, por consiguiente, la escala de las anualidades. Los expertos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Bélgica, el Japón y Alemania, no han conseguido montar esta ingeniosa maquinaria sino después de un larguísimo trabajo de coordinación de sus engranajes. Si se mueve una sola de sus ruedas, la maquinaria no funcionará: habrá que reconstruirla totalmente.

Los expertos han establecido, en primer término, un sistema de cierta elasticidad. Distribuir el total de la deuda alemana en un número de años, y señalar la cuota fija de amortización anual, habría sido fácil; pero un sistema de esta rigidez habría reclamado, en conflicto con las circunstancias, constantes revisiones prácticas. El plan de los expertos tenía que considerar la capacidad de pago de Alemania como un factor sujeto a posibles variaciones. Dentro de un programa de regulación definitiva de los pagos y las deudas, necesitaba dejar un margen al juego de las contingencias. El plan Young, objeto actualmente de los reparos de Inglaterra, adopta una escala de amortizaciones que prevé la cancelación de la deuda alemana en el plazo de 59 años. Pero divide las anualidades en dos partes: una

incondicional y otra dependiente de la capacidad de pago de Alemania. El Reich pagará en divisas extranjeras, en cuotas mensuales, sin ningún derecho de suspensión, 660 millones de marcos al año. Esta suma corresponde a la que el plan Dawes exige obtener de las entradas de los ferrocarriles alemanes. Durante diez años, Alemania conserva el derecho de efectuar en mercaderías una parte adicional de los pagos, conforme a una escala que fija esta cuota, para el primer año, en 750 millones de marcos, reduciéndola anualmente en 50 millones, de suerte que la décima anualidad sea sólo de 300 millones. El pago del resto de la anualidad, —que fijada en 1.707,9 millones de marcos oro para el ejercicio 1930-31, sube a 2.428,8 millones para 1965-66—, es diferible si circunstancias especiales lo demandan. La apreciación de estas circunstancias queda encargada a un comité consultivo, convocado por el Banco de **régléments** internacionales que el plan Young propone como organismo especial de recaudación y administración de las reparaciones. Los plazos que, en virtud de este margen, pueden ser concedidos a Alemania tienen por objeto protegerla "contra las consecuencias posibles de un período de depresión relativamente corta que, por razones de orden interno o externo, podría amenazar suficientemente los cambios como para tornar peligrosas las transferencias al exterior". El gobierno alemán, en este caso, tiene el derecho de suspender estos abonos por un plazo máximo de dos años.

Las observaciones de Inglaterra no conciernen a este aspecto del plan Young —las obligaciones de Alemania y el método de hacerlas efectivas sin daño de la economía alemana en el caso de eventuales crisis— sino a la participación británica en las anualidades y al mantenimiento por diez años del pago en mercaderías. La industria británica sufre las consecuencias de esta estipu-

lación del plan Dawes que imponen a la Gran Bretaña, en plena crisis industrial por el descenso de sus exportaciones, absorber anualmente una cantidad de manufacturas alemanas. Snowden reclama que se asignen a su país 48 millones más de marcos en el reparto de las anualidades alemanas. Cualquiera rectificación, en uno y otro aspecto, importa la revisión total del plan Young. Si se suprime o reduce la cuota en especies, toda la escala de amortización de la deuda alemana tendría que ser reformada. Por consiguiente, nuevo debate respecto a la capacidad de pago del Reich en los 59 años próximos. Si se acuerdan a Inglaterra los millones suplementarios que demanda, ¿a quién o a quiénes se rebajaría su parte? Francia defiende celosamente su prioridad. Italia piensa que es ya bastante exigua su participación.

Inglaterra, en todo caso, no está dispuesta a prestar su asentimiento a ninguna fórmula que perjudique sus intereses, visiblemente distintos de los de Francia, Alemania y Estados Unidos. Hasta hace pocos años, las mayores dificultades para el arreglo de la cuestión de las reparaciones parecían provenir del conflicto entre los intereses alemanes y franceses. Ahora resulta evidente que la oposición entre los intereses alemanes y británicos es todavía mayor. Alemania no puede prosperar y restaurarse industrialmente sino a expensas, en cierto grado, de la reconstrucción británica. Y no se hable del conflicto todavía más profundo e irreductible que se manifiesta entre los intereses de la Gran Bretaña y Estados Unidos. La conferencia de reparaciones de La Haya ha venido a revelar la fatalidad y crecimiento de estas contradicciones, en instantes que preferirían quizá trascurrir bajo el signo del espíritu de Locarno, mientras la amenaza guerrera reaparece en Oriente.

CHINA Y LA OFENSIVA ANTISOVIETICA*

En los tiempos en que la revolución nacionalista amenaza los privilegios de las grandes potencias occidentales en la China, las agencias telegráficas cuidaban de acentuar los colores sombríos en el cuadro de la República de Sun Yat Sen. La China revolucionaria, amiga de la Rusia soviética, no podía inspirar sino sospecha y disgusto al Occidente capitalista. La marejada china era descrita como una de las tormentas en que estaban a punto de zozobrar los más egregios valores de la civilización. Los lugares comunes de la época de la expedición contra los boxers sobre la China bárbara, tornaban a ser puestos en circulación, ligeramente entonados al estilo post-bélico.

Ahora que un **Kuo-Min-Tang** domesticado y una República benévola a los intereses imperialistas, después de haber ahogado en sangre las reivindicaciones proletarias y de haber despedido a los consejeros rusos y chinos de Sun Yat Sen, ofrecen a las grandes potencias occidentales el modo de mantener su influencia en la China, a través de intermediarios más eficaces, el tono del cable sobre la política de Nanking ha cambiado totalmente. Y, en cuanto a la política de Mukden, que desde Chang So Lin cuenta con la simpatía de la democracia capitalista, poco falta para que se le recomiende como modelo de sagacidad y moderación a la civilidad occidental. El cable se contrae activamente, con sus noticias y sugerencias, al trabajo de atenuar la impresión

* Publicado en **Mundial**, Lima, 23 de Agosto de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

de que las autoridades de la Manchuria han procedido violenta e insólitamente al rasgar el tratado ruso-chino de 1924, apoderarse del ferrocarril oriental y apresar o expulsar a los funcionarios consulares y administrativos rusos. La China se niega a satisfacer las reclamaciones rusas por estas violencias; concentra sus tropas en la frontera con el pretexto de que Rusia se apresta a invadir su territorio; tolera y excita la audacia de las bandas aventureras de rusos blancos que, ansiosos de revancha contra la revolución, juegan en la frontera el rol de provocadores. Y, sin embargo, la actitud de la China resulta perfectamente pacifista y ortodoxamente wilsoniana.

La intención de esta propaganda es obvia. La China forma parte de la Sociedad de las Naciones. Ha suscrito, como la mayoría de los Estados, Rusia inclusive, el pacto Kellogg. Necesita obtener que las autoridades de la Liga declaren a Rusia la nación agresora. Esta declaración conforme al estatuto de la Sociedad de las Naciones y al pacto Kellogg, serviría nada menos que para autorizar un nuevo bloqueo de Rusia. La guerra contra la U.R.S.S. sería, así, una de las inmediatas consecuencias de las cábalas de la paz.

El juego, por supuesto, no está exento de riesgos desde sus primeras escaramuzas. Las grandes potencias de Europa no pueden azuzar a la China contra la U.R.S.S. con el argumento de que debe ser ama en su casa, sin reavivar el fuego de un nacionalismo, cuyo enardecimiento comprometería los intereses imperialistas. Ya el gobierno de Nanking ha pensado que era oportuno abrir una conversación sobre la abolición de los derechos de extraterritorialidad de que gozan actualmente las potencias. Y es evidente que la propaganda soviética encontrará en el frente de combate vías de penetración mucho

más seguras y múltiples que el ferrocarril oriental en tiempos de pacífico comercio. Del valor moral y técnico del ejército ruso, algo han hablado reportajes recientes, entre los que el más a la mano en español es siempre el de Álvarez del Vayo. La guerra es todavía la carta que le resta a los Estados adversarios de la Rusia soviética. Pero la guerra contra-revolucionaria ha sido ya otras veces el mejor agente de la revolución.

EL SEGUNDO EXPERIMENTO LABORISTA

No es todavía tiempo de enjuiciar definitivamente el segundo experimento laborista; pero sí de descartar la posibilidad de que importe, en alguna forma, la inauguración de una política socialista en el gobierno de la Gran Bretaña. El **Labour Party** no tiene ningún deseo de encontrar unidos en el parlamento los votos de los conservadores y los liberales, en alguna cuestión administrativa. Para que no le falten los votos de los liberales, sin los cuales quedaría en minoría, el partido laborista tendrá que hacer una política liberal que no se diferenciará de la que podría haber actuado el viejo y ralo partido de los **whigs** sino en la ausencia del estilo personal de Mr. Lloyd George. Esta es, sin duda, la última victoria del liberalismo. No lo compensará de sus derrotas electorales; pero queda desde ahora, inscrita al mismo título, en la historia.

A algunos les puede haber chocado que Mr. William Jowit, elegido diputado con el voto de los liberales, se enrolase en los rangos del **Labour Party** al día siguiente de su victoria. Este cambio de etiqueta ha permitido a Mr. Jowit obtener en el gabinete de Mac Donald el puesto de **attorney general**. Pero, en verdad, no ha impuesto al distinguido abogado ningún grave desplazamiento ideológico. El liberalismo, como praxis, está reducido en nuestros días a un oportunis-

mo que no excluye la suscripción del método de una social democracia temperante y parsimoniosa. Mr. Jowit ha dado su adhesión no a un partido sino a un gobierno del que, prácticamente, ninguna realidad lo separa.

El partido laborista no ha afirmado hasta ahora más que su intención de desarrollar un programa pacifista. Mac Donald personalmente era ya pacifista en los días en que la Gran Bretaña estaba aún en guerra con los imperios centrales. Pacifismo de **consciencious objector** que puede impedirle formar parte, como Henderson, de un ministerio de guerra; pero que no lo conmina a combatir activamente la guerra misma. El programa de paz del ministerio laborista comprendía la reanudación de las relaciones con los Soviets. Y ya hemos visto cómo este propósito ha quedado diferido. El antagonismo más profundo de la época es el que día a día se exagera sordamente entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos. Los gobiernos británico y norteamericano son, sin embargo, los que mayor empleo hacen de fórmulas pacifistas: pacto Kellogg, limitación de armamentos, etc. Ni siquiera en esto, el **Labour Party** tiene en el poder un rol original. Entendido literalmente, Mr. Kellogg no era menos pacifista que Mr. Henderson.

LA CRISIS DE LAS REPARACIONES

El problema de las reparaciones está en crisis por enésima vez. La semana trascurrída desde mi anterior comentario de "Mundial"¹ no ha aportado la fórmula de entendimiento que, después de las declaraciones de Mr. Snowden, se anunció en camino. Torpedeado por el Ministro de Finanzas de la Gran Bretaña, a quien sostiene-

1 Véase el artículo anterior "La Conferencia de las Reparaciones" (N. de los E.)

ne la unanimidad del parlamento de su país, el plan Young hace agua por dos o tres puntos. El 1º de Setiembre próximo debería entrar en vigor conforme al acuerdo de los expertos. El régimen de reparaciones establecido por el plan Dawes cesa el 31 de agosto, según el mismo acuerdo. El gobierno alemán acaba de notificar discretamente a las potencias "aliadas" su propósito de no atenerse a partir del 1º de Setiembre al régimen Dawes sino al régimen Young, en cuanto a la cifra de amortización de su deuda. Rectificado en el capítulo del pago en especie y del reparto de las anualidades, el plan Young no sería el plan Young. Sus autores han dejado constancia expresa de que no es susceptible de retoque.

La conferencia de La Haya no puede encargarse de la revisión de un aparato tan complicado. Lo más probable es que se contente con un acuerdo temporal respecto a los pagos próximos, dejándose a una nueva conferencia la elaboración, con los materiales de la memoria de los expertos y las directivas que establezca el acuerdo de los gobiernos, del programa definitivo de reparaciones.

EL PROBLEMA DE PALESTINA*

El conflicto entre árabes y judíos en Palestina, ostensible, y manifiesto desde que se inició, bajo el auspicio de la Gran Bretaña, la organización del Estado sionista, ha entrado en una etapa de aguda crisis. Los árabes se proponen, al parecer, la destrucción de las colonias fundadas en Palestina por los judíos. (El ataque ha sido particularmente encarnizado contra la nueva ciudad hebrea de Tel Aviv). En todo caso, han reaccionado violenta y bárbaramente contra el restablecimiento de los judíos en un territorio históricamente suyo pero del que largos siglos de ostracismo habían cancelado sus títulos materiales de propiedad. Los excesos perpetrados por los árabes contra los judíos en estas jornadas de terror, reviven los días más siniestros de persecución del pueblo de Israel. Las hordas del Islam no han sido nunca más benignas cuando las ha impulsado el furor de la guerra santa, aunque esta vez la lucha es, pese a sus apariencias y al incidente de la Muralla de las Lamentaciones en que tiene origen, una lucha de pueblos, de razas, más bien que de religiones.

Los judíos son en el territorio de Palestina

* Publicado en **Mundial**, Lima, 30 de Agosto de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice". La nota sobre "El Problema de Palestina" fue reproducida en **Repertorio Hebreo**, Año I, Nos. 3 y 4, Lima, 1929, págs. 3-4, con la siguiente nota de redacción: "Esta nota, breve pero sustancial, apareció en **Mundial** N° 480 en la revista de los más importantes acontecimientos de la semana a cargo de J. C. Mariátegui (sección: "Lo que el cable no dice"). Su autor, el más destacado intelectual peruano, José Carlos Mariátegui —nuestro querido e inapreciable colaborador— nos promete para el próximo número de **Repertorio Hebreo**, un estudio especial sobre el mismo problema". (N. de los E.)

una minoría nacional. Diez años de propaganda sionista, no han decidido a la repatriación sino a una parte de las masas más brutalmente hostilizadas por el anti-semitismo en la Europa Central y a algunos grupos de estudiantes e intelectuales, místicamente enamorados del ideal de la resurrección de la patria judía. La población árabe invoca su derecho de posesión, contra los títulos tradicionales de la población judía que se instala en el territorio palestino. Y la Gran Bretaña, obligada a prestar garantías a la formación del hogar nacional judío, por estar ese territorio bajo su protectorado, se encuentra ante un problema gravemente complicado con su política colonial. La declaración Balfour la empeñó más allá de sus posibilidades. Una enérgica intervención británica a favor de los judíos, excitaría contra el dominio británico, no sólo a los árabes, de Palestina, sino a todo el mundo musulmán. La Gran Bretaña teme que la cuestión sionista se convierta en un motivo más de agitación anti-británica de todos los pueblos mahometanos que forman parte de su inmenso imperio oriental. La función del protectorado británico en la Palestina tiene que inspirarse así en el interés de dar garantías a los árabes, hasta cuando formalmente se propone dar garantías a los judíos. El juego de estos intereses contradictorios paraliza la acción británica. La Gran Bretaña está demasiado familiarizada con estas antinomias, con estas dualidades en su política. La "hipocresía de la rubia Albión" es uno de los más viejos lugares comunes de la historia moderna. Pero acontecimientos como los que se desarrollan actualmente en la Palestina, rebasan los límites de su habilidad. La organización oficial sionista, aunque incondicionalmente enfeudada a la política británica, —conducta que la ha hecho perder toda influencia sobre las grandes masas judías—, se ha visto obligada a formular reivindicaciones que demuestran lo artificial de la cons-

trucción del hogar nacional israelita. La Gran Bretaña quiere ser el hada madrina del Estado sionista. Pero no es capaz ni de reconocer a los judíos una verdadera independencia nacional, una efectiva soberanía en el territorio de Palestina, ni de protegerlos contra la reacción árabe con su autoridad y poder imperiales.

EL ACUERDO DE LA HAYA

Los últimos telegramas anuncian que, después de prolongadas negociaciones, se ha Llegado a un acuerdo en la conferencia de las reparaciones. La Gran Bretaña, según estas noticias, ha obtenido la satisfacción de una gran parte de sus exigencias. Sus ex-aliados se han visto obligados a hacerle sucesivas penosas concesiones, para evitar el fracaso de la reunión de La Haya. Falta todavía el asentimiento de los alemanes a las modificaciones que el acuerdo establece en el programa de pagos del presente año.

Ya se anuncia el efecto de estas concesiones en París. La conducta de Briand en La Haya es objeto de acerbos críticas. El reparto de las cargas de la guerra, deja irreparablemente comprometida la amistad de los aliados de Versalles. La beligerancia de los intereses nacionalistas recrudece, contra las esperanzas parlamentarias del astuto empresario de los Estados Unidos de Europa.

LA ASAMBLEA DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES*

La más visible consecuencia de un gabinete laborista británico en la política internacional es, seguramente, la reanimación de la Sociedad de las Naciones. No es, por supuesto, que el **Labour Party**, en el gobierno de la Gran Bretaña represente sustancialmente un nuevo rumbo en la gestión de los negocios extranjeros de ese imperio. La Gran Bretaña es un país fundamentalmente conservador en su política; pero en ningún aspecto lo es tanto como en el diplomático. Mas el estilo y el espíritu de los conservadores se avenía poco con el **pool** de empresarios de la Sociedad de las Naciones y de las asambleas de Ginebra. Los ministros conservadores asistían a las reuniones de la Sociedad de las Naciones con un gesto demasiado cansado y escéptico. Los laboristas, en cambio, entrenan en este campo uno de sus más intactos entusiasmos. En conferencias como la de las reparaciones, estarán siempre dispuestos a defender los intereses de la Gran Bretaña, con mayor celo nacionalista que los conservadores, sin exceptuar a Churchill; pero en la Sociedad de las Naciones, en debates generales sobre el desarme y el arbitraje obligatorio, pueden consentirse generosos brindis pacifistas.

La nota más importante de la décima asamblea de la Sociedad de las Naciones es hasta ahora la elección de Guerrero, delegado de la

*Publicado en **Mundial**, Lima, 6 de Setiembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

República de El Salvador, como presidente del Consejo de la Liga. Y, seguramente, éste es un acto de inspiración británica. Se trata más que de atraer a la política de la Liga a los pequeños Estados, disimulando su carácter de **trust** de grandes potencias, de acentuar la participación de la América Latina en sus labores centrales. Guerrero, en la Conferencia Panamericana de La Habana, representó como se recordará la resistencia a la política yanqui. Hasta ahora, los Estados Unidos es la única gran potencia capitalista ausente de la Liga, aunque intervenga en todos sus trabajos de colaboración internacional, economía, higiene, trabajo, etc. Y. es obvio que, a medida que se acentúe el antagonismo anglo-yanqui, la política de la Gran Bretaña tiene que esforzarse por sacar partido de esta circunstancia. Si bien Norteamérica está habituada a domesticar las veleidades anti-yanquis del nacionalismo centroamericano -se recuerda demasiado los casos Sacasa y Moncada- su diplomacia debe haber recibido con gesto un poco crispado el nombramiento del salvadoreño Guerrero como Presidente del Consejo de la Liga.

En general, la Sociedad de las Naciones se presenta esta vez bastante convallecida de sus crisis. La abstención yanqui se compensa, en parte, con la activa presencia de Alemania, representada por Stresseman, que necesita aprovechar ese retorno de su país a la sociedad internacional, después del largo aislamiento a que la condenó la derrota. La Liga es, por otra parte, el centro de operaciones de Briand, **speaker** oficioso de los Estados Unidos de Europa.

EL GABINETE BRIAND, CONDENADO*

No va a tener larga vida, según parece, el gabinete que preside Aristides Briand. Desde su aparición, era fácil advertir su fisonomía de gobierno interino. En el Ministerio de Gobierno, Tardieu, fiduciario de las derechas, es un líder de la burguesía que aguarda su hora. Pero Briand extraía una de sus mayores fuerzas de su identificación con la política internacional francesa de los últimos años. Por algún tiempo todavía, el estilo diplomático de Briand parecía destinado a cierta fortuna en el juego de las grandes asambleas internacionales. Estas asambleas no son sino un gran parlamento. Y a ellas traslada Briand, parlamentario nato, su arte de gran estrategia del Palacio de Borbón.

Pero Briand no ha podido regresar de la Conferencia de las Reparaciones de La Haya con el Plan Young aprobado por los gobiernos del comité de expertos. El gobierno británico ha exigido y ha obtenido concesiones imprevistas. La racha de éxitos internacionales del elocuente líder ha terminado. Y en la asamblea de la Sociedad de las Naciones, sus brindis por la constitución de los Estados Unidos de Europa han sido escuchados esta vez con menos complacencia que otras veces. La Gran Bretaña marca visiblemente el compás de las deliberaciones de la Liga, a donde llega resentido el prestigio del negociador de Locarno.

Los telegramas de París del 9 anuncian los aprestos de los grupos socialistas y radical-so-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 13 de Setiembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

cialista para combatir a Briand. Si los radicales le niegan compactamente sus votos en la próxima jornada parlamentaria, Briand, a quien no faltan, por otro lado, opositores en otros sectores de la burguesía, no podrá conservar el poder. Se dice que los socialistas se prestarían esta vez a un experimento de participación directa en el gobierno. Por lo menos, Paul Boncour, que aspira sin duda a reemplazar a Briand en la escena internacional, empuja activamente a su partido por esta vía. Antes, el partido socialista francés, como es sabido, se había contentado con una política de apoyo parlamentario.

Este es el peligro de izquierda para el gabinete Briand. La amenaza de derecha es interna. Se incuba dentro del aleatorio bloque parlamentario en que este ministerio descansa. André Tardieu, Ministro del Interior, asegura no tener prisa de ocupar la presidencia del Consejo. Dirigiendo una política de encarnizada represión del movimiento comunista, hace méritos para este puesto. Cuenta ya con la confianza de la mayor parte de la gente conservadora. Pero no quiere manifestarse impaciente.

Briand está habituado a sortear los riesgos de las más tormentosas estaciones parlamentarias. No es imposible que dome en una o más votaciones algunos humores beligerantes, en la proporción indispensable para salvar su mayoría. Mas, de toda suerte, no es probable que consiga otra cosa que una prórroga precaria de su internidad.

LA AMENAZA GUERRERA EN LA MANCHURIA

La situación en la Manchuria, después de un instante en que las negociaciones entre la U.R.S.S. y la China parecían haberse situado en un terreno favorable, se ha ensombrecido nuevamente. Al gobierno de Nanking, aún admitiendo que

esté sinceramente dispuesto a evitar la guerra, le es muy difícil imponer su autoridad en la Manchuria, regida por un gobierno propio a esta administración, sobre la que actúan más activamente si cabe que la de Nanking las instigaciones imperialistas, le es a su turno casi imposible controlar a las bandas de rusos blancos y de chinos mercenarios, a sueldo de los enemigos de la U.R.S.S. Estas bandas tienen el rol de bandas provocadoras. Su misión es crear, por sucesivos choques de fronteras, un estado de guerra. Hasta ahora, trabajan con bastante éxito. El gobierno de los Soviets ha exigido, como elemental condición de restablecimiento de relaciones de paz, el desarme o la internación de estas bandas; pero el gobierno de Mukden no es capaz de poner en ejecución esta medida.

No es un misterio el que el capitalismo yanqui codicia el Ferrocarril Oriental. La posibilidad de que se restablezca la administración ruso-china, mediante un arreglo que ratifique el tratado de 1924, contraría gravemente sus planes. Los intereses imperialistas se entrecruzan complicadamente en la Manchuria. Coinciden en la ofensiva contra la U.R.S.S. Pero el Japón, seguramente, prefiere que el Ferrocarril de Oriente continúe controlado por Rusia. Si la China adquiriese totalmente su propiedad, en virtud de una operación financiada por los banqueros, la concurrencia de los Estados Unidos en la Manchuria ganaría una gran posición.

Los Soviets, por razones obvias, necesitan la paz. Su preparación bélica es eficiente y moderna; pero una guerra comprometería el desenvolvimiento del plan de construcción económica en que están empeñados. La guerra retrasaría enormemente la consolidación de la economía socialista rusa. Este interés no puede llevarlos, sin embargo, a la renuncia de sus derechos en la Manchuria ni a la tolerancia de los ultrajes chi-

nos. Los agentes provocadores, a órdenes del imperialismo, saben bien esto. Y, por eso, no cejan en el empeño de crear entre rusos y chinos una irremediable situación bélica.

ASPECTOS ACTUALES DE LA CRISIS DE LA DEMOCRACIA EN FRANCIA*

En Francia no ha prosperado ninguna de las tentativas de fascismo, más o menos directamente inspiradas en el modelo italiano. Los equipos de **L'Action Française** han sufrido sucesivas derrotas. El Estado francés ha reprimido sus más belicosas efervescencias, aplicando el código a Leon Daudet; la Iglesia Romana ha puesto a Charles Maurras en el **index** de los autores heréticos. Las patrullas fascistas de George Vaulois y del renegado Gustavo Hervé no han tenido más fortuna. Las derechas, en busca de un dictador, han creído encontrarlo, por momentos, en un general: Castelnau el católico, Lyautey el África-no; pero todos estos preludios de fascistización de la Tercera República han durado poco y han tenido un final chafado y pobre. La reacción, el fascismo, como movilización de todas las fuerzas del Estado y de la burguesía contra la agitación revolucionaria, sin embargo, no han cesado de ganar terreno. Los fascistas de estilo netamente escuadrista y dictatorial han fracasado en sus empeños; pero el fascismo — un fascismo francés, legu-leyo, poincarista, que ha hablado siempre el lenguaje de la legalidad aunque por esto no haya blandido menos rabiosamente el bastón reaccionario— han conquistado lentamente al gobierno instalando en el Ministerio del Interior a André Tardieu, el lugarteniente de Clemenceau, el negociador de Versalles, el reaccionario bochado en las elecciones

* Publicado en **Variedades**, Lima, 18 de Setiembre de 1929.

del 11 de Mayo y reintegrado al Palacio Borbón por una elección suplementaria, apenas desencadenada la contraofensiva de las derechas. Desde el momento en que el **cartel** de izquierdas, dirigido por Herriot, se reveló incapaz de actuar el programa victorioso en las urnas eleccionarias el 11 de Mayo, con la restauración de Poincaré, aunque realizada con algunas concesiones a los radicales-socialistas, era evidente este **ricorso**. El gabinete del franco no era otra cosa que un retorno al bloque racional, a una política de concentración burguesa, actuada conforme a los principios de Poincaré y Clemenceau bélicos. La Tercera República no se avenía a que la crisis del régimen demoliberal y parlamentario le impusiera una dictadura personal y facciosa; se conformaba, por el momento, con una dictadura de clase, de estilo estrictamente legal y republicano, amparada por una mayoría parlamentaria. Las invocaciones reaccionarias no habían llevado al poder al Dictador, aguardado con impaciencia por la burguesía tomista y católica a nombre de la cual René Johannet escribió su **Elogio del burgués francés**. Regresaba al gobierno Poincaré, un político de tradición netamente parlamentaria, aferrado a las convenciones jurídicas y republicanas, con obstinación y ergotismos de abogado. La estabilización capitalista, en Francia, como en otros países, aportaba formalmente la estabilización democrática. Pero, bajo este ropaje, se inauguraba en verdad una política cerradamente reaccionaria, enderezada a la represión fascista del proletariado. Con Poincaré, llegaba al gobierno André Tardieu, el más agresivo y ambicioso líder de las derechas.

Esta fisonomía y esta práctica reaccionarias se han acentuado con el gabinete Briand. Tardieu, Ministro del Interior, se esmera en la ofensiva antiproletaria. Emplea contra la organización y la propaganda comunista una especie de

fascismo policial, en el que los polizontes hacen el trabajo de los "camisas negras", con menos estridencia y alaridos, pero con los mismos objetivos. Briand, a quien su vejez no ha ahorrado ninguna claudicación, ni aun la de su laicismo de parlamentario de escuela demo-masónica, suscribe y auspicia esta política con su eterno escepticismo. Está demasiado habituado a las contradicciones de su destino para que su función de presidente de un ministerio derechista le cause algún disgusto. Teorizante de la huelga general en su debut de abogado socialista, le tocó reprimir una gran huelga en el gobierno. El más intransigente y celoso prefecto de Francia no lo hubiese superado en el método. Briand, además, ocupa la presidencia del Consejo, pero es, sobre todo, en el gabinete precario que encabeza un ministro de negocios extranjeros. ¿Qué política interna, por otra parte, se le podría pedir? Briand nunca ha tenido ninguna. La de Tardieu, como Ministro del Interior, no se diferencia sustancialmente de la de Sarrault. Briand está pronto a suscribir cualesquiera: la que las circunstancias y la mayoría parlamentaria consientan.

Los radical-socialistas, según los cablegramas de los últimos días, se aprestan a la batalla parlamentaria contra este gabinete. El partido radical-socialista es de un humor perennemente **frondeur**, cuando se sienta en los bancos de la oposición. Bajo este aspecto, sus preparativos de combate no tienen por qué suscitar excepcional preocupación. Pero la tendencia a coaligar otra vez los votos parlamentarios del partido radical-socialista y del partido socialista, reanudando el experimento del **cartel** de izquierdas, coincide con la presión reaccionaria por aumentar los poderes de Tardieu hasta colocar en sus manos la dirección misma del gobierno. Los socialistas pudieron llevar a las últimas consecuencias hace cinco años, la táctica colaboracionista que con-

sintió la constitución del **cartel** de izquierdas. No se sabe, exactamente, qué misterioso pudor o qué ambicioso cálculo detuvo entonces, al líder de los socialistas Leon Blum, en la antesala de la colaboración ministerial. Blum no admitía que el Partido Socialista fuese más allá de la política de apoyo parlamentario de un gabinete radical-socialista. El partido debía reservar sus hombres para la hora, que Blum anunciaba próxima, en que conquistada la mayoría parlamentaria, asumiese íntegramente el poder. El vaticinio de este augur escéptico, comentarista agudo de Sthendal, sirena asmática del reformismo, no se ha cumplido aún. El **Labour Party** británico ha precedido a sus colegas del socialismo reformista francés en la asunción total del gobierno, vemos ya con qué resultados. La social-democracia alemana encabeza un ministerio de coalición, en el que más que rectora resulta prisionera de la aleatoria mayoría que preside. Y, en el actual parlamento francés, las fuerzas del **cartel** de izquierdas son menores que en el parlamento del 11 de mayo. La ofensiva radical-socialista bien podría tener como desenlace el apresuramiento de un gabinete Tardieu.

La persecución policial del comunismo es la nota dominante de la política gubernamental francesa desde hace algún tiempo. Pero, acaso por esto mismo, el tema de la revolución es más debatido que nunca. Comentando un último escrito de André Chamson escribe Jean Guehenno: "Estamos obsesionados por la Revolución. Desde hace seis meses, los escritores no hablan en París sino de ella. Esto no quiere decir que la harán ellos, sino a lo más que temen que se haga sin ellos o a pesar de ellos, lo que sería igualmente lesivo para su amor propio. Chamson está obsesionado como todo el mundo. Se quiere revolucionario, pero no llega a serlo sin dificultades". Y Jean Richard Bloch, en tono desencan-

tado y pesimista, constata en el mismo cuaderno de "Europe" la paganización del pensamiento moderno y ve a Francia encaminarse a grandes pasos hacia la situación dictatorial de Italia. España, y otros países, entre los cuales Bloch incluye a Rusia, que con la estabilización stalinista del régimen soviético ha dejado de representar para él, abstractista y romántico, el mito revolucionario.

NITTI Y LA BATALLA ANTIFASCISTA*

La resolución del **duce** del fascismo de dejar la mayor parte de los ministerios que había asumido en el curso de sus crisis de gabinete, ha seguido casi inmediatamente a una serie de artículos de política antifascista del ex presidente del Consejo más vivamente detestado por las brigadas de "camisas negras": Francisco Saverio Nitti. No hay que atribuir, por cierto, a la ofensiva periodística de Nitti, diestro en la requisitoria, la virtud de haber hecho desistir a Mussolini de su porfía de acaparar las principales carteras. Es probable que desde hace algún tiempo el jefe del fascismo se sintiese poco cómodo con la responsabilidad de tantos ministerios a cuestas.

En casi todos, su gestión ha confrontado dificultades que no le han sido posible resolver con la prosa sumaria y perentoria de los decretos fascistas. El acaparamiento de carteras imprimía un color muy marcado de dictadura personal al poder de Mussolini que, a pesar de todas sus fanfarronadas de **condottiere**, no ha osado despojarse de la armadura constitucional, frente al ataque de la "variopinta" oposición. A Mussolini no le preocupan excesivamente los argumentos que la concentración del poder en sus manos puede suministrar a los quebrantados partidos y facciones que lo combaten; pero sí lo preocupan los factores capaces de perjudicar la apariencia de consenso en que sus discursos transforman la pasividad amedrentada de la gran masa neutra. Y lo preocupan, sobre todo, los es-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 20 de Setiembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

crúpulos de la finanza extranjera, y en especial norteamericana, de que depende el fascismo tan fieramente nacionalista. Mussolini no puede desentenderse del todo de las ambiciones de figuración de sus lugartenientes.

Los artículos de Nitti han tenido, desde luego, extensa resonancia en el ambiente burgués, —dispuesto a cierta indiferencia, y muchas veces a una franca tolerancia, ante los actos del fascismo—, de los países en que se han publicado. Nitti emplea, en su crítica, argumentos que impresionan certeramente la sensibilidad, algo adiposa y lenta siempre, de las capas demo-burguesas. Todos sus tiros dan en el blanco. Sus artículos no son otra cosa que un rápido balance de los **bluffs** y de los fracasos, del rimbombante régimen de las camisas negras. Nitti opone las altaneras promesas a los magros resultados. Mussolini ha conducido a Italia a diversas batallas que se han resuelto en clamorosos descalabros. La "batalla del trigo" no ha hecho producir a Italia la cantidad de este cereal de que ha menester para alimentar a su población. Nitti cita las cifras estadísticas que prueban que la importación de este artículo no ha disminuido. La "batalla del arroz" no ha sido más feliz. La exportación italiana de este producto ha descendido. La "batalla de la lira" ha estabilizado con grandes sacrificios el curso de la divisa italiana en un nivel artificial que estanca las ventas al extranjero y paraliza el comercio y la industria. A Italia le habría valido más ahorrarse esta "victoria" financiera de Mussolini. La "batalla de la natalidad", ha sido una derrota completa. La cifra de los nacimientos ha disminuido. El **duce** no ha tenido en cuenta que estas batallas no se ganan con enfáticas voces de mando. La natalidad no obedece, en ninguna sociedad, a los dictadores. Si las subsistencias escasean, si los salarios descienden, si la desocupación se propaga,

como ocurre en Italia, es absurdo conminar a las parejas a crecer y multiplicarse. Los solteros resisten inclusive al impuesto al celibato. La inseguridad económica es más fuerte que cualquier orden general del comando fascista.

Nitti trata a Mussolini, en cuanto a cultura y competencia, con desdén y rigor. Mussolini, dice, carece de los más elementales conocimientos en los asuntos de Estado que aborda y resuelve con arrogante estilo fascista. Es un autodidacta sin profundidad, disciplina, ni circunspección intelectuales. "No poseyendo ninguna cultura ni histórica ni económica ni filosófica y como los autodidactas se atreve a hablar de todo. La lectura de los manuales populares de pocos centavos, le ha provisto de una especie de formulario. Pero, en el fondo, su acción se desarrolla de acuerdo a su temperamento. Pertenece a esa categoría que Bacón llama **idola theatri**".

No serán, empero, los ataques periodísticos del autor de **Europa sin paz** los que socaven social y políticamente el régimen fascista. La verdadera batalla contra el fascismo se libra, calladamente, en Italia, en las fábricas, en las ciudades, por los obreros. El fascismo podría considerar tranquilo el porvenir si tuviese que hacer frente sólo a adversarios como el combativo ex ministro y catedrático napolitano.

LA PREPARACION SENTIMENTAL DEL LECTOR ANTE EL CONFLICTO RUSO-CHINO

Las agencias telegráficas norteamericanas continúan activamente su trabajo de preparación sentimental del público para la aquiescencia o la incertidumbre ante la ofensiva contra la U.R.S.S. que preludian las violencias del gobierno de Manchuria y las provocaciones de las bandas chinas y de los rusos blancos en la frontera

de Siberia. Sus informaciones no han aludido jamás a la disposición de los banqueros norteamericanos para financiar la confiscación del Ferrocarril Oriental Ruso-Chino. El capital yanqui busca, como bien se sabe, inversiones productivas, con un sentido al mismo tiempo económico y político de los negocios. Y ninguna inversión afirmarí­a la penetración norteamericana en la China como la sustitución de la U.R.S.S. en el Ferrocarril Oriental de la China. El Japón no mira con buenos ojos este proyecto. Inglaterra misma, aunque interesada en que se aseste un golpe decisivo a la influencia de la Rusia soviética en el Oriente, no quedaría muy contenta con que la instalación de los norteamericanos en la Manchuria fuere el precio del desalojamiento de los rusos.

Estos son los intereses que se agitan en torno del conflicto ruso-chino. Pero no se encontrará sino accidentalmente alguna velada mención de ellos en la información que nos sirve el cable cotidianamente sobre el estado del conflicto. El objetivo de esta información es persuadir al público, que se desayuna con el diario de la mañana y carece de otros medios de enterarse de la marcha del mundo, de que Rusia invade y ataca a la China y de que lanza sus tropas sobre las poblaciones de la Manchuria.

La política antisoviética de los imperialismos mira a enemistar la U.R.S.S. con el Oriente. Necesita absolutamente crear el fantasma de un imperialismo rojo, en el mismo sentido colonizador y militar del imperialismo capitalista para justificar la agresión de la U.R.S.S. A este fin tienden los esfuerzos de los corresponsales.

La consideración de este hecho confiere viva actualidad, en lo que respecta, al tema de "la norteamericanización de la prensa latinoamericana". El estudio que con este epígrafe publicó

Genaro de Arbayza hace pocos meses en "La Pluma", la autorizada revista que en Montevideo dirige Alberto Zum Felde, ha tenido gran resonancia en todos los pueblos de habla española, España inclusive. Genaro de Arbayza examinaba la cuestión con gran objetividad y perfecta documentación. "Los periódicos más ricos —escribía— tienen corresponsales especiales en las capitales más importantes de Europa, pero la casi totalidad de sus noticias más importantes son suministradas por las agencias norteamericanas. Así es como más de veinte millones de lectores, desde México al Cabo de Hornos, formados por las clases media y gobernante, ven el mundo exterior exactamente a través de la forma como quieren los editores norteamericanos que lo vean. Este sistema de distribución de noticias ha convertido a toda la América Latina meramente en una provincia del mundo de noticias norteamericano". Glorioso este artículo, la revista cubana "1929", otra cátedra de opinión libre, observaba que "un consorcio de grandes rotativos latinoamericanos haría, con toda probabilidad, factible el establecimiento de una gran agencia noticiara mutua capaz, por lo menos, de comedir y mitigar el caudal informativo yanqui". El optimismo de "1929" en este punto es quizás excesivo. Probablemente la agencia latinoamericana que preconiza, no ambicionaría, a la postre, a mejor destino, que a ponerse a remolque del cable yanqui. Es más bien, la indagación vigilante de las revistas, el comentario alerta de los escritores independientes, el que puede defender al público de la intoxicación a que lo condena la trustificación del cable. Ya una revista nuestra, "Mercurio Peruano", enfocó una vez esta cuestión, provocando la protesta del representante de una agencia norteamericana. Los numerosos artículos que han seguido al estudio de Arbayza, le restituyen acrecentada toda su actualidad.

LA RESACA FASCISTA EN AUSTRIA*

Viena tiene, desde hace tiempo, una temperatura de excepción en las estaciones políticas de Europa. Hace dos años, cuando la marejada revolucionaria parecía apaciguada completamente en la Europa occidental, Viena sorprendió a los observadores de la estabilización capitalista con las jornadas insurreccionales de Julio. Hoy, cuando es la marejada fascista la que declina, los equipos de la **Heimwehr** se aprestan fanfarronamente para la marcha sobre Viena. La ciudad de monseñor Seipel y de Fritz Adler, guarda de sus fastuosas épocas de capital del imperio austro-húngaro, el gusto de un gran rol espectacular y la ambición de gran escenario europeo.

Se diría que Viena no ha tenido tiempo de habituarse a su modesto destino de capital de un pequeño estado, tutelado por la Sociedad de las Naciones. A la incorporación de este pequeño estado en el Imperio alemán se opone terminantemente una cláusula del tratado de paz que ni Francia ni Italia se aventurarían a revisar, Francia temerosa de una Alemania demasiado grande, Italia de una Alemania que asumiría el activo y pasivo de esta Austria demasiado chica. Pero Viena, con su sentimiento de gran ciudad internacional, resiste también, aunque no lo quiera, a la absorción espiritual y material del estado austriaco por la gran patria germana. Los partidos y las instituciones de Austria ostentan un estilo autónomo, frente a los partidos y a las instituciones de Alemania. La democracia cris-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 27 de Setiembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

tiana de monseñor Seipel no es exactamente lo mismo que el centro católico de Wirth y de Marx, tal como el austro-marxismo no se identifica exactamente con la social-democracia alemana. El fascismo austríaco no podía renunciar, por su parte, a distinguirse del alemán, bastante disminuido, a pesar de las periódicas paradas de los "cascos de acero", desde que los nacionalistas redujeron a su más exigua expresión su monarquismo para acomodarse a las exigencias de su situación parlamentaria.

Es difícil pronosticar hasta qué punto la **Heimwehr** llevará adelante su ofensiva. El fascismo, en todas las latitudes, recurre excesivamente al alarde y la amenaza. En la propia Italia, en 1922, si el Estado hubiese querido y sabido resistirle seriamente, con cualquiera que no hubiese sido el pobre señor Facta en la presidencia del Consejo, el ejército y la policía habrían dado cuenta fácilmente de las brigadas de "camisas negras" lanzadas por Mussolini sobre Roma. El jefe de estas fuerzas en Austria asegura que está en grado de mantener a raya a la **Heimwehr**. Aunque adormecido por el pacifismo graso de su burocracia y sus parlamentarios de la social-democracia, el proletariado no debe haber perdido, en todo caso, el ímpetu combativo que mostró en las jornadas de Julio de 1929. A él le tocará decir la última palabra.

EL VIAJE DE MAC DONALD*

Ramsay Mac Donald, navegando hacia los Estados Unidos en el "Berengaria" continúa más que una línea del **Labour Party**, su trayectoria personal de pacifista y social-demócrata escocés. Durante la guerra, su vocación de pacifista lo alejó de la política mayoritaria de su partido. En los tiempos en que Henderson y Clynes colaboraban en un gobierno de "unión sagrada", Ramsay Mac Donald era, por sus puritanas razones de **consciencious objector** parlamentario, el líder de una minoría suave y ponderada. Rectificada la atmósfera bélica, su pacifismo se convirtió en el más eficaz impulso de su ascensión política. El propugnador de la paz de las naciones era simultánea y consustancialmente, un predicador de la paz de las clases. Mac Donald se descubría acendrada y evangélicamente evolucionista. Condenaba toda violencia, la nacional como la revolucionaria. En el poder, su esfuerzo tendería, ante todo, a la paz social. Los gustos, los ideales, el estilo de este pacifista acompasado, menos brillante y universitario que Wilson, con discreción y mesura de hombre del viejo mundo, afinado por una antigua civilización, convienen a la política del Imperio británico en esta etapa en que sus esfuerzos pugnan por contener sagazmente el avance brioso del Imperio yanqui. No es el imperialismo de hombres de la estirpe de Cecil Rhodes, Chamberlain, ni siquiera de Churchill, el que corresponde a las necesidades actuales de la diplomacia británica. El Imperio británico habla siempre el lenguaje de su política coloni-

* Publicado en **Varietades**, Lima, 2 de Octubre de 1929.

zadora; pero entonándolo ahora a las conveniencias de un período de declinio, de defensiva, en que su hegemonía se siente condenada por el crecimiento del Imperio yanqui. Los gerentes, los cancilleres de la antigua política británica, representaban también una Gran Bretaña evolucionista, pronta a acudir a cualquier cita, a donde se le invitase a nombre de la paz y el progreso de la humanidad. Pero el de esos hombres era un evolucionismo agresivo, darwiniano, que miraba en el Imperio británico la culminación de la historia humana y que identificaba la razón de Estado inglesa con el interés de la civilización. Un **premier** de esa estirpe o de esa época, no se habría embarcado en un transatlántico para los Estados Unidos a negociar el desarme. No habría llegado a Washington sin cierto aire imperial.

Y es significativo que Ramsay Mac Donal no encuentre en la presidencia de los Estados Unidos a un retor de la paz mundial como Wilson, ni a un líder de la democracia como Al Smith, sino a un neto representante de su industria y su finanza —ricas, jóvenes y prepotentes— como el ingeniero H. Hoover. Estados Unidos está en la etapa a la que la Gran Bretaña ha dicho adiós, después de conocer en Versalles su máxima apoteosis. Los hombres de Estado del Imperio yanqui son en este momento sus industriales y sus banqueros. Todos los grandes negocios de la república, se resuelven en Wall Street.

Los dos estadistas proceden de la misma matriz espiritual; los dos descienden del puritanismo. Pero el puritanismo del **pioneer** de Norteamérica, por el mecanismo de transformación de su energía que nos ha explicado Waldo Frank, se prolonga en una estirpe de técnicos y capitanes de industria, mientras el puritanismo de los doctores de Edimburgo produce, en el Imperio en tramonto, abogados elocuentes del desarme y

teóricos pragmatistas de un socialismo pacifista y teosófico.

El sentido práctico del británico vigila, sin embargo, en las promesas y en el programa de Ramsay Mac Donald. No sería propio de un primer ministro de Inglaterra hacerse ilusiones excesivas; menos propio aun sería consentir que se las hiciese un electorado. Mac Donald no promete a su país, inmediatamente, el desarme, ni al mundo la paz. Sus objetivos inmediatos son mucho más modestos. Se trata de obtener un acuerdo preliminar entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos respecto a la limitación de sus armamentos navales, a fin de que la próxima conferencia del desarme trabaje sobre esta base. La limitación de armamentos, como se sabe, no es propiamente el desarme. La U.R.S.S. es el único de los Estados del mundo que tiene al respecto un programa radical. Lo que razones de economía imponen, por ahora, a las grandes potencias navales y militares, es cierto equilibrio en los armamentos. Y, en cuanto se empieza a discutir acerca de la escala de las necesidades de la defensa nacional de cada una, el acuerdo se presenta difícil. El primer obstáculo es la competencia entre la Gran Bretaña y Norteamérica. Por eso, se plantea ante todo la cuestión del entendimiento anglo-americano. Confiado en su fortuna de jugador novel, Ramsay Mac Donald va a tirar esta carta.

Pero, como ya lo observan los comentaristas más objetivos y claros, la rivalidad entre los dos imperios, el británico y el yanqui, no se expresa en unidades navales sino en cifras de producción y comercio. La competencia entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña es económica, no militar y naval. El peligro de un conflicto bélico entre las dos potencias, no queda mínimamente conjurado con un pacto que fije el límite temporal de sus armamentos. La causa de la paz no

gana prácticamente nada con que Mac Donald y Hoover se entiendan, a nombre de sus respectivos imperios, sobre el número de barcos de guerra que construirán anualmente. Esa es una cuestión económica, muy premiosa, sin duda, para Inglaterra que tiene otros gastos a que hacer frente de urgencia. Mas no se conseguiría con ese acuerdo una garantía de paz más sólida que la firma del pacto Kellogg. La potencia bélica de los Estados modernos se calcula por su poder financiero, por su organización industrial, por sus masas humanas. La posibilidad de transformar la industria de paz en industria de guerra en pocos días tiene en nuestra época mucha más importancia que el volumen del parque o el efectivo del ejército. El Japón ha realizado no hace mucho la más importante maniobra militar, poniendo en pie de guerra por algunos días todas sus fábricas.

En las dos naciones, a nombre de las cuales Mac Donald y Hoover discutirán o negociarán en breve, los líderes y las masas revolucionarias denuncian la política imperialista de sus respectivos gobiernos como el más cierto factor de preparación de una nueva guerra mundial. Los propios laboristas británicos no suscriben unánimemente las esperanzas de su **premier**. El **Independant Labour Party** ha estado representado por Maxton y Coock en el 2º Congreso Antiimperialista Mundial de Francfort. Este Congreso, donde los peligros de guerra han sido examinados sin diplomacia y sin reserva, ha sido, por esto mismo, un esfuerzo a favor de la paz y la unión futuras de los pueblos mucho más considerable que el que puede esperarse del diálogo Hoover-Mac Donald.

LA REACCION AUSTRIACA*

Las brigadas de la **Heimwehr** no han realizado el 29 de Setiembre su amenazada marcha a Viena; pero, con la anuencia de los nacionalistas y de los social-cristianos, se ha instalado en la presidencia del Consejo Schober, el jefe de las fuerzas de policía. Los reaccionarios se han abstenido de cumplir una operación riesgosa para sus fanfarronas milicias; pero la reacción ha afirmado sus posiciones. La marcha a Viena habría provocado a la lucha al proletariado vienés, alerta y resuelto contra la ofensiva fascista, a despecho de la pasividad de la burocracia social-demócrata. La maniobra que, después de una inocua crisis ministerial, arreglada en familia, ha colocado el gobierno en manos de Schober, consiente a la reacción obtener casi los mismos objetivos, con enorme ahorro de energías y esfuerzos.

Los partidos reaccionarios austríacos no perdonan a Viena su mayoría proletaria y socialista. La agitación fascista en Austria, se ha alimentado, en parte, del resentimiento de la campiña y del burgo conservadores contra la urbe industrial y obrera. Las facciones burguesas se sentían y sabían demasiado débiles en la capital para la victoria contra el proletariado. En plena creciente reaccionaria, los socialistas izaban la bandera de su partido en el palacio municipal de Viena. El fascismo italiano se proclama ruralista y provincial; la declamación contra la urbe es una de sus más caras actitudes retóricas. El fascis-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 4 de Octubre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

mo austríaco, desprovisto de toda originalidad, se esmera en el plagio más vulgar de esta fraseología ultramontana. La marcha a Viena, bajo este aspecto, tendría el sentido de una revancha del agro retrógrado contra la urbe inquieta y moderna.

Schober, según el cable, se propone encuadrar dentro de la legalidad el movimiento de la **Heimwehr**. Va a hacer un gobierno fascista, que no usará el lenguaje estridente ni los modales excesivos y chocantes de los "camisas negras", sino, más bien, los métodos policiales de André Tardieu y el prefecto del Sena. Con una u otra etiqueta, régimen reaccionario siempre.

Se sabe ya a dónde se dirige la política reaccionaria y burguesa en Austria; pero se sabe menos hasta qué punto llegará el pacifismo del partido socialista, en su trabajo de frenar y anestesiar a las masas proletarias.

LA EXPULSION DE EDUARDO ORTEGA Y GASSET

El reaccionarismo de Tardieu no se manifiesta únicamente en la extrema movilización de sus policías y tribunales contra "L'Humanité", la C. G. T. U. y el partido comunista. Tiene otras expresiones secundarias, de más aguda resonancia quizá en el extranjero, por la nacionalidad de las víctimas. A este número pertenece la expulsión de Hendaya del político escritor liberal Eduardo Ortega y Gasset.

La presencia de Eduardo Ortega y Gasset en Hendaya, como la de Unamuno, resultaba sumamente molesta para la dictadura de Primo de Rivera. Ortega y Gasset publicaba en Hendaya, esto es en la frontera misma, con la colaboración ilustre de Unamuno, una pequeña revista,

"Hojas Libres", que a pesar de una estricta censura, circulaba considerablemente en España. Las más violentas y sensacionales requisitorias de Unamuno contra el régimen de Primo de Rivera se publicaron en "Hojas Libres".

Muchas veces se había anunciado la inminente expulsión de Eduardo Ortega y Gasset cediendo a instancias del gobierno español al de Francia; pero siempre se había esperado que la mediación de los radicales-socialistas, y en general de las izquierdas burguesas, ahorraría aún por algún tiempo a la tradición liberal y republicana de Francia este golpe. El propio Eduardo Herriot había escrito protestando contra la amenazada expulsión. Pero lo que no se atrevió a hacer un gabinete Poincaré, lo está haciendo desde hace tiempo, con el mayor desenfado, bajo la dirección de André Tardieu, un gabinete Briand. Tardieu, que ha implantado el sistema de las prisiones y secuestros preventivos, sin importarle un ardite las quejas de la Liga de los Derechos del Hombre, no puede detenerse ante la expulsión de un político extranjero, aunque se trate de un ex ministro liberal como Eduardo Ortega y Gasset.

Hendaya es la obsesión de Primo de Rivera y sus gendarmes. Ahí vigila, aguerrido e intransigente, don Miguel de Unamuno. Y este solo hombre, por la pasión y donquijotismo con que combate, inquieta a la dictadura jesuítica más que cualquier morosa facción o partido. La experiencia española, como la italiana, importa la liquidación de los viejos partidos. Primo de Rivera sabe que puede temer a un Sánchez Guerra, pero no a los conservadores, que puede temer a Unamuno, pero no a los liberales.

MAC DONALD EN WASHINGTON

La visita de Ramsay Mac Donald al Presidente Hoover consagra la elevación de Washington a la categoría de gran metrópoli internacional. Los grandes negocios mundiales se discutían y resolvían hasta la paz de Versalles en Europa. Con la guerra, los Estados Unidos asumieron en la política mundial un rol que reivindicaba para Washington los mismos derechos de Londres, París, Berlín y Roma. La conferencia del trabajo de 1919, fue el acto de incorporación de Washington en el número de las sedes de los grandes debates internacionales. La siguió la conferencia del Pacífico, destinada a contemplar la cuestión china. Pero en ese congreso se consideraba aún un problema colonial, asiático. Ahora, en el diálogo entre Mac Donald y Hoover se va a tratar una cuestión esencialmente occidental. La concurrencia, el antagonismo entre los dos grandes imperios capitalistas da su fondo al debate.

La reducción de los armamentos navales de ambas potencias, no tendrá sino el alcance de una tregua formal en la oposición de sus intereses económicos y políticos. Este mismo acuerdo se presenta difícil. Las necesidades del período de estabilización capitalista lo exigen perentoriamente. Por esto, se confía en alcanzarlo finalmente, a pesar de todo. Pero la rivalidad económica de los Estados Unidos y la Gran Bretaña quedará en pie. Los dos imperios seguirán disputándose obstinadamente, sin posibilidad de acuerdo permanente, los mercados y las fuentes de materias primas.

Este problema central será probablemente evitado por Hoover y Mac Donald en sus coloquios. El juego de la diplomacia tiene esta regla: no hay que permitirse a veces la menor alusión a aquello en que más se piensa. Pero si

el estilo de la diplomacia occidental es el mismo de anteguerra, el itinerario, la escena, han variado bastante. Con Wilson, los presidentes de los Estados Unidos de Norteamérica conocieron el camino de París y de Roma: con Mac Donald, los primeros ministros de la Gran Bretaña aprenden el viaje a Washington.

EL DUELO DE LA POLITICA DE LOCARNO O DE LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES*

Los estadistas, los parlamentarios más conspicuos de Occidente, han despedido a su colega el Dr. Gustavo Stresseman con palabras emocionadas. El elogio de Stresseman ha desbordado del protocolo. Stresseman era un hombre de Estado que desempeñaba con arte y con fortuna la gerencia de la política exterior de Alemania. Sus colegas lo estimaban, sinceramente, por la valoración solidaria de su éxito y de su habilidad. Existe cierto sentimiento gremial, cierta solidaridad profesional entre los ases, entre los "virtuosos" de la política y del gobierno. Y el duelo tiene en la política una fina y compleja gradación sentimental. La muerte de otros grandes ministros del Reich, - Erzberger, Rathenau- causó una condolencia menos viva en el aréopago político del Occidente capitalista. Erzberger, Rathenau, caían asesinados por la bala de un reaccionario y, por consiguiente, de modo más dramático. Pero eran hombres, sobre todo Rathenau, de los que el instinto burgués de las potencias occidentales desconfiaba un poco. Rathenau profesaba ideas algo heterodoxas y bizarras de reforma social. Estaba en ese estado de ánimo, sospechoso a la ortodoxia burguesa, proclive a la aventura y al desvarío, del alemán resentido y humillado de post-guerra. Si su **Defensa de Occidente** se hubiese escrito a tiempo para enjuiciarlo, Henri Massis no habría dejado de señalarlo como un signo de orientalismo, de asiatismo de una Alemania disolvente e inmanentista.

*Publicado en **Variedades**, Lima, 9 de Octubre de 1929.

Rathenau había firmado en Rapallo, al margen de la conferencia de Génova, con Tchitcherin y Rakovsky, ese tratado ruso-alemán, en virtud del cual Alemania, acosada por los aliados de Versalles, se volvía hacia la Rusia bolchevique. Stresseman, en tanto, es uno de los ministros de la estabilización capitalista, uno de los diplomáticos de Locarno y Ginebra, uno de los artífices de la política que ha restituido al Occidente, después de la escapada de Rapallo, la fidelidad y la cooperación de Alemania. Y ha caído, agotado y congestionado por un violento esfuerzo por dominar a una asamblea de partido, en la que se agitaba irreductible el resentimiento de una Alemania subconscientemente revanchista y militar. Los estadistas, los parlamentarios de Occidente sienten la muerte de Stresseman por este carácter patético de accidente del trabajo, mucho más viva y entrañablemente de lo que la habrían sentido en otras circunstancias. Stresseman es la víctima de un género eminente y raro de riesgo profesional. Y con Stresseman la burguesía occidental pierde a uno de los más grandes y sagaces realizadores de sus planes de estabilización y economía.

Líder del **Volkspartei**, el doctor Gustavo Stresseman representaba en la política alemana los intereses de la burguesía industrial y financiera. Su partido ha sido también el de Hugo Stinnes y el de la "Deutsche Allgemeine Zeitung". Partido de derecha que, piloteado por Stresseman con estrategia de diestro oportunista, no habría seguido a los nacionalistas en la empresa de restauración de la monarquía, sino en caso de que esta restauración hubiese sido exigida por razones reales y posibilidades concretas de la política alemana. Mientras la dirección de la República estuvo en manos de los partidos de Weimar, mientras entre estos partidos, el de la social-democracia no parecía aun bastante resisten-

te al fermento revolucionario, el **Volkspartei** se mantuvo próximo a los nacionalistas, en una actitud de conservatismo transaccional y realista. Pero desde que se mostró evidente que la estabilización capitalista necesitaba en Alemania las formas democráticas y parlamentarias, para asegurarse la colaboración o, por lo menos, la pasividad de la social-democracia, Stresseman se convirtió en uno de los más disciplinados sostenedores de la República de Weimar. Ciertamente que la República de Weimar, con el correr de los años, se había transformado también en la República de Hindenburg. Pero, de toda suerte, imponía inexorable y duramente la liquidación de la impaciente esperanza monárquica de las derechas. La burguesía alemana tenía que aceptar los hechos consumados no sólo en la vida doméstica sino también en la vida internacional. Stresseman comprendió la necesidad de colaborar, dentro con la República y la social-democracia, fuera con las potencias de la Entente y ante todo con Francia. Ni para el **Volkspartei** ni para Stresseman esta colaboración importaba un sacrificio. La burguesía contemporánea no es liberal ni conservadora, no es monárquica ni republicana. Stresseman, monárquico bajo el Imperio, anexionista durante la guerra, republicano con Hindenburg, pacifista después de la ocupación del Ruhr, es un representante típico del posibilismo burgués, del escepticismo operoso de una clase a la que preocupa la salvación de una sola institución y un solo principio: la propiedad.

Alemania no ha sobresalido nunca por su diplomacia. El arte de los tratados, de los entendimientos, de las reservas, de los apartes, se ha mostrado un poco inasequible a sus políticos. Stresseman, en el Ministerio de Negocios Extranjeros del Reich, adquiriría por esto el relieve de una figura de excepción. En poco tiempo, entonó perfectamente su labor al espíritu de Lo-

carno: espíritu de tregua y compromiso, revestido de elocuencia pacifista. No le costó ningún trabajo aconsejar a sus compatriotas la reconciliación con Francia y aun con Poincaré, el ministro de la ocupación del Ruhr. Y, bajo este aspecto, su principal labor de diplomático y de componedor es la realizada en el Reichstag, en Alemania. Un ministro del socialismo, un ministro del partido demócrata y hasta un ministro del centro católico, aunque no hubiese sido más flexible que Stresseman, habría encontrado siempre crítica excesiva, vigilancia desconfiada en la Alemania conservadora y nacionalista. Contra Stresseman mismo, se han amotinado a veces las derechas. Pero a él, sus antecedentes, su posición de hombre de derecha lo preservaban de sospechas que habrían despertado las transacciones de un hombre de otro sector político. La Alemania conservadora y nacionalista, burguesa y pequeño-burguesa, sabía bien que su actitud, en la política extranjera del Reich, se inspiraba estrictamente en los intereses de orden capitalista. El **Volskpartei** es el partido de la industria. Y tiene, por esto, una visión más realista, moderna y práctica de la política y la economía que el otro partido de derecha, el **Deutsche National**, representante de la nobleza y la gran propiedad agraria.

Stresseman, político de clase, estaba dotado de un sentido preciso de los intereses capitalistas. Toda su obra, toda su personalidad tienen el estilo de expresiones acabadas del espíritu burgués de nuestro tiempo. Desembarazado de principios, Stresseman lo mismo que como ministro de la paz y la reconciliación habría podido sobresalir como canciller de Guillermo II y de su imperialismo agresivo.

EL ENTENDIMIENTO HOOVER - MAC DONALD*

La Gran Bretaña ha renunciado formalmente, en la conversación entre Mac Donald y Hoover, a la hegemonía mundial de potencia marítima. Este es el primer resultado concreto de las negociaciones entre los dos presidentes, el de la República de U.S.A. y el del Consejo de Ministros de S. M. Británica. La paridad naval de los dos imperios anglosajones era, sin duda, la condición básica de un acuerdo. El imperio yanqui ha llegado a un grado de su crecimiento y expansión en que no le es posible reconocer, en el plano de los armamentos navales, la superioridad británica. La limitación de los gastos navales es una necesidad del tesoro británico; no del tesoro norteamericano. Por consiguiente, la gestión del acuerdo y las concesiones elementales para allanarlo correspondían a la Gran Bretaña. Mac Donald ha empezado por reconocer este hecho.

Obtenido el entendimiento de las dos potencias anglosajonas en los puntos fundamentales, sin esperar el regreso de Mac Donald a Londres se ha convocado para enero próximo a una nueva conferencia sobre el desarme naval. La Conferencia se celebrará esta vez en Londres y a ella concurrirán sólo cinco potencias: la Gran Bretaña, los Estados Unidos, el Japón, Francia e Italia.

Ya se dibujan las irreductibles oposiciones de intereses que esa conferencia tratará de resol-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 11 de Octubre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

ver. La Gran Bretaña y los Estados Unidos propugnan la supresión de los submarinos como arma naval. Y en este punto no se muestran dispuestos a ceder Francia ni Italia. Para las potencias a las que no es posible sostener escuadras formadas por unidades costosas, el submarino es el arma por excelencia. Navalmente, Francia e Italia quedarían reducidas a una condición de suma inferioridad, si renunciaran a sus flotillas de submarinos. La prensa fascista, reaccionando rápidamente contra el plan Hoover-Mac Donald, lo denuncia como el pacto de dos imperios para imponer su ley al mundo. El Japón, a su vez, no se aviene a la escala de 5-5-3 que se pretende fijar en lo que le respecta. Y los Estados Unidos, sin duda, no querrán hacer concesiones al Japón en este terreno. No es el desarme, sino un equilibrio, fundado en la absoluta primacía anglo-americana, lo que se negocia, en este difícil y complicado proceso.

EL VACIO EN TORNO A PRIMO DE RIVERA

La designación de Sánchez Guerra, Alba y Eduardo Ortega y Gasset por el Colegio de Abogados de España para tres asientos en la Asamblea Nacional, es un gesto de reto y de desdén a la dictadura de Primo de Rivera que confirma vivazmente el estado de ánimo de la nación española. La terna no puede ser, por las personas y por la intención, más hostil contra la desvencijada y alegre dictadura del Marqués de Estella.

Sánchez Guerra no ha salido aún de la jurisdicción del tribunal militar que lo juzga por su tentativa de insurrección. Es el caudillo más agresivo y conspicuo de la lucha contra Primo de Rivera. Preso, después del fracaso del plan insurreccional, no pidió gracia ni excusa. No atenuó mínimamente su actitud de rebeldía contra

el régimen. La declaró legítima, ratificándose en su condena de este régimen y de sus proyectos de falsificar la legalidad con una reforma pseudo-plebiscitaria de la Constitución que ha puesto en suspenso. D. Santiago Alba es el ex ministro del antiguo régimen contra el que se ensañó tan porfiada y escandalosamente en sus comienzos la belicosidad fanfarrona de Primo de Rivera. Ninguna reputación del liberalismo español fue entonces tan rabiosamente agredida como la de Alba por los paladines de la Unión Patriótica. Alba, por su parte, ha respondido siempre con beligerancia decidida a la ofensiva del somatenismo. Eduardo Ortega y Gasset, en fin, no es menos conocido por su obstinada oposición al régimen que desde hace algunos años sufre su patria. En mi última crónica, comenté precisamente su expulsión de Hendaya, a consecuencia de su tesonera y enérgica campaña contra Primo de Rivera en esa ciudad de la frontera franco-española, al frente de la revista "Hojas Libres". Su aclamación por el Colegio de Abogados ha seguido por pocas semanas esta medida drástica de la policía francesa, solicitada empeñosamente por la Embajada de España en París.

Pero este hecho, con ser significativo, no agrega sustancialmente nada a lo que ya sabíamos respecto al aislamiento, a la soledad de Primo de Rivera y su clientela. El fascismo italiano se atrevió al acaparamiento total y despótico del gobierno y del parlamento, a base de una facción entrenada y aguerrida, militarmente disciplinada. El somatenismo español, en tanto, no ha llegado después de seis años de poder, a constituir un partido apto para desafiar a la oposición y organizar sin ella y contra ella gobierno, parlamento y plebiscito. Ya me he referido a la provisoriedad que Primo de Rivera ha invocado siempre como una excusa de su presencia en la jefatura del gobierno. Pasado su período de desplan-

te y jactancia, Primo de Rivera ha cortejado a los mismos viejos partidos contra los que anti-gramaticalmente despotricara en las primeras jornadas de su aventura palaciega, para conseguir su colaboración en la Asamblea Nacional y en la reforma de la Constitución. Algunos líderes liberales, no han dejado de mostrarse oportunísticamente dispuestos a una componenda; pero se han guardado no menos oportunísticamente de situarse en un terreno de franco consenso. El Partido Socialista y la Unión de Trabajadores han tomado posición neta contra el simulacro de asamblea y de reforma. Como lo ha observado bien nuestra inteligente y avisada amiga Carmen Saco, viajando de Barcelona a Valencia y Manises, el pueblo toma a risa el régimen de Primo de Rivera. Todo el mundo piensa que eso no es serio y no durará. Primo de Rivera con sus actitudes, con sus discursos, con sus presuntuosos disparates de legislador, crea el vacío en torno suyo. Su política, bajo este aspecto, tiene un efecto automático, que él no se propone, pero que por esto mismo obtiene infaliblemente.

LA GUERRA EN LA CHINA*

Mientras en Europa occidental reina, no sabemos por cuánto tiempo, la paz de Locarno, la paz de Kellogg y de Mac Donald, y Briand regresa al **Palais Bourbon** con la rama de olivo de su proyecto de confederación europea en el pico, la guerra se enciende en el Extremo Oriente. Recomienzan las escaramuzas en la frontera ruso-china, con altas cifras de muertos y heridos de ambas partes. Y en el Sur de la China, la revolución reanuda su proceso interrumpido por las jornadas thermidorianas de Chang Kai Shek. No es, precisamente, la guerra de Estados, sino la guerra de clases, la que en el Extremo Oriente da jaque mate al pacifismo. Contra las tropas de los Soviets combaten, en la China feudal y militar, espoleada por los imperialismos capitalistas, bandas de rusos blancos, de rusos reaccionarios. La nacionalidad se borra, al colocarse los hombres en el terreno del orden social. El ruso blanco, supérstite de las fracasadas expediciones de Denikin, Kolchak o Wrangel, fraterniza con el chino feudal o burgués, veterano de Chang So Lin o Chang Kai Shek. En Moscú, centenares de estudiantes chinos saludan como suya la bandera soviética. Las voces de orden de la "defensa social" son ineficaces para consolidar la dictadura de Chang Kai Shek. Las versiones de curso oficial y forzoso sobre "la agresión del imperialismo soviético" no persuaden a las masas de la China del sur de la necesidad de la "unión sagrada" contra los Soviets. La admoni-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 18 de Octubre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

ción de Sun Yat Sen que, en su lecho de muerte, miraba en la amistad de la U.R.S.S. la más segura fianza de la emancipación de la China, está presente y vigilante en la conciencia de una gran parte de su pueblo.

La situación militar del gobierno de Nanking, aunque recientes telegramas anuncian la captura de uno de sus adversarios, el general Feng Yuh Siang, no parece absolutamente muy alegre. Lo importante en la lucha contra Chang Kai Shek no son los generales que temporalmente pueden apoderarse de alguna de las reivindicaciones de las masas. Es el contenido de clase de estas reivindicaciones. Chang Kai Shek y sus secuaces han podido detener momentáneamente el curso de la revolución con su golpe de estado thermidoriano y con los fusilamientos en masa de los organizadores y agitadores del proletariado. Pero no han podido suprimir el proletariado mismo. Y es aquí donde la revolución tiene su inagotable fermento.

LA CRISIS DINASTICA RUMANA

Cuando Maniu, líder de una gran agitación popular, asumió el poder en Rumania como jefe del gabinete, muchas voces expectantes le pidieron, desde todas las latitudes de la democracia, que arrancara con mano firme las raíces de la feudalidad contra la cual insurgía su pueblo. Pero Maniu, como la gran mayoría de los jefes de la pequeña burguesía, no es un político dispuesto a llevar a sus últimas consecuencias su programa. Entre barrer definitivamente la monarquía y gobernar como su canciller, juzgó más discreto este último partido. Hoy, la dinastía, que llegara a un grado tan estrecho y patente de mancomunidad con la política reaccionaria de los Bratianu, se siente bastante fuerte para intentar la ofensiva contra el gobierno de Maniu.

El nombramiento de un nuevo miembro del Consejo de la Regencia ha provocado un conflicto entre la dinastía y el gobierno, que plantea, pese a la voluntad de Maniu, la cuestión monárquica. La reina María, según los cablegramas, se muestra combativa. Ella y su corte sueñan, seguramente, con la restauración de un régimen policial como el sedicentemente liberal de los Bratianu, que les devuelva todos sus fueros. Las aspiraciones populares reconocen como su más irreconciliable adversario el poder aristocrático.

También según el cable, Maniu ha hecho propuestas de lealtad al orden monárquico. Pero él mismo no sabe, probablemente, hasta qué punto los acontecimientos le permitirán ser fiel a este empeño. Toda la política de Rumania de los años de post-guerra, se reduce en último análisis a la afirmación de los derechos y sentimientos populares contra los privilegios de la aristocracia. El pueblo no tiende a otra cosa que a la liquidación de la feudalidad. Y éste es un resultado que la política de los partidos y estadistas monárquicos se muestra impotente para obtener. La reforma agraria no ha resuelto la cuestión social rumana. Pero ha fortalecido social y políticamente al campesinado, a cuya fuerza, enérgicamente rebelada contra la dictadura de Bratianu, tan cara a la reina María, debe Maniu la jefatura del gobierno.

LA CRISIS MINISTERIAL EN FRANCIA*

Como estaba anunciado, el gabinete Briand ha zozobrado al primer choque con la marea parlamentaria. Era un ministerio interino, que en su propio seno portaba sus elementos de destrucción. André Tardieu, su Ministro del Interior, aspira demasiado visiblemente a la presidencia del gabinete. Su ofensiva policial contra el proletariado revolucionario daba el tono al gobierno de Briand en la política interna. Tardieu, además, es uno de los hombres de Versalles. El hecho de que un antiguo clemencista como Mandel, haya participado destacadamente en el ataque parlamentario a la política de Briand, no carece de significación. Tardieu, probablemente, no lleva su solidaridad con la gestión de Briand, en los negocios extranjeros, sino hasta un límite prudente. Si en la derecha y el centro del parlamento prevalece un humor nacionalista, Tardieu no podrá dejar de conformar a él su actitud. Es ya el jefe, el ministro de la reacción. Personalmente, está ligado a las garantías militares y territoriales del pacto de Versalles.

Briand ha sido batido por el ataque simultáneo de Marin, Mandel y Montigny, esto es de dos líderes de su propia mayoría y uno del grupo radical socialista de Louis Marin votó a favor del ministerio; pero ya éste estaba en minoría. Todo esto entra en las reglas del juego parlamentario.

El papel de los socialistas, bajo la dirección refinadamente jesuítica de Leon Blum, no pare-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 25 de Octubre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

ce ser otro que el del salvataje del ministerio, al que oficialmente hace oposición. El partido socialista francés practica desde el 11 de mayo de 1924, una política de **soutien**. No importa que en el gobierno se encuentren los radicales-socialistas o el bloque nacional, Herriot o Poincaré. La política de sostén es actuada en el primer caso como táctica de partido ministerial; en el segundo caso como de partido de oposición. No cambian sino los nombres, las formas; la estrategia y sus objetivos son los mismos. Los socialistas temen que el ministerio futuro sea más reaccionario, más adverso a los intereses de su partido, que el ministerio presente. Este miedo al porvenir, los paraliza para la lucha. El gobierno de Briand les parece, probablemente, el único medio de postergar el gobierno de Tardieu. Pero Tardieu gobierna ya, aún con Briand en el Ministerio de Negocios Extranjeros, con la desventaja para las masas de que esta política fascista esta disimulada por el indumento y el tocado democráticos y legales. En todo caso, para un partido como el socialista, que se imaginaba no hace mucho, cuando la creciente revolucionaria le consentía infinitas ilusiones sobre su porvenir próximo, que pronto estaría en grado de asumir íntegramente en sus manos el poder, es un rol bien pobre el de condenarse, en el parlamento, a una táctica de saltavaje de Poincaré o Briand.

Con esta política se espera, sin duda, que Briand conserve el poder, organizando el nuevo gabinete. Que Briand suceda a Briand. Pero, amotinados por Caillaux contra la forma de poincarismo, muchos de los radicales-socialistas son un obstáculo para que Briand ensanche a izquierda las bases parlamentarias del gabinete. Las posibilidades de esta combinación residen en la afición del socialismo de Leon Blum a jugar una política ministerial como partido de oposición.

Pero Tardieu aguarda su hora. Puede avenir-

se a una renovación de la fórmula interina Briand, si su instinto parlamentario le indica que su hora no ha llegado todavía. Es difícil que Briand, en un nuevo período, prescindiera de los servicios de un Ministro del Interior tan del gusto y la confianza de la burguesía. Un gabinete Briand-Tardieu es quizás el que más conviene a los intereses y sentimientos de la burguesía francesa, aún de la más conservadora. De esta suerte, la política de represión, los métodos fascistas, son aplicados por el más agresivo parlamentario de la reacción, dentro de un ministerio de unión nacional, al que el propio partido socialista presta su apoyo, con la convicción de que así hace su propio juego y sirve maquiavélicamente sus propios intereses.

LA NATALIDAD EN LA EUROPA OCCIDENTAL

Francia no ha resuelto, en los años de post-guerra, el problema de su despoblación. Pero, al menos, ha visto extenderse ese problema en la Europa occidental. Ya no es posible oponer a una Francia malthusiana una Alemania prolífica. El crecimiento demográfico de la vecina del otro lado del Rin se ha detenido desde la guerra. En 1900, la estadística registraba en Alemania dos millones de nacimientos al año, con una población de 56 millones. En 1927, con 63 millones, la cifra de nacimientos ha ascendido a 1,2. De 35,6 por mil, ha bajado a 18,3 por mil. La guerra costó a Alemania, en capital humano, aparte de las pérdidas del campo de batalla y del hambre en la retaguardia, la pérdida invisible de los 3,5 millones de hombres que habrían debido nacer. "Monde" de París toma estos datos de una interesante obra publicada recientemente en Alemania, sobre la materia, con el título de **El descenso de la natalidad y la lucha contra él.**

Como se sabe, uno de los objetivos centrales de la política fascista es el aumento de la pobla-

ción. Italia ha sido, tradicionalmente, un pueblo prolífico. El desequilibrio entre su crecimiento demográfico y sus recursos económicos, la constreñía a la exportación de una parte de su fuerza de trabajo. Mussolini considera el aumento de la población como el elemento decisivo del porvenir de Italia. 45'000,000 de hombres no pueden soñar con imponer su ley al mundo. No se concibe el resurgimiento de Roma imperial con las cifras demográficas actuales. El fascismo, entre otras batallas pacíficas, se propone ganar la batalla de la natalidad.

Pero, como dice Nitti, "no se concibe nada más absurdo". Es imposible regular la natalidad con discursos y decretos. El impuesto al celibato, no decide a los solteros, en tiempos de carestía y desocupación, a crecer y multiplicarse. Nadie se casa por evitar la tasa. "No conozco a nadie que haya tenido hijos bajo la sugestión del gobierno", anota burlescamente Nitti.

Las cifras estadísticas denuncian el fracaso de la política fascista en ese embrollado terreno. En 1922, había en Italia 32,2 nacimientos por 1,000 habitantes; en 1927, ha habido sólo 26,9. La baja se ha acentuado en 1928.

La Europa occidental, en la post-guerra, como en la guerra, se despuebla. La estabilización capitalista no ha logrado el equilibrio en este aspecto de la producción y la economía. Un poco despechadamente, la Europa capitalista constata, con las cifras demográficas en las manos, que en la U.R.S.S. no obstante la guerra, el hambre, el terror, etc., la política soviética acusa distintos resultados. Ni el bolchevismo, ni el divorcio libérrimo, ni el aborto legal, ni la nueva moral de los sexos, han tenido las consecuencias que en la Europa occidental la nacionalización, el fascismo, etc.

LA CRISIS FRANCESA*

LA TENTATIVA DE DALADIER Y LOS SOCIALISTAS

El partido socialista francés se ha pronunciado una vez más contra la participación socialista en un ministerio de coalición; pero esta vez la orden del día anti-participacionista ha prevalecido apenas en el consejo nacional del partido: por una mayoría de 1,590 contra 1,451 mandatos. Y, aunque en la extrema izquierda del socialismo francés se agita una fracción que se reclama de la doctrina y la praxis clasistas, la moción victoriosa no es propiamente anticolaboracionista, puesto que declara al partido pronto para "asumir las responsabilidades directas del poder solo o con el sostén de los grupos de la izquierda, cuya colaboración no rechazaría, pero conservando él la autoridad y la mayoría". Lo que se ha rechazado en el consejo no ha sido, pues, la colaboración ministerial, sino únicamente la colaboración sin la hegemonía.

Los radicales-socialistas llegan bastante disminuidos a esta etapa de la crisis del parlamento y de los partidos. Al rendirse la política de unión sagrada y aceptar el papel de soportes del poincarismo, liquidando el programa del bloque de izquierda, los radicales-socialistas se descalificaron para ocupar en un futuro próximo, con éxito y prestancia, la dirección y el comando del gobierno. En política, no se abdica impunemente.

* Publicado en **Mundial**, Lima, 14 de Noviembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

Es cierto que a la cabeza del partido radical-socialista no se encuentra ya Herriot sino Daladier, líder nuevo, animoso y beligerante. Pero a Daladier no le ha sido posible persuadir a los socialistas de que sostengan, con todas sus fuerzas, su empresa. No son pocos los socialistas que esperan con un poco de impaciencia la hora de recibir una cartera. El partido socialista francés, hasta por su rol parlamentario, es un partido de gobierno, más que de oposición. Blum piensa, sin duda, que en otras elecciones, su partido puede ganar una mayoría como la del **Labour Party** de Inglaterra o siquiera como la de los social-demócratas en Alemania.

Mas los acontecimientos suelen ir más de prisa de lo que suponen en el mundo los horóscopos del reformismo. Antes de una nueva consulta electoral, el poder puede pasar a Tardieu y a la reacción con irreparables consecuencias en la sensibilidad y el mecanismo eleccionarios o los socialistas pueden dividirse para permitir a Boncour, Renaudel y sus amigos la entrada en un ministerio.

En Italia una política hesitante del partido socialista, que después de haber renunciado al camino de la revolución vacilaba para resolverse por el camino de la colaboración, franqueó a Mussolini y a sus "camisas negras" la vía del poder. En Francia no existe la inminencia de un golpe de estado fascista de tipo italiano. Ahí, como ya he observado, la reacción prefiere fórmulas legales y métodos burocráticos. Tardieu es su hombre.

Los grandes intereses plutocráticos maniobran visiblemente contra un experimento de las izquierdas. Ya en la Bolsa se ha insinuado una depresión al anuncio de un gobierno de estos partidos.

SANCHEZ GUERRA, ABSUELTO

Asumida con entereza por Sánchez Guerra toda la responsabilidad de su tentativa de Valencia, el tribunal de la dictadura española que lo ha juzgado se habría visto apurado para condenarlo. ¿Qué pena le habría impuesto? Sánchez Guerra encarcelado es para el régimen de Primo de Rivera más molesto y más amenazante que Sánchez Guerra libre. El tribunal no ha tenido más camino que el de la absolución. De este modo el régimen se libra de este prisionero obsesionante. Obligándolo en seguida a salir del país, por razones de orden público, las cosas volverán al estado en que se encontraban antes de los sucesos de Valencia.

Pero, en verdad, algo ha cambiado de entonces a hoy. El mundo ha asistido a un proceso en el que ha tocado toda la endeblez de este gobierno de fuerza. La tentativa de insurrección de un ex presidente del Consejo, convicto y confeso de su plan, no puede ser castigada. A duras penas ha podido llegarse a las audiencias. El régimen es demasiado débil para imponer una pena al jefe declarado de una conspiración.

Para que el tribunal y el proceso no careciese de toda justificación, se ha distribuido algunos años de prisión entre algunos acusados secundarios. Sánchez Guerra debe haber escuchado con su más desdeñosa sonrisa la lectura de la sentencia.

EL GABINETE TARDIEU*

La crisis ministerial ha seguido en Francia el curso previsto. Después de una tentativa de reconstrucción del cartel de izquierdas y de otra tentativa de concentración de los partidos burgueses, Tardieu ha organizado el gabinete con las derechas y el centro. Es casi exactamente, por sus bases parlamentarias, el mismo gabinete, batido hace algunos días, el que se presenta a la cámara francesa, con Tardieu a la cabeza. La fórmula Briand-Tardieu, que encontraba más benigno al sector radical-socialista, ha sido reemplazada por la fórmula Tardieu-Briand. Tardieu era en el ministerio presidido por Briand el hombre que daba el tono a la política interior del gobierno. En la cartera del interior, se le sentía respaldado por el consenso de la gran burguesía. Pero, ahora, la fórmula no se presta ya al menor equívoco. Cobra neta y formalmente su carácter de fórmula semi-fascista. Tardieu, jefe de la reacción, ocupa directamente su verdadero puesto; a Briand se le relega al suyo. La clase conservadora necesita en la presidencia del Consejo y en el Ministerio del Interior a un político agresivo; en el Ministerio de Negocios Extranjeros puede conservar al orador oficial de los Estados Unidos de Europa.

El fascismo, sin duda, no puede vestir en Francia el mismo traje que en Italia. Cada nación tiene su propio estilo político. Y la tercera República ama el legalismo. El romanticismo de los **camelots du roi** y del anti-romántico Maurras

* Publicado en **Mundial**, Lima, 8 de Noviembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

encontrará siempre desconfiada a la burguesía francesa. Un lugarteniente de Clemenceau, un parlamentario como André Tardieu, es un caudillo más de su gusto que Mussolini. La burguesía francesa se arrulla a sí misma desde hace mucho tiempo con el **ritornello** aristocrático de que Francia es el país de la medida y del orden. Hasta hoy, Napoleón es un personaje excesivo para esta burguesía, que juzgaría un poco desentonada en Francia la retórica de Mussolini. La Francia burguesa y pequeño-burguesa es esencialmente poincarista. A un incandescente **condottiero**, formado en la polémica socialista, prefiere un buen prefecto de policía. Y al rigor del escuadrismo fascista, el de polizontes y gendarmes.

Los radicales-socialistas han rehusado su apoyo a Tardieu. Pero no de un modo unánime. La colaboración con Tardieu ha obtenido no pocos votos en el grupo parlamentario radical-socialista. El briandismo no escasea en el partido de Herriot, Sarrault y Daladier, si no como séquito de Aristides Briand, al menos como adhesión y práctica de su oportunismo político. La presencia en el gabinete Tardieu de un republicano-socialista como Jean Hennesy, propietario de "L'Oeuvre" y "Le Quotidien" que no vaciló en recurrir en gran escala a la demagogia cuando necesitaba un trampolín para subir a un ministerio, podría tener no pocos duplicados. A Tardieu no le costaría mucho trabajo hacer algunas concesiones a la izquierda burguesa para asegurarse su concurso en el trabajo de fascistización de Francia.

La duración del gabinete Tardieu depende de que Briand y los centristas lleguen a un compromiso estable respecto a algunos puntos de política internacional. Este compromiso garantizaría al ministerio Tardieu una mayoría ciertamente muy pequeña; pero a favor de la cual trabajaría el oportunismo de una parte de los

radicales-socialistas y el hamletismo de los socialistas. A Tardieu le basta obtener los votos indispensables para conservar el poder. Cuenta, desde ahora, con su pericia de Ministro del Interior para apelar a la consulta electoral en el momento oportuno. Está ya averiguado que con la composición parlamentaria actual, no es posible un ministerio radical-socialista. Si tampoco es posible un gobierno de las derechas, las elecciones no podrán ser diferidas. Tardieu tiene menos escrúpulos que Poincaré para poner toda la fuerza del poder al servicio de sus intereses electorales.

El problema político de Francia, en lo sustancial, no se ha modificado. A la interinidad Brian-Tardieu, va a seguir la interinidad Tardieu-Briand. Es cierto que la estabilización capitalista es, por definición, una época de interinidades. Pero Tardieu ambiciona un rol distinto. No se atiene como Briand al juego de las intrigas y acomodados parlamentarios. Quiere ser el **condottiere** de la burguesía en su más decisiva ofensiva contra-revolucionaria. Y si continúa la abdicación de los elementos liberales de esa burguesía, que han asistido sin inmutarse en la República de los derechos del hombre al escándalo de las prisiones preventivas, Tardieu impondrá definitivamente su jefatura a las gentes que aún hesitan para aceptarla.

EL PROCESO DE GASTONIA

Un llamamiento suscrito por Upton Sinclair, uno de los más grandes novelistas norteamericanos, John Dos Passos, autor de **Manhattan Transfer**, Michael Gold, director de "The New Masses", y otros escritores de Estados Unidos, invita a todos los espíritus libres y justos a promover una gran agitación internacional para salvar de la silla eléctrica a 16 obreros de Gastonia procesados por homicidio. El proceso de los obreros de

Gastonia es una reproducción, en más vasta escala; del proceso de Sacco y Vanzetti.

Y, en este caso, se trata más definida y característicamente de un episodio de la lucha de clases. No se imputa esta vez a los obreros acusados la responsabilidad de un delito vulgar, cuya responsabilidad, no sabiéndose a quién atribuirle con plena evidencia, era cómodo al sentimiento hoscamente reaccionario de un juez fanático hacer recaer en dos subversivos. En Gastonia los obreros en huelga fueron atacados el 7 de junio a balazos por las fuerzas de policía. Rechazaron el ataque en la misma forma. Y víctima del choque murió un comisario de policía. Con este incidente culminaba un violento conflicto entre la clase patronal y el proletariado textil, provocado por el empeño de las empresas en reducir los salarios.

El número de inculcados por la muerte del comisario de policía fue, en el primer momento, de cincuentinueve. Entre éstos, una sumaria información policial, en la que se ha tenido especialmente en cuenta las opiniones y antecedentes de los procesados, ha escogido dieciséis víctimas. Se ha formado en los Estados Unidos un comité para la defensa de estos acusados, a los que una justicia implacable enviará a la silla eléctrica, si la presión de la opinión internacional no se deja sentir con más eficacia que en el caso de Sacco y Vanzetti. El llamamiento de Sinclair, Dos Passos y Gold, ha recorrido ya el mundo, suscitando en todas partes un movimiento de protesta contra este nuevo proceso de clase.

La defensa ha obtenido el aplazamiento de la vista decisiva, para que se esuche nuevos testimonios. Gracias a este triunfo jurídico, la condena aún no se ha producido. Pero el enconado e inexorable sentimiento de clase con que los jueces Thayer entienden su función, no consien-

te dudas respecto al riesgo que corren las vidas de los procesados.

LAS RELACIONES ANGLO-RUSAS

La Cámara de los Comunes ha aprobado por 234 votos contra 199 la reanudación de las relaciones anglo-rusas, conforme al convenio celebrado por Henderson con el representante de los Soviets, desechando una enmienda de Baldwin quien pretendía que no se restableciesen dichas relaciones hasta que las "condiciones preliminares" no fuesen satisfechas. Se sabe cuáles son las "condiciones preliminares". Henderson mismo ha tratado de imponerlas a los Soviets en la primera etapa de las negociaciones. La suspensión de éstas tuvo, precisamente, su origen en la insistencia británica en que antes de la reanudación de las relaciones, el gobierno soviético arreglara con el de la Gran Bretaña la cuestión de las deudas, etc. Baldwin no ignora por consiguiente, que a ningún gabinete británico le sería posible obtener de Rusia, en los actuales momentos, un convenio mejor. Pero el partido conservador ha agitado ante el electorado en las dos últimas elecciones la cuestión rusa en términos de los que no puede retractarse tan pronto. Su líder tenía que oponerse al arreglo pactado por el gobierno laborista, aunque no fuera sino por coherencia con su propio programa.

De toda suerte, sin embargo, resulta excesivo en un estadista tan devoto de los clásicos, declarar que "era humillante rendirse a Rusia" en los momentos en que se consideraba también, en la Cámara, con su asentimiento, el informe del Primer Ministro de la Gran Bretaña sobre su viaje a Washington. El signo más importante de la disminución del Imperio Británico no es, por cierto, el envío de un encargado de negocios a la

capital de los Soviets, después de algún tiempo de entredicho y ruptura. Es, más bien, la afirmación de la hegemonía norteamericana implícita en la negociación de un acuerdo para la paridad de armamentos navales de los Estados Unidos y la Gran Bretaña.

La Gran Bretaña necesita estar representada en Moscú. La agitación anti-imperialista la acusa de dirigir la conspiración internacional contra el Estado soviético. A esta acusación un gabinete laborista estaba obligado a dar la respuesta mínima del restablecimiento de las relaciones diplomáticas. El **Labour Party** estaba comprometido a esta política por sus promesas electorales.

LA CRISIS DE LOS VALORES EN NUEVA YORK Y LA ESTABILIZACION CAPITALISTA*

La relatividad de la estabilización capitalista no podría estar demostrada por ningún suceso con tanta nitidez como por la crisis del mercado de valores de Nueva York. No hace mucho que, comentando la acumulación de capitales en Estados Unidos, los más avisados economistas europeos recordaban que se muere de apoplejía lo mismo que de anemia. El exceso de oro tiene, entre otros efectos fatales, el de la inflación de las acciones. La especulación encuentra el más propicio factor en la abundancia de capitalistas que no saben cómo colocar su dinero.

La concentración de oro en Estados Unidos que, de un lado, empuja al capitalismo yanqui a la exportación del capital, esto es los préstamos o inversiones en la industria extranjera, de preferencia en los países coloniales, de otro lado aporta, necesariamente, la tendencia a supervalorizar las acciones y los títulos en el mercado.

Las contradicciones de la economía capitalista aparecen, en este juego, a plena luz.

Las crisis financieras, como las crisis industriales, son inherentes a la mecánica del capitalismo. Y la estabilización capitalista no importa, bajo ningún aspecto, su atenuación temporal. Por el contrario, todo induce a creer que en esta época de monopolio, trustificación y ca-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 22 de Noviembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

pital financiero, las crisis se manifestarán con mayor violencia.

Los Estados Unidos son hoy la primera potencia capitalista. La democracia individualista conserva en ese país sus antiguos atributos. El poder está en manos del partido que representa los intereses y el espíritu de la gran burguesía. Nada anuncia ahí todavía inmediatamente un gran movimiento socialista. Sin embargo, nada de esto preserva a la economía yanqui de pruebas como la de la caída de los valores en la bolsa neoyorkina. El oro y sus símbolos bursátiles no viven en tranquilo equilibrio; su juego insidia irreparablemente la salud del más joven y robusto capitalismo.

Hoover se comprometía en los sobrios discursos de su campaña eleccionaria a mantener a los Estados Unidos dentro de su tradición de individualismo. Pero esa tradición entre otras características tiene la de esas repentinas automáticas destrucciones de una parte de la riqueza. Un liberal clásico verá en estas pérdidas algo así como esas sangrías heroicas sin las cuales no se salva de la apoplejía.

GUÍA ELEMENTAL DE GEORGES CLEMENCEAU*

Entre los retratos que del Primer Ministro de la "unión sagrada" nos ofrecen sus biógrafos y críticos, ninguno retorna a mi recuerdo con la insistencia de este esquema de León Blum: "Lo que hay de más apasionante y de más patético en aquel que se ha apodado el Tigre, es el drama interior, el conflicto que sostienen en él dos seres. El uno, moral, está animado por un pesimismo absoluto, por la misantropía más aguda, más cínica, por la repugnancia de los hombres, de la acción, de todo. Lo habita un escepticismo espantoso. Lo obsede la vanidad de las cosas y del esfuerzo. Y su filosofía íntima es la del Nirvana. El otro ser, físico, tiene, por el contrario, una necesidad desmesurada de acción, una devorante fiebre de energía, un temperamento de ímpetu, de ardor y de brutalidad. Así Clemenceau, desesperando de lo que hace a causa de la nada terrible que percibe al cabo de todo, es empujado por su actividad demoníaca a luchar por aquello de que duda, a defender aquello que secretamente desprecia y a desgarrar a quienes se oponen a aquello que él congenitalmente estima inútil. Creo, sin embargo, que, en el fondo de este abismo de escepticismo, hay en él un refugio sólido y firme como una roca: su amor por la Francia".

Este retrato atribuye a Clemenceau el mismo rasgo fijado en la célebre frase: "Ama a la Francia y odia a los franceses". La oposición entre

* Publicado en **Variedades**, Lima, 27 de Noviembre de 1929

los dos seres que se agitaban en Clemenceau, entre su razón pesimista y su vida operante y combativa, está sagazmente expresado, de acuerdo con el gusto stendhaliano de León Blum por lo psicológico e íntimo. Clemenceau era, sin duda, un caso de escepticismo y desesperanza en una vocación y un destino de hombre de lucha y de presa. Ministro de la Tercera República, le tocó gobernar con una burguesía financiera y urbana que se sentía seguramente más a gusto con Caillaux, el hombre a quien Clemenceau, implacable y ultrancista, hizo condenar. Las ideas, las instituciones por las que combatió, le eran, en último análisis, indiferentes. No asignó nunca a las grandes palabras que escribió en sus banderas de polemista más valor que el de santos y señas de combate. Libertad, Justicia, Democracia, abstracciones que no estorbaban, con escrúpulos incómodos, su estrategia de conductor.

Pero no se explica uno suficientemente el conflicto interior, el drama personal de Clemenceau, si no lo relaciona con su época, si no lo sitúa en la historia. La fuerza, la pasión de Clemenceau, estaba en contraste con los hechos y las ideas de la realidad sobre la cual actuaban. Este aldeano de la Vandée, este espécimen de una Francia anticlerical, campesina y **frondeuse**, era un jacobino supérstite, un convencional extraviado en el parlamento y la prensa de la Tercera República. No entendió jamás, por esto, verdadera y profundamente, los intereses ni la psicología de la clase que en dos oportunidades lo elevó al gobierno. Tenía el ímpetu demoledor de los tribunos de la Revolución Francesa. En una Francia parlamentaria, industrial y bursátil este ímpetu no podía hacer de él sino un polemista violento, un adversario inexorable de ministros de los que nada sustancial lo separaba ideológica y prácticamente. Pequeño-bur-

gués de la Vandée, humanista, asaz voltairiano, Clemenceau no podía poner su fuerza al servicio del socialismo o del proletariado. El humanitarismo y el pacifismo de los elocuentes parlamentarios de la escuela de Jaurés, se avenían poco, sin duda, con su humor jacobino. Pero lo que alejaba sobre todo a Clemenceau del socialismo, más que su recalcitrante individualismo de pequeño-burgués de provincia, era su incomprensión radical de la economía moderna. Esto lo condenaba a los impasses del radicalismo. Clemenceau no podía ser sino un "hombre de izquierda", pronto a emplear su violencia, como Ministro del Interior, en la represión de las masas revolucionarias izquierdistas.

La guerra dio a este temperamento la oportunidad de usar plenamente su energía, su rabia, su pasión. Clemenceau era en el elenco de la política Francesa, el más perfecto ejemplar de hombre de presa. La guerra no podía ser dirigida en Francia con las hesitaciones y compromisos de los parlamentarios, de los estadistas de tiempos normales. Reclamaba un jefe como Clemenceau, perpetuo viento de fronda ansioso de transformarse en huracán. Otro hombre, en el gobierno de Francia, habría negociado con menos rudeza la unidad de comando, habrían planteado y resuelto con menos agresividad las cuestiones del frente interno. Otro hombre no habría sometido a Caillaux a la Corte de Justicia. La guerra bárbara, la guerra a muerte, exige jefes como Clemenceau. Sin la guerra, Clemenceau no habría jugado el rol histórico que avalora hoy mundialmente su biografía. Se le recordaría como una figura singular, potente, de la política francesa. Nada más.

Pero si la guerra sirvió para conocer la fuerza destructora y ofensiva de Clemenceau, sirvió también para señalar sus límites de estadista. La actuación de Clemenceau en la paz de Versa-

lles, es la de un político clausurado en sus horizontes nacionales. El "Tigre" siguió comportándose en las negociaciones de la paz como en las operaciones de la guerra. El castigo de Alemania, la seguridad de Francia: estas dos preocupaciones inspiraban toda su conducta, impidiéndole proceder con una ancha visión internacional. Keynes, en su versión de la conferencia de la paz, presenta a Clemenceau desdeñoso, indiferente a todo lo que no importaba a la revancha francesa contra Alemania. "Pensaba de la Francia -escribe Keynes- lo que Pericles pensaba de Atenas; todo lo importante residía en ella, pero su teoría política era la de Bismark. Tenía una ilusión: la Francia; y una desilusión: la humanidad; a comenzar por los franceses y por sus colegas". Esta actitud permitió a Francia obtener del tratado de Versalles el máximo reconocimiento de los derechos de la victoria; pero permitió a la política imperial de Inglaterra, al mismo tiempo, vencer en la reglamentación de los problemas internacionales y coloniales con el voto de Francia. Francia llevó a Versalles un espíritu nacionalista; Inglaterra un espíritu imperialista. No es necesario aludir a otras diferencias para establecer la superioridad de la política británica.

El patriotismo, el nacionalismo exacerbado de Clemenceau —sentido con exaltación de jacobino— era una fuerza decisiva, poderosa, en la guerra. En una paz, que no podía sustraerse al influjo de la independencia de las naciones y de sus intereses, cesaba de operar con la misma eficacia. Hacía falta, en esta nueva etapa política, una noción cosmopolita, moderna, de la economía mundial, a cuyas sugerencias el genio algo provincial y huraño de Clemenceau, era íntimamente hostil.

El amigo de Georges Brandes y de Claudio Monet, consecuente con el sentimiento de que se

nutrían en parte estas dos devociones, aplicaba a la política, por recónditas razones de temperamento, los principios del individualismo y del impresionismo. Era un individualista casi misántropo que no tenía fe sino en sí mismo. Despreciaba la sociedad en que vivía, aunque luchaba por imponerle su ley con exasperada voluntad de dominio. Y era también un impresionista. No deja teorías, sistemas, programas, sino impresiones, manchas, en que el color sacrifica y desborda al dibujo.

La fuerza de su personalidad está en su beligerancia. Su perenne ademán de desafío y de combate, es lo que perdurará de él. No lo sentimos moderno sino cuando constatamos que, sin profesarla, practicaba la filosofía de la actividad absoluta. En contraste con una demo-burguesía de compromisos y transacciones infinitas, de poltronería refinada, Clemenceau se mantuvo obstinada, agresivamente, en un puesto de combate. Tal vez en el trato del **pioneer** norteamericano, del puritano industrial o colonizador, se acrecentó, excitada por el dinamismo de la vida yanqui, su voluntad de potencia. En la política, obedeció siempre su instinto violento de hombre de presa. "Entre los bolcheviques y nosotros —decía este jacobino tardío— no hay sino una cuestión de fuerza". Contra todo lo que pueda sugerir la obra de su primer gobierno, Clemenceau no podía plantearse el problema de la lucha contra la revolución en términos de diplomacia y compromiso. Pero le sobraban años, desilusión, adersiones para acaudillar a la burguesía de su patria en esta batalla. Y, por esto, el congreso del bloque nacional y de las elecciones de 1919, después de glorificarlo como caudillo de la victoria, votó, —eligiendo presidente a un adversario a quien despreciaba—, su jubilación y su ostracismo del poder.

FRANCIA Y ALEMANIA*

Aunque cuatro millones de electores han votado en Alemania por los nacionalistas y contra el plan Young, las distancias que separaban a los dos adversarios de 1870 y de 1914 se muestran cada día más acortadas. El trabajo de las minorías de buena voluntad por una duradera inteligencia recíproca, prosigue alacre y tesonero. Si algo se interpone entre Alemania y Francia es el sentimiento político reaccionario que en Alemania inspira el plebiscito nacionalista y en Francia dicta a Tardieu la resolución de demorar la evacuación de las zonas ocupadas.

Es probable que este plebiscito sea la postrera gran movilización del partido nacionalista. Las últimas elecciones municipales de Berlín han acusado un retroceso de los nacionalistas en el electorado de la capital alemana. Los fascistas, partido de extrema derecha, han ganado una parte de estos votos; pero el escrutinio, en general, se ha inclinado a la izquierda. Los comunistas han ganado —con asombro probablemente de los asmáticos augures de su liquidación definitiva— un número de asientos que los coloca en segundo lugar en el Municipio de Berlín. Y los socialistas han conservado el primer puesto.

Los libros de guerra, —cuyo éxito es para algunos críticos una consecuencia del actual período de estabilización capitalista—, no son el único signo de que Alemania revisa profundamente sus conceptos. El libro de Remarque, de un pacifismo entonado a los sentimientos de la

* Publicado en **Mundial**, Lima, 29 de Noviembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

clientela de Ullstein, no está exento de nacionalismo y de resentimiento. El autor satisface el más íntimo amor propio nacional, recalcando la abrumadora superioridad material de los aliados. En los últimos capítulos de **Sin novedad en el frente**, se nota cierta intención apologética al trazar el cuadro de la resistencia alemana. Una Alemania heroica vencida por la fatalidad, no es ciertamente una de las más vagas imágenes que proyecta el libro en la conciencia del lector.

Fuera de la política, en los dominios de la literatura y del arte, se acentúa en Alemania el interés por conocer y comprender las cosas y el alma francesas y en Francia la atención por el pensamiento y la literatura alemanas. "La Revue Nouvelle" anuncia un número especialmente dedicado al romanticismo alemán. "Europe", una de las primeras entre las revistas de París en incorporar en su equipo internacional colaboradores alemanes, persevera en su esfuerzo por el entendimiento de las minorías intelectuales de ambos pueblos.

En el número de octubre de esta revista, leo un artículo de Jean Guehenno sobre el libro en que el profesor de la Universidad de Berlín Eduardo Wechsler confronta y estudia a los dos pueblos. Guehenno no encuentra al profesor Wechsler más emancipado de prevenciones nacionalistas que al malogrado Jacques Riviere en una tentativa análoga sobre Alemania. Guehenno resume, así la definición del francés y del alemán por Wechsler:

"El francés es un hombre de sensación, susceptible, impresionable, excitado, tentado por los paraísos artificiales, sin gusto por la naturaleza y que, si no la domina, desconfía de ella, la desprecia, la odia. Si ama a los animales, ama a los que lo son menos: los gatos; no a los perros. Carece de amor por los niños. Tiene el horror de

lo indefinido. Es eminentemente social y sociable. Es cortesano, burgués, hombre honrado, galante. El fin que persigue es la alegría de vivir. No teme nada tanto como el aburrimiento. Posee todos los talentos, pero no posee más que talentos. Lo atormenta sin cesar el espíritu de conquista. Se daría al diablo con tal de que se le distinga. Ambicioso, glorioso, impone a las cosas su marca. Sabe componer, elegir. Se quiere libre. La coacción, venga de donde venga, lo irrita y desarrolla en él fanatismo y resentimiento. Es razón, inteligencia, espíritu; capaz de duda y de ironía. Su regla es el principio de identidad y el mundo de sus pensamientos, un mundo de claridad".

"El alemán es profundo, "expresionista", preocupado siempre de captar el todo más que la parte. No se confía a las impresiones de momento, sino espera todo de una lenta preparación de las cosas. Ama la naturaleza, se abandona a ella como a la creación de Dios. Ama a los animales —su amor por ellos es una herencia de la vieja sangre germánica— y a los niños. Tiene el sentido de lo infinito. Se baña en él con delicia. Su alma es un espejo del mundo. Es grave, adherido al pasado, naturalmente atento, pesado. El pedantismo es para él el escollo. Aplicado y trabajador, se confía al porvenir. Es entusiasta, benévolo, longánimo y paciente. Se remite a la intuición. Un sentimiento profundo de la unidad le permite acordar los contrarios. El mundo de sus pensamientos no es jamás un mundo cerrado. Las palabras que emplea están rodeadas como de un halo o un margen. Un alemán habla porque piensa, decía Jacob Grimm, y sabe que ningún lenguaje igualará jamás las potencias del alma".

Muchos de estos rasgos son exactos. Pero el profesor alemán idealiza ostensiblemente a su pueblo. Describe al alemán, como se describiría

a sí mismo. Guehenno no está seguro de que éste sea un medio eficaz de reconciliación franco-alemana. El punto que le interesa sustancialmente es el que alude el título de sus meditaciones: "Cultura europea y desnacionalización". Gide ha escrito que "es un profundo error creer que se trabaja por la cultura europea con obras desnacionalizadas". Guehenno no conviene con Gide en este juicio porque avanzamos "hacia un tiempo en que una gran obra de inspiración nacional será prácticamente imposible". Pero éste es ya otro debate y, en estos apuntes, no quiero referirme sino al recíproco esfuerzo de franceses y alemanes por comprenderse.

ESTILO FASCISTA

André Tardieu ha hecho una declaración de neto estilo fascista al anunciar su confianza de permanecer en el gobierno al menos cinco años. Es el tiempo que necesita para actuar su programa y espera que, por esta sola razón, contará por ese plazo con mayoría en el congreso.

No es éste el lenguaje del parlamentarismo, sobre todo en un país como Francia de tan inestables mayorías. Ha habido ministerios de larga duración; ha habido políticos como Briand que no se han despedido nunca del palacio, de la presidencia del Consejo sin la seguridad del regreso. Pero no se ha usado hasta hoy en Francia estos anuncios de la certidumbre y la voluntad de conservar el poder por cinco años. Todos estos ademanes pertenecen al repertorio fascista. Claro que la megalomanía de Mussolini no puede fijar a su régimen el plazo modesto de un quinquenio. Mussolini prefiere no señalarse límites o afirmar que el fascismo representa un nuevo Estado. Pero por algo se comienza. Tardieu tiene que representar la transacción entre el género fascista y el género parlamentario.

¿Cómo hará Tardieu para quedarse en el poder cinco años? Es evidente que desde hace algún tiempo, —desde antes de reemplazar a Briand en la presidencia del Consejo—, prepara sus elecciones. La disolución de la Cámara será, probablemente, la medida a que apelará. En vísperas de las elecciones de 1924, decía que lo que discernía en el país era la voluntad clara de ser gobernado y agregaba que "la dictadura es inútil con un parlamento que funciona, con un gobierno que es jefe de su mayoría". Tardieu no puede creer que este parlamento y esta mayoría existan. Su esfuerzo tiene que tender a formarlos. Los medios son los que ensaya y perfecciona desde hace algún tiempo como Ministro del Interior.

OCCIDENTE Y EL PROBLEMA DE LOS NEGROS*

La moda de los motivos negros en la literatura y la música corresponde, en el plano político, a un período de creciente interés del Occidente por las reivindicaciones de los negros. Pero, mientras el auge del folklore negro en la música y en la literatura, se nutre, en la sociedad burguesa, de un sentimiento de colonizadores amalgamado con la afición exotista de una cultura decadente, la atención que encuentra en los sectores revolucionarios y anti-imperialistas de Europa y América la cuestión de la raza negra obedece a una verdadera corriente internacionalista. Porque, como lo observa Stefan Zweig, no hay que confundir cosmopolitismo e internacionalismo. El cosmopolitismo no excluye mínimamente los odios de pueblos y razas. Es, simplemente, el rasgo de un orden imperialista que ha acercado las distancias y multiplicado las comunicaciones, sin acercar ni coordinar íntimamente a las naciones. Paul Morand es un literato cosmopolita. A nadie se le ocurriría clasificarlo como internacionalista. Nada, en el fondo, es tan parisién como su arte.

El Occidente blanco y capitalista perfecciona e intensifica la explotación tradicional de los negros. En la gran guerra, las potencias imperialistas de la Entente emplearon en gran escala el material humano que podían suministrarle sus colonias negras. Y hoy, desarrollada técnicamente a un grado inverosímil la explotación del tra-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 6 de Diciembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

bajo, el consumo y la producción de los negros, nada más natural que la explotación de su arte. El negro continúa proveyendo de material a la civilización blanca. Disminuida, empobrecida, la fantasía artística de los europeos busca en los negros un rico filón para la industria literaria y artística.

El Segundo Congreso Anti-Imperialista Mundial en el que los pueblos negros estuvieron conspicuamente representados, ha consagrado gran parte de su tiempo al estudio del problema de esta raza. Las conclusiones votadas por este Congreso, constituyen, sin duda, el más avanzado y completo planteamiento político de la cuestión. Se sabe bien que los propios partidos socialistas de Europa, en la época de la Segunda Internacional, no llegaron a incorporar seriamente en sus preocupaciones este problema. La Segunda Internacional no representó, prácticamente, sino un movimiento blanco. La solidarización del movimiento socialista de Occidente empieza sólo con la historia de la Tercera Internacional, cuya mancomunidad con las reivindicaciones de los pueblos coloniales no es uno de los menores pretextos de la burguesía occidental para acusar a la U.R.S.S. de asiaticismo y de barbarie.

Entre los votos del Congreso de Francfort que normarán las actividades de las secciones nacionales de la Liga Anti-imperialista, se cuenta el que repudia la utopía del "retorno al África". Este movimiento es caracterizado por las conclusiones respectivas del Congreso en los siguientes términos: "El Garveyismo es un movimiento nacional semejante al sionismo. Su tendencia es la de reunir a todos los negros en una sola nación que ocupe el continente negro, planteando esta reivindicación un prejuicio en el movimiento general de las masas negras. Arranca esta tendencia del sentimiento de comunidad que nace y renace sin cesar entre los negros, pro-

vocado por una parte por la opresión general que sufren los negros a través de todo el mundo, y por otra del propósito de las clases negras poseedoras de utilizar este sentimiento a beneficio de sus fines económicos en su concurrencia comercial con los imperialismos".

EL PACTO KELLOGG Y LA CUESTION RUSO-CHINA

Pactada por China y Rusia la suspensión de las hostilidades en la Manchuria, y en rápida marcha las negociaciones del acuerdo destinado a resolver el conflicto provocado por las medidas violentas de Chang, el gobierno norteamericano ha sentido la necesidad de recordar a la U.R.S.S. las obligaciones del Pacto Kellogg. No se explicaría esta tardía apelación al Pacto Kellogg en un país que se distingue por su sentido práctico y su técnica veloz, si no se tuvieran en cuenta, con los intereses particulares del capitalismo norteamericano en la eliminación de los rusos de la Manchuria, los objetivos últimos del pacto que Bernard Shaw llamó, sin escandalizar a nadie, un "monumento de estupidez".

Por mucho que se contente con las explicaciones fragmentarias y tendenciosas de las agencias cablegráficas, el lector menos avisado comprende que si la China, disciplinada bajo un régimen militar, estuviese en grado de vencer a Rusia, los Estados Unidos encontrarían abundantes razones no sólo para exonerar transitoriamente a la China de todas sus obligaciones de Estado signatario del Pacto Kellogg sino para abastecerla de dinero y material en su empresa bélica. Y de que únicamente porque acontece lo contrario, el gobierno norteamericano blande extemporáneamente el inútil protocolo con un gesto en el que se adivina el mal humor por las negociaciones que evitan la guerra en el Orien-

te. El verdadero objeto histórico del Pacto Kellogg queda así esclarecido.

Las potencias occidentales no pueden mirar sino con disgusto el curso de las negociaciones ruso-chinas y la suscripción del convenio que restablece el **statu quo** en la Manchuria. Con este arreglo, la posición internacional de Rusia se refuerza, sus relaciones con Asia se normalizan y las posibilidades de consolidación de su economía sobre cimientos socialistas se acrecientan. Se habría querido ver a la U.R.S.S. en guerra con un Estado asiático para tener pretexto de acusarla de imperialismo agresivo y para cultivar la esperanza de enemistarla con el Oriente.

Tampoco se disimula la molestia y la preocupación que causa un arreglo directo con la administración de Mukden. Para los soviets, el gobierno de Mukden no es mejor ni más legítimo que el de Nanking. Pero es el que resolvió y aplicó las medidas cuya reconsideración le importa y el que efectivamente ejerce el poder en la Manchuria. Los nacionalistas de Nanking, a pesar de su abdicación completa ante los elementos más reaccionarios de Pekín y Mukden, no han logrado unificar la China. La Manchuria—tiene hoy, como en los tiempos de Chang So Lin, una administración autónoma con sede en Mukden. Por consiguiente era con Mukden y no con Nanking que había que entenderse.

Y lo importante para la paz del mundo, en estos momentos, no es una innecesaria y tendenciosa experimentación de la fuerza y obligatoriedad del pacto Kellogg sino la suscripción del protocolo que resuelve el conflicto y que liquida definitivamente en el Extremo Oriente un estado de guerra.

LA GUERRA CIVIL EN LA CHINA*

Para que se le ratifiquen de nuevo sus poderes, Chang Kai Shek ha renunciado por enésima vez. La renuncia es el arma que mejor esgrime dentro de su partido. En todas las situaciones difíciles, Chang Kai Shek hace uso de ella con provecho inmediato para los fines de su caudillaje, bastante maltrecho con la larga serie de fracasos que siguen a la toma de Shanghai y al golpe de estado de 1927.

El programa de la dictadura de Chang Kai Shek era la unificación de la China bajo un gobierno nacionalista que formalmente detentara los lemas del antiguo Kuo-Ming-Tang. Para obtener esta unificación, Chang Kai Shek no retrocedió ante ninguna transacción. Comenzó por capitular ante los imperialismos extranjeros que pronto reconocieron en él un aliado y un servidor incondicional.

La China, dividida y desgarrada por la guerra civil, denuncia cotidianamente la quiebra de este programa. La Manchuria sigue constituyendo, como en los tiempos de Chang So Ling, un Estado aparte. La provocación primero y la cesación después del estado de guerra con Rusia, han sido decididas por Mukden y no por Nanking. La lucha de facciones y de caudillos renace implacable. El proletariado, pese al régimen de terror de Chang Kai Shek, continúa su acción de clase.

Aunque otra vez Chang Kai Shek domine a

* Publicado en **Mundial**, Lima, 13 de Diciembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

Feng Yuh Siang y sus demás adversarios, el gobierno de Nanking no alcanzará la estabilidad a que aspira. El fermento revolucionario seguirá trabajando en la situación social, económica y política de la inmensa república feudal de los chinos. La rivalidad y la potencia de los caudillos militares no son sino una consecuencia de esa situación que el triunfo temporal de uno de esos **condottieres** no modificará sustancialmente.

La China no reserva sino sorpresas a los observadores occidentales que la contemplan desde su particular punto de vista. El optimismo de los imperialistas anunció con demasiada prisa la unificación de la China bajo el general que acababa de probar su ferocidad reaccionaria masacrando en Shanghai y Cantón a los organizadores obreros. Traicionado por Chang Kai Shek, el programa de Sun Yat San, puesto al día por sus legítimos herederos, tenía aún muchos adeptos vigilantes y fieles.

EUROPA Y LA BOLSA DE NEW YORK*

La Europa capitalista manifiesta cierto optimismo respecto a las consecuencias de la crisis financiera de Nueva York. La caída de los valores se ha detenido a la altura que la salud de Europa puede tolerar. Y el primer efecto que parece lógico predecir para las finanzas europeas es el regreso gradual al viejo continente de los capitales que lo habían abandonado buscando inversiones, si no más fructuosas, más seguras, al menos, en Norteamérica. Cambó, según anunció oportunamente el cable, se contó entre los primeros que señalaron este reflujo.

La estabilización capitalista se realiza en Europa con el concurso financiero norteamericano. No es por azar que dos norteamericanos, Dawes y Young, dan su nombre a los complicados acuerdos sobre las reparaciones. El capitalismo yanqui es el principal empresario de la reconstrucción europea. Antes de que los Estados de la Entente pactaran con Norteamérica las condiciones de amortización de su deuda, su nuevo **modus vivendi** no se sentía establecido. Puede agregarse que en la estabilización capitalista europea los yanquis han mostrado, hasta cierto punto, más confianza que muchos capitalistas europeos, a quienes la amenaza de la revolución proletaria indujo en Alemania, Italia, Francia, a dirigir sus capitales a América.

Pero Europa no se resigna a convertirse, poco a poco, en un conjunto de colonias de los Esta-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 20 de Diciembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

dos Unidos. El paneuropeísmo es la expresión de una corriente defensiva que mira en la fórmula de Briand la defensa válida de los intereses del capitalismo europeo contra el dominio yanqui. A los Estados europeos les satisface, por esto, la probabilidad de recuperar los capitales que se habían retirado de su industria y su comercio para aumentar la congestión de oro de Norteamérica. Estos capitales han sido advertidos enérgicamente por la crisis de Nueva York de los riesgos de la congestión.

Naturalmente, si el pánico bursátil de Nueva York hubiese rebasado el límite más allá del cual estaban profundamente en juego todos los intereses de la economía capitalista mundial, las constataciones y vaticinios de los observadores de Europa estarían muy lejos de este optimismo. Las consecuencias de la crisis en Europa no les consentirían ninguna esperanza de compensación satisfactoria. Aun como han ido las cosas, cuantiosos intereses europeos resultan afectados. Pero la caída de los valores en Nueva York ha sido frenada en el nivel que los nervios de los financistas europeos podían resistir sin que los ganase también el vértigo. Y esto es bastante, por el momento para la convalecencia de las esperanzas de Europa.

LA NUEVA GENERACIÓN ESPAÑOLA Y LA POLÍTICA

Luis Emilio Soto examina en un artículo de "La Vida Literaria" de Buenos Aires la actitud de la joven generación literaria de España frente a la crisis política de su patria. El tópico es tratado con frecuencia. Y las constataciones del colaborador de "La Vida Literaria" carecen de rigurosa novedad. Pero resulta siempre más actual e

interesante, en todo caso, que los insulsos artículos escritos para la United Press por el general Primo de Rivera, rematando los cuales este castizo espécimen de donjuanismo y flamenquismo españoles escribe que "el Dios de todos los cristianos sabrá compensar a los que supieron consagrar su vida terrenal a ideales más altos y permanente que los goces materiales o al alimento de las pasiones que enciende el espíritu diabólico en la flaca humanidad".

Los intelectuales jóvenes de España están acusando, en estos años, menos sensibilidad política que los intelectuales maduros, aunque de algunos de estos últimos —José Ortega y Gasset, Eugenio d'Ors— reciban las más persuasivas lecciones de displicencia. La zarandeada generación del 98 mostró, en su tiempo, interés mucho más vivo y arriesgado por lo político. Y la generación siguiente está, sin duda, mucho más propiamente representada por Marañón y Jiménez de Asúa que por Ortega y d'Ors.

Soto anota, con razón, que por la abstención de la nueva generación literaria no puede ni debe procesarse a la juventud. Sería injusto olvidar las impetuosas jornadas de los estudiantes españoles contra la dictadura. La que está en causa, específicamente, es la juventud representada por "La Gaceta Literaria" de Madrid, cuyo director Giménez Caballero no tiene reparo en declarar que "España hoy descansa, engorda y se abanica". Soto no pide a estos equipos de intelectuales jóvenes una agitación callejera, tumultuaria. Suscribe la fórmula defendida por Araquistain en su periódico "España" en 1920: "acción difusa, crítica clarificadora, estimulante de creación, renovación de las ideas ambientales". Quiere, en cualquier caso, negar que "el silencio sea una actitud digna de los jóvenes frente al régimen que impera en la patria de Larra".

El equipo de "La Gaceta Literaria" no es toda la nueva generación intelectual española. Incurriría en una grave omisión el biógrafo de esta juventud que no recordase con la debida estimación el esfuerzo de los grupos de intelectuales jóvenes que, después de otras empresas incompatibles con un régimen de censura, han invertido su energía en la creación de las Ediciones Oriente y Cenit. La revista "Post-Guerra", aunque efímera, ha sido un momento de la historia de esta generación.

La intelectualidad española no ha perdido, en general, su interés por las nuevas corrientes políticas e ideológicas. El hecho de que una de las mejores versiones periodísticas de la nueva Rusia sea la de un español, Álvarez del Vayo, no carece de significación. La indiferencia, la abstención, caracterizan a la juventud literaria. Es la nueva gente de letras la que ha hecho suyo, ante lo político, el gesto de don José Ortega y Gasset. Propaganda literaria aparte, un Joaquín Maurín, trabajando oscuramente en París, vale bien por ahora, lo que un Giménez Caballero recorriendo ruidosamente Europa.

Pero aún circunscrita y demarcada de este modo, es indudable que se trata de una actitud singular. Es muy distinta la actitud de la juventud literaria de Alemania. También la de esa juventud literaria de Francia, a la que los jóvenes de España miran tan deferentemente. En Alemania, del teatro a la novela, de Piscator a Glaesser, la nota dominante en la vanguardia literaria es la beligerancia política. En Francia, tan burguesa y conservadora en sus varios estratos, la nueva generación intelectual es uno de los más activos fermentos ideológicos y pasionales. Un libro de un francés —**Mort de la pensée bourgeoise** de Emmanuel Berl—, precisamente, ha hecho viva impresión en uno de los más conspicuos repre-

sentantes del equipo de "La Gaceta Literaria" de Madrid, residente desde hace algún tiempo en Buenos Aires, —Guillermo de Torre—. Lo sé por el propio Guillermo de Torre que atribuye también a los capítulos que conoce de mi **Defensa del Marxismo**, una influencia de que me complazco, en sus actuales preocupaciones.

POLITICA ALEMANA*

Aunque acaba de obtener un triunfo enfático sobre la derecha nacionalista, el gabinete de coalición que preside Herman Müller está deshaciéndose. La dimisión de su Ministro de Finanzas, Rudolf Hilferding, no es sino la abierta declaración de una crisis que se incubaba desde las primeras jornadas de este ministerio heteróclito. Hilferding es la personalidad de más relieve entre los socialistas que forman parte del equipo ministerial de Müller. La celebridad del autor de **El Capital Financiero**, como teórico del socialismo moderno, se apuntala desde hace más de dos lustros en las reiteradas citas que de ese libro contiene uno de los más universales volúmenes de Lenin. Luego, las requisitorias comunistas contra el reformismo de este convicto y confeso fautor de la colaboración de clases, no han sido el combustible menos activo de la notoriedad de su nombre. Pero ni su personalidad ni su reformismo lo han condecorado suficientemente con la burguesía industrial o bancaria del **Volks-partei**. Herr Schacht es asaz poderoso para prevalecer sobre el Ministro de Finanzas del partido más fuerte del Reichstag. Los millones de votos del partido socialista no pesan bastante al lado de la autoridad de este fiduciario implacable de la burguesía. Todo esto en régimen de estricta democracia y sufragio universal.

La interinidad del ministerio Müller estaba prevista desde las difíciles gestiones de su constitución. Como todo ministerio de coalición en-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 28 de Diciembre de 1929, en la sección "Lo que el cable no dice".

tre fuerzas distintas y opuestas, el de Müller reposa en un compromiso precario. Que los socialistas intenten ejecutar cualquier plan que toque seriamente algún grueso interés capitalista. El partido popularista les notificará sin demora la imposibilidad de contar con sus votos en el Reichstag.

Con la esperanza de salvar la coalición del naufragio, los socialistas se han avenido a echar por la borda a Rudolf Hilferding. El sacrificio de este Jonás meticulado y escéptico, que no irá a predicar a ninguna Nínive capitalista, no conjura ni resuelve el verdadero problema. Lo que a la industria y la banca representadas electoral y parlamentariamente por el **Volkspartei** les interesa no es que la social-democracia sacrifique a Hilferding, sino que sacrifique íntegra y radicalmente al socialismo. Con la misma condición gobierna en la Gran Bretaña el **Labour Party** y su elocuente pastor Mr. Mac Donald.

Los nacionalistas, como lo demuestra el plebiscito contra el plan Young, están batidos. Esto también lo ha decidido, sin deliberación explícita y visible, la burguesía de Schacht a la que también podríamos llamar en lenguaje más universal la burguesía de Stresseman. El pangermanismo y la revancha constituyen un programa inoportuno y romántico para la industria alemana, que, sin mucha nostalgia, se ha pronunciado por el ahorro resuelto de la monarquía. Los más incandescentes nacionalistas no significan una amenaza para la República.

Y, en tanto, las incógnitas de la estabilización capitalista, vale decir de la colaboración de clases, residen siempre en la economía. Los partidos burgueses de Alemania, y aun el partido socialista, han anunciado demasiadas veces la liquidación inminente y definitiva del partido comunista por dispersión de sus masas. Pero, como

lo han demostrado recientemente las elecciones municipales de Berlín, mientras la desocupación siga arrojando obreros a la calle, a la extrema izquierda no le costará mucho esfuerzo mantener y aumentar sus efectivos electorales.

LA CRISIS DOCTRINAL DEL SOCIALISMO

"Monde" ha abierto una nueva encuesta, destinada a lograr más extensa resonancia que la de la literatura proletaria, que tanto contribuyó a la rápida popularización internacional del semanario fundado y dirigido por Henri Barbusse, con la contribución ilustre de hombres como Einstein, Gorki, Unamuno. Las encuestas, en la mayoría de los casos, no sirven lealmente al esclarecimiento de una cuestión. Los periódicos y las revistas de partido no pueden conducir una encuesta con suficiente rigor. Las amañan generalmente de acuerdo con la tesis que les interesa sacar victoriosa. Las encuestas, por esto, se encuentran bastante desacreditadas. Pero no por ser encuestas, sino más bien por no serlo. La característica de las encuestas de "Monde" es su recta intención, su severo esfuerzo por ser seriamente, verdaderamente, encuestas. El espíritu de "Monde", el estilo de "Monde", es en gran parte, en casi todas sus páginas, un espíritu y un estilo de encuesta. "Monde" quiere enseñar a sus lectores a juzgar por sí mismos. Es una revista de izquierda, dirigida a un público muy vasto y variado, cuya razón de existir reside precisamente en esta aptitud de comunicarse con una categoría muy amplia e internacional de lectores.

La nueva encuesta se propone indagar los factores y aspectos de la "crisis doctrinal del socialismo". Esta crisis resulta, a juicio de "Monde", de que "los teóricos, encontrándose delante de una avalancha de hechos nuevos, los interpretan diferentemente". El socialismo del siglo XX

tiene muchos hombres eminentes; pero no tiene ninguno tan genial como Marx que haya realizado el mismo prodigioso trabajo de síntesis e interpretación. Lenin ha desaparecido de la escena prematuramente. Las tareas de la revolución rusa no le habrían dejado, además, tiempo ni energías para el examen de la situación mundial con absoluta consagración de estudioso. A Lenin le tocó un rol de realizador, de político más que de ideólogo. Una encuesta no puede pretender ciertamente, remediar todo esto. No aspira sino a promover un debate concreto.

"Monde" abre la encuesta con un artículo de Henri de Man, el autor de **Más allá del Marxismo**. Es de suponer que no se reconoce a de Man ninguna prioridad como revisionista para iniciar la discusión. "Monde" ha consultado a otros revisionistas: Vandervelde, Renner, etc., cuyas respuestas no se han publicado las primeras, seguramente por no haber llegado a la dirección de "Monde" antes de la de Henri de Man.

Si la encuesta sirve para que el estudio de las cuestiones fundamentales se enriquezca con algunas comprobaciones nuevas y válidas y para que gane más hondamente la atención de los intelectuales, "Monde" habrá logrado plenamente su objeto.

143

1930

LA LUCHA DE LA INDIA POR LA INDEPENDENCIA NACIONAL*

El más fácil pronóstico sobre las perspectivas de 1930 es el de que este año señalará una etapa culminante del movimiento nacionalista hindú. La reunión del Congreso Nacional Hindú está rodeada de la más grande expectación mundial por la gravedad de las decisiones que esta vez le tocará tomar. Desde hace dos años la lucha por la emancipación nacional de la India ha entrado en una fase de decisiva aceleración.

Las deliberaciones del Congreso Nacional reunido en Madras en diciembre de 1927 tuvieron un acentuado tono revolucionario. Malgrado la resistencia abierta o disfrazada de líderes moderados, propugnadores de una política transaccional, el Congreso se pronunció en esa oportunidad a favor de la completa independencia de la India. Aprobó también el Congreso una moción de solidaridad con los revolucionarios chinos y con la Liga Mundial contra el Imperialismo, en cuyo segundo congreso, celebrado en Francfort en Julio de 1929, las masas revolucionarias hindúes han estado conspicuamente representadas.

El año de 1928 se caracterizó por la agitación del proletariado industrial de Calcuta y Bombay, focos de la acción sindical hindú. Centenares de miles de obreros de las fábricas de tejidos reafirmaron en las jornadas de 1920 un programa clasista. Este proletariado es, sin duda, el que desde el primer congreso sindical pan-hindú de

* Publicado en **Varietades**, Lima, 1° de Enero de 1930.

octubre de 1928 comunica un sentido de clase, un fondo social y económico al movimiento nacionalista de la India.

El gobierno de Baldwin encargó a una comisión parlamentaria, en el mismo año, el estudio de la cuestión hindú y la proposición de las medidas que la Gran Bretaña debe adoptar. El nombramiento de esta comisión significa el reconocimiento de la insuficiencia y del fracaso de la reforma con que la Gran Bretaña creyó cumplir en 1919 las promesas hechas a la India, como a todas sus colonias, durante la guerra, para asegurarse su cooperación y obediencia. Los organismos nacionalistas acordaron el **boycott** de esta comisión, de la que la India no podía esperar sino una morosa encuesta y algunas tardías sugerencias. La comisión Simon fue recibida con demostraciones hostiles, trágicamente selladas por la muerte del gran líder nacionalista Lala Lajpat Rai, a consecuencia de los maltratos sufridos en manos de la policía inglesa.

Lala Lajpat Rai, o Lalaji como se le llamaba usualmente, a los 63 años, con una foja de servicios políticos eminentes de cuarenta años, podía haberse abstenido de concurrir personalmente a las protestas de su pueblo contra la nueva maniobra del imperialismo británico. Pero hombre de acción ante todo, tenía que entregar a la causa de la libertad hindú sus últimas energías. Participó en persona en la manifestación con que el pueblo recibió a Mr. John Simon y sus acompañantes en la estación de Lahore el 30 de Octubre de 1928. Los golpes de los policías ingleses causaron su muerte el 17 de Noviembre. Todos los adalides de la India lo despidieron con emocionadas y reverentes frases de reconocimiento de su obra. Rabindranath Tagore, Mahatma Gandhi, Motilal Nehru, tradujeron con elocuencia concisa el sentido del pueblo hindú.

El Congreso Nacional Hindú, cuyas resoluciones son aguardadas esta vez con tanta ansiedad, no ha surgido, como se sabe, directamente de la agitación de las masas nacionalistas. Durante largos años, prevaleció en él un espíritu favorable a los intereses de la Gran Bretaña. Era una asamblea de la burguesía hindú, que tenía su origen en los sentimientos del sector liberal de ésta, pero a la que el Imperio Británico, cuyo poder en la India se apoyaba en la colaboración de las castas privilegiadas y de la riqueza, pudo mirar por mucho tiempo sin aprehensión.

Pero, a medida que la corriente nacionalista empezó a acentuarse y precisarse, y a movilizar a las masas, la actitud del Congreso Nacional Hindú frente a la dominación británica cambió completamente. En 1918 el Congreso tomó una posición revolucionaria. En los años siguientes, siguió la política de Gandhi y adoptó la fórmula de la no cooperación. Las fallas de este programa, en cuya aplicación retrocedió el propio Gandhi, alarmado por los actos de violencia de la multitud, han demostrado luego a las masas la absoluta necesidad de una línea nueva. Al ensancharse las bases del Congreso, que representa en cada reunión un número mayor de sufragios, las reivindicaciones de las masas han comenzado a pesar cuantiosamente en sus deliberaciones. El partido obrero y campesino, organizado en los dos años últimos, y cuya fuerza es un índice del declinamiento del gandhismo, actúa activamente en el seno del Congreso. La derecha colaboracionista, pierde terreno y autoridad fatalmente, a pesar de que Gandhi y sus partidarios, mediando entre los dos sectores extremos, prolongan la táctica de compromiso y la esperanza en las concesiones británicas. Precisamente en el Congreso de Calcuta, hace un año, la tendencia derechista hizo un esfuerzo por predominar, con un proyecto que establecía la autonomía dentro

del Imperio. Pero los partidarios de la independencia total insurgieron vigorosamente contra esta maniobra. Y la derecha tuvo que limitar el alcance de su propuesta, fijando un plazo de un año para su realización.

En estas condiciones, se reúne hoy el Congreso. El año previsto ha trascurrido. La comisión Simon no ha hecho conocer aún sus conclusiones. Una declaración del Virrey de la India anunciando el propósito del Gobierno de conceder a la India el régimen de un Dominio, ha provocado la protesta de liberales y conservadores, que acusan al gobierno laborista de proceder como si no existiera la comisión Simon. Los laboristas se han visto obligados a atenuar al mínimo la declaración de Lord Irwin. La Gran Bretaña les regatea a los hindúes el estatuto del Dominio, en plena creciente del movimiento nacionalista por la emancipación completa. En las labores preparatorias del Congreso, Gandhi ha reasumido un rol ponderador. Pero esta vez la existencia en el Congreso de una fuerza revolucionaria compacta, apoyada en las masas obreras y campesinas, y el desprestigio de las fórmulas conciliadoras, están destinados a imprimir un nuevo curso a los debates. El primer voto del Congreso lo evidencia.

LOS VOTOS DEL CONGRESO NACIONAL HINDU*

Habría que ignorar toda la historia de la lucha del pueblo hindú por su independencia nacional en la etapa que comienza en 1918, para sorprenderse del voto del Congreso Nacional de la India reunido en Lahore. El Congreso Nacional, al que las declaraciones británicas tratan de restar autoridad ahora porque ha cesado de ser una asamblea de espíritu colaboracionista, auspiciada semi-oficialmente por los funcionarios del Imperio, no ha llegado a este voto, sino a través de una serie de experiencias, determinadas por el movimiento de las masas.

El primer paso positivo de esta asamblea hacia la emancipación de la India fue el de establecer en 1916 el acuerdo entre mahometanos e hinduístas. La corriente nacionalista revolucionaria dominó en 1918 en el Congreso en forma que parecía anunciar una decidida lucha por la emancipación. Pero era esa la época de irresistible creciente del gandhismo. Las masas estaban bajo la sugestión de Gandhi, que se proponía obtener el triunfo de la causa **swarajista** mediante la desobediencia civil. Repetidas veces se aplazó la aplicación de esta medida, destinada, no obstante su carácter pasivo, a conducir al pueblo hindú a un conflicto abierto con sus opresores. Pero este efecto contrarió a Gandhi, a quien las primeras escenas de violencia disgustaron como un horrendo pecado. En los años siguientes a

* Publicado en **Mundial**, Lima, 4 de Enero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

1924 el gandhismo tomó el carácter de una experiencia mística más bien que de un movimiento político. Pero el anhelo de libertad vigilaba en las masas y la lucha de clases aseguraba la participación activa y resuelta del proletariado en la batalla por la independencia, que adquiriría de este modo un sentido económico-social. Los elementos de la burguesía hindú, partidarios de una reforma moderna que entregase a su clase el poder, dentro del Imperio británico, creyeron que era el momento de buscar una fórmula transaccional. Mas la presión de las masas no dejaba de actuar sobre los debates del Congreso Nacional y sobre el partido **swarajista**. Y la reivindicación de la independencia completa se afirmó victoriosa en su reunión de diciembre de 1927. Un año después, el Congreso limitaba a un año el plazo dentro del cual aceptaba la autonomía dentro del Imperio.

No debe olvidarse que los dos últimos años han sido de agitaciones de masas; a los movimientos huelguísticos de Bombay y Calcuta siguieron en 1928 las demostraciones hostiles con que fuera recibida la comisión británica presidida por Mr. John Simon.

Hoy el Congreso Nacional, a propuesta de un líder como el Mahatma Gandhi a quien nadie tachará sin duda de violento, ha proclamado la independencia absoluta de la India, porque a esto la comprometían, en términos perentorios, sus propias anteriores deliberaciones y porque en este sentido se pronuncian, con energía cada vez más visible, las clases trabajadoras y campesinas. Los ingleses fingen subestimar el valor de este voto, con argumentos tan artificiales como el de que este Congreso carece de facultades legales. Evidentemente, no es compatible con el régimen colonial que pesa sobre la India el funcionamiento de un parlamento del pueblo hindú de reconocidos poderes legislativos. Pero este Congreso

no por eso representa menos a las masas hindúes. El imperialismo se apresta a resistirlas en las fábricas, en las ciudades industriales, que serán los centros principales de la lucha revolucionaria. Y la izquierda reclama la movilización inmediata de los sindicatos obreros.

El Congreso ha resuelto el **boycott** de las legislaturas provinciales. A estos burlescos consejos legislativos de provincias se reducía la participación que la constitución vigente de la India, implantada en 1919, concedía a los hindúes en la administración de su país. Su función es puramente consultiva, por lo que estuvieron siempre boycoteados por los nacionalistas. El número de electores es, además, conforme a la ley, muy restringido. Con estas asambleas, serán boycoteados los cuerpos que asisten al gobernador en la administración de cada una de las nueve provincias de la India, pero cuyas decisiones pueden ser revisadas y contrariadas por el Virrey, suprema autoridad.

El propósito de prolongar las sesiones del Congreso, que conforme a la costumbre debería terminar sus labores el 19 de enero, es un dato significativo de la intención de la asamblea de no detenerse en una proclamación platónica de la independencia de su país.

EL GOBIERNO DE NANKING CONTRA LA EXTRATERRITORIALIDAD

Otro aguinaldo para el imperialismo británico en particular y para las potencias beneficiadas por el régimen de extraterritorialidad en general, ha sido la abrogación de esos privilegios por el gobierno de Nanking. No hay que ver, por supuesto en este acto, un signo de la voluntad revolucionaria del gobierno de Nanking de poner en práctica el programa nacionalista que Chang Kai Shek renegó desde su golpe de estado. El

derecho de extraterritorialidad, —que sustrae a los súbditos de los más poderosos Estados del mundo, con excepción de la U.R.S.S. que renunció expresamente a todos estos privilegios, responsables de un delito cualquiera a la acción de la justicia china y coloca en cambio todo acto en daño de sus intereses bajo el fuero de sus propios jueces—, irrita y ofende profundamente al pueblo chino. Todas las ofensivas que ha tenido que afrontar hasta hoy el gobierno de Nanking, contra el cual una parte de la China sigue en armas, reconocen su origen en el abandono de los principios de la revolución por Chang Kai Shek y sus colaboradores. César Falcón, comentando la situación del gobierno de Nanking, observaba recientemente que si el gobierno británico hubiese aceptado negociar sobre la extraterritorialidad, lo habría reforzado. Negándole toda **chance** en esta reivindicación, lo disminuía y debilitaba ante el pueblo. Las insurrecciones encontraban un terreno favorable.

Son, pues, razones de política interna, las que mueven a Chang Kai Shek a batirse diplomáticamente por la extraterritorialidad. Su declaración ha sido posible, porque una profunda exigencia de las masas la demanda desde hace mucho tiempo. Este hecho es garantía de que la China no retrocederá en la resolución adoptada. La extraterritorialidad está en crisis definitiva. Su anulación forma parte del proceso de la lucha anti-imperialista en ese país.

EL TRAMONTO DE PRIMO DE RIVERA*

Con escepticismo de viejo mundano, no exento aún del habitual alarde fanfarrón, el Marqués de Estella prepara su partida del poder. El año 1930 señalará la liquidación de la dictadura militar, inaugurada con hueca retórica fascista hace seis años.

Estos seis años de administración castrense debían haber servido según el programa de Primo de Rivera, para una completa transformación del régimen político y constitucional de España. Pero ésta es, precisamente, la promesa que no ha podido cumplir. Después de seis años de vacaciones, no muy alegres ni provechosas, la monarquía española regresa prudentemente a la vieja legalidad. El proyecto de reforma constitucional, boycotado por los partidos, ha sido abandonado. Primo de Rivera no ha podido persuadir al rey de que debe correr hasta el final esta juerga. El rey prefiere restaurar, con gesto arrepentido, la antigua constitución y los antiguos partidos. A este mísero resultado llega una jactanciosa aventura que se propuso nada menos que el entierro de la vieja política.

Unamuno puede reír del tragicómico acto final de esta triste farsa con legítimo gozo de profeta. Los que encuentran siempre razones para vivir al minuto, pensando que "lo real es racional", declararon exagerada y hasta ridícula la campaña de Unamuno en Hendaya. El filósofo de Salamanca, según ellos, debía comportarse con más diplomática reserva. Sus coléricas requisi-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 11 de Enero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

torias no les parecían de buen tono. Ahora quien da "zapatetas en el aire" no es el gran desterrado de Hendaya. Es el efímero e ineficaz dictador de España que, en el poder todavía, hace el balance de su gobierno frustrado. Sirvió hace seis años a su rey para una escapatoria de monarca calavera. Y ahora su rey lo licencia, para volver a la constitucionalidad.

La dictadura flamenca del Marqués de Estella no ha cumplido siquiera el propósito de jubilar definitivamente a los viejos políticos. Los más acatarrados liberales y conservadores se aprestan a reanudar el rutinario trabajo interrumpido en 1923. Primo de Rivera es un jugador que ha perdido la partida. No jugaba por cuenta suya, sino por la del rey. Y Alfonso XIII no le ha dejado al menos terminar su juego.

LA CONFERENCIA DE LA HAYA

La nueva conferencia de La Haya relega a segundo término a los diplomáticos de la paz capitalista. Esta vez es Tardieu y no Briand quien tiene la palabra a nombre de Francia. Mientras Tardieu exige la inclusión en el protocolo sobre el pago de las reparaciones de las sanciones militares que se adoptarán en caso de incumplimiento de Alemania, Briand prepara las frases que pronunciará en Ginebra, en el Consejo de la Liga de las Naciones. Los propios delegados financieros pasan a segundo término. Tardieu necesita satisfacer el nacionalismo del electorado en que se apoya su gobierno. Y hasta ahora, a lo que parece, los antiguos aliados de Francia lo sostienen. Briand ha quedado desplazado del puesto de responsabilidad. Tardieu ensancha sus poderes en el ministerio que preside y en el que desempeña la cartera del Interior. Negociador del Tratado de Versalles, le toca hoy firmar el protocolo que pone en vigencia, ligeramente re-

tocado, el plan Young para el pago de las reparaciones. Hace doce años, en Versalles, le habría sido difícil prever que el capítulo del arreglo de las reparaciones resultase tan largo. Tal vez, en sus previsiones íntimas de entonces, su propia ascensión a la jefatura del gobierno aparecía calculada para mucho antes de 1929. El gobierno alemán, en visible crisis desde la renuncia de Hilferding, sacrificado al implacable director del Reichsbank, puede regresar seriamente disminuido en su prestigio a Berlín, si Tardieu obtiene en La Haya la suscripción de sus condiciones.

LA LIMITACION DE LOS ARMAMENTOS NAVALES

En otra estación se encuentra el debate sobre la limitación de los armamentos navales de las grandes potencias. La conferencia de las cinco potencias vencedoras en la guerra mundial, -Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Francia e Italia-, que se reunirá en Londres no cuenta con más base de trabajo que el entendimiento anglo-americano. Para arribar a un acuerdo de las cinco potencias, hace falta todavía concertar las reivindicaciones del Japón, Francia e Italia entre sí y con el equilibrio y la primacía de las escuadras de la Gran Bretaña y Estados Unidos. El Japón aspira una proporción mayor de la que estas dos potencias le han fijado. Francia resiste a la supresión del submarino como arma naval. Italia reclama la paridad franco-italiana. Anteriormente, Italia era también favorable al submarino; pero conforme a los últimos cablegramas parece ahora ganada a la tesis adversa. En cambio, se muestra irreductible en cuanto al derecho a tener una escuadra igual a la de Francia. Este derecho, por mucho tiempo, sería sólo teórico. Su uso estaría condicionado por las posibilidades económicas del país. Mas el gobierno fascista considera la paridad como una cuestión

de prestigio. Un régimen que se propone restituir a Italia su rol imperial, no puede suscribir un pacto naval que la coloque en un rango inferior al de Francia.

Francia, a su vez, sentiría afectado su prestigio político por la paridad de armamentos navales con Italia. Aceptar esta paridad sería consentir en una disminución de su jerarquía de gran potencia o convenir en la ascensión de Italia al lado de una Francia estacionaria no obstante la victoria de 1918. Tardieu no es el gobernante más dispuesto a este género de concesiones que podrían comprometer su compósita mayoría parlamentaria.

Las perspectivas de la conferencia son, por tanto, muy oscuras. No existe sino un punto de partida: el acuerdo de los Estados Unidos y la Gran Bretaña para dividirse la supremacía marítima. Y, por supuesto, no es el caso de hablar absolutamente de desarme.

EL DR. SCHACHT Y EL PLAN YOUNG*

Los delegados de Alemania han tenido que aceptar, en la segunda conferencia de las reparaciones, el plan Young, tal como ha quedado después de su retoque por las potencias vencedoras. Esto hace recaer sobre el ministerio de coalicón y, en particular sobre la social democracia, toda la responsabilidad de los compromisos contraídos por Alemania en virtud de ese plan. El doctor Schacht, presidente del Reichsbank, ha jugado de suerte que aparece indemne de esa responsabilidad. La burguesía industrial y financiera estará tras él, a la hora de beneficiarse políticamente de sus reservas, si esa hora llega. El sentimiento nacionalista es una de las cartas a que juegan la burguesía en todos los países de Occidente, a pesar de que los propios intereses del capitalismo no pueden soportar el aislamiento nacional. La subsistencia del capitalismo no es concebible sino en un plano internacional. Pero la burguesía cuida como de los resortes sentimentales y políticos más decisivos de su extrema defensa del sentimiento nacionalista. El doctor Schacht ha obrado, en todo este proceso de las reparaciones, como un representante de su clase.

LA REPÚBLICA DE MONGOLIA.

Cuando el gobierno nacionalista, revisando apresuradamente la línea del Kuo Ming Tang despidió desgarbadamente a Borodin y sus otros

* Publicado en **Mundial**, Lima, 18 de Enero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

consejeros rusos, las potencias capitalistas aludaron exultantes este signo del definitivo tramonto de la influencia soviética en la China. El ascendiente de la diplomacia soviética, la presencia activa de sus emisarios en Cantón, Peking y el mismo Mukden, eran la pesadilla de la política occidental. Chang Kai Shek aparecía como un hombre providencial porque aceptaba y asumía la misión de liquidar la influencia rusa en su país.

Hoy, después del tratado ruso-chino, que pone término a la cuestión del ferrocarril oriental, la posición de Rusia en la China se presenta reforzada. Y de aquí el recelo que suscitan en Occidente los anuncios de la próxima creación de la República Soviética de la Mongolia. La Mongolia fue el centro de las actividades de los rusos blancos, después de las jornadas de Kolchak en la Siberia. Empezó luego, con la pacificación de la Siberia y la consolidación en todo su territorio del orden soviético, la penetración natural de la política bolchevique en Barga y Hailar. En este proceso, lo que el imperialismo capitalista se obstina en no ver es, sin duda, lo más importante: la acción espontánea del sentimiento de los pueblos de Oriente para organizarse nacionalmente, que sólo para la política soviética no es un peligro, pero a la que todas las políticas imperialistas temen como a la más sombría amenaza.

EL PLAN YOUNG EN VIGENCIA*

Finalmente, los vencedores de Versalles han suscrito con Alemania una reglamentación definitiva del pago de las reparaciones. La reunión de La Haya, en que se ha concluido y firmado el acuerdo que pone en vigencia el Plan Young, no ha trascendido sin incidentes. Un mes antes de la conferencia, el Dr. Schacht, director del Reichsbank, había insurgido contra las concesiones del gobierno a las potencias acreedoras, sosteniendo que el régimen fiscal que imponían a Alemania no era el que convenía a la convalecencia de sus finanzas. Actitud política, antes que financiera, la del Dr. Schacht, no aspiraba naturalmente a detener a Alemania en la vía seguida, sino a echar sobre el gabinete de coalición, y particularmente sobre el partido socialista, la responsabilidad de estos compromisos. El Dr. Schacht ha formado parte de la delegación alemana, aunque no haya sido sino para tener oportunidad de confirmar su posición individual.

El arreglo de las reparaciones quedó obtenido, provisoriamente, con el plan Dawes. Desde entonces, los gobiernos interesados fijaron las líneas generales del sistema de amortización y distribución de la deuda alemana. Pero el plan Dawes, adoptado en instante en que era prematuro decidir el monto de la indemnización alemana, había dejado pendiente esta cuestión. Era una solución interina que hacía falta experimentar. Pero en esta solución interina estaban ya

*Publicado en **Mundial**, Lima, 25 de Enero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

sancionados los principios que deberían caracterizar el régimen de reparaciones: ante todo, su funcionamiento bajo la tutela de la finanza norteamericana.

La estabilización capitalista empieza propiamente con el plan Dawes. Mientras Francia hubiese continuado empeñada en exigir de Alemania el pago de las armadas que podía reclamar blandiendo el pacto de Versalles, habría sido vano todo esfuerzo por restaurar la economía capitalista del Reich. No fue un azar que el plan Dawes siguiera a la ofensiva revolucionaria de 1923 en dos Estados del Reich. El plan Young significa, por consiguiente, la ratificación del estatuto de la estabilización capitalista, después de algunos años de experimentación.

TARDIEU Y EL PARLAMENTO FRANCÉS

La mayoría parlamentaria de Tardieu ha bajado fuertemente en las últimas votaciones. Soplan vientos de fronda en el sector radical socialista. Pero de vuelta de La Haya, con el protocolo del plan Young en el bolsillo, no puede esperar a Tardieu y su ministerio sino un voto de confianza, al que no negarán su adhesión muchos de los que se supone dispuestos a provocar una crisis.

El gabinete Tardieu no habría podido constituirse sin la abdicación tácita de las fuerzas que habrían debido oponérsele con extrema energía. Tardieu, a su vez, sabe **menager** a este sector parlamentario. No ha ocupado la presidencia del Consejo con una explícita declaración fascista. Se ha hablado mucho de él como de un joven **condottiero**. Pero solícitamente, quienes más interesados están en sostenerlo, han rectificado los comentarios presurosos de quienes lo saludaban como al iniciador de una nueva política. "M. Tardieu —ha escrito M. Maurice Col-

rat— tiene más años y prudencia de las que le atribuyen ciertos historiógrafos. A su edad, habría dicho Floquet, Bonaparte había muerto. Además, ningún gesto en su actitud, ningún término en sus decisiones traiciona la menor veleidad de rebelión, la menor intención de disidencia. André Tardieu ha aparecido más bien como un heredero, como un sucesor, que como un insurgente. A ejemplo de M. Briand y de M. Poincard, ha tratado al principio de agrupar alrededor de él a las fuerzas republicanas y de formar un ministerio de conservación, ofreciendo siete carteras a los radicales-socialistas". Equivoco, compromiso, transacción, —parlamentarismo para decirlo en una sola palabra— de una y otra parte. Tardieu no es el dictador con el que soñaban el **snobismo** y la teorización reaccionarias en Francia. No en vano su escuela ha sido la del parlamento y la del periodismo.

Su programa es, modestamente, sobre todo, un programa de policía. Su misión, dar jaque mate, aun a costa de la tradición republicana y liberal de Francia, a las fuerzas revolucionarias. Su política no significa ni puede significar una ruptura con el estilo parlamentario. Tardieu en la presidencia del Consejo es la reacción con mayoría parlamentaria, obtenida mediante un experto y prudente juego de fintas y concesiones. Lo que caracteriza al gobierno de Tardieu es su función policial, su técnica policial, su espíritu policial. Marcel Fourrier escribe en el último número de "La Revolution Surrealiste": "La policía es esencialmente un estado de espíritu de la burguesía". El ministerio Tardieu es el más burgués, bajo este punto de vista, de los ministerios de la Tercera República.

Pero el parlamento mismo está permeado de este espíritu, que algunos llamarán por disimulo de "defensa social", pero que es simplemente de "seguridad pública", en la acepción policial, co-

riente, del término. Y aquí reside todo el secreto de la fuerza de Tardieu en el parlamento.

LA CONFERENCIA NAVAL DE LONDRES

Como un último homenaje a la clásica hegemonía naval de la Gran Bretaña, la reina de los mares, se celebra en Londres la conferencia en que las cinco principales potencias marítimas esperan ponerse de acuerdo respecto a la limitación o equilibrio de sus flotas. Acordada previamente entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, la paridad naval de ambas potencias, lo primero que la conferencia va a sancionar es la defunción de la hegemonía naval inglesa.

Es posible que éste sea el único resultado final de la conferencia que entonces no habría servido sino para refrendar y perfeccionar el entendimiento entre Estados Unidos y la Gran Bretaña, logrado por Mac Donald en su visita a Washington.

Los problemas más intrincados por resolver son, como se sabe, el de la paridad naval de Francia e Italia, reivindicada por el gobierno italiano y a la que difícilmente podría renunciar la diplomacia fascista; el de la abolición de los submarinos, como arma de guerra, punto en el que Francia se ha mostrado siempre irreductible y en el que sus intereses chocan inconciliablemente con los de Inglaterra; y el del programa de armamentos navales del Japón, basado en sus miras en el Pacífico.

El ministerio laborista, batido en la Cámara de los Lores en la votación de la ley sobre seguro de los desocupados, se presenta a la Conferencia con disminuida fuerza política. La Inglaterra tradicional, aristocrática, acaba de marcar su discrepancia con el laborismo, tan pávido y modesto sin embargo en la aplicación de su programa sobre los desocupados.

LA JUVENTUD ESPAÑOLA CONTRA PRIMO DE RIVERA*

Otra vez, la juventud de las universidades españolas se encuentra en acérrimo conflicto con la dictadura del general Primo de Rivera. La agitación universitaria coincide esta vez con la crisis, definitiva al parecer, del gobierno que preside el Marqués de Estella que acaba de solicitar, según el cable, el sufragio de los capitanes generales del ejército, la armada y la policía para saber si debe retener el poder.

La huelga universitaria de hace cerca de un

* Publicado en **Variedades**, Lima, 29 de Enero de 1930.

A propósito de la represión contra los intelectuales y estudiantes universitarios desatada por la dictadura de Primo de Rivera, **Amauta** (Nº 22, abril de 1929) publicó, en la sección "Notas" de "Panorama Móvil" el texto siguiente:

"PRIMO DE RIVERA CONTRA ESPAÑA. La dictadura de Primo de Rivera ha entrado, con la crisis universitaria, en un período de visible y escandalosa descomposición. Primo de Rivera parece dispuesto a cerrar una tras otra, todas las Universidades de España. Todo lo que se rebela contra su despotismo, está demás en España. Este es el principio de su política simplista y obscena. Por este camino, llegará Primo de Rivera, a la agresión, al ultraje a España entera.

"La monarquía acecha, sin duda, el momento de quitarle el hombro. Pero está tan comprometida en la aventura dictatorial y absolutista, que ante cada oportunidad retrocede. Se sabe condenada a caer con Primo de Rivera. Su instinto de conservación, su miedo a la responsabilidad, la empuja irresistiblemente a emplear todas sus fuerzas en retardar esta caída. Por grande que sea la tendencia a la componenda, el hábito de cortesanía, en los políticos españoles, es imposible que prevalezcan sobre el inapelable juicio que la opinión mundial ha pronunciado contra el Rey y la monarquía. España republicana, España socialista, nacerán de esta crisis.

"**Amauta** envía su saludo fraternal a los estudiantes e intelectuales revolucionarios de España en su lucha contra la Reacción". (N. de los E.)

año movilizó contra Primo de Rivera, con la vehemencia que todos recuerdan, la opinión de los estudiantes. La dictadura se halló de pronto en incómoda lucha con la juventud del claustro, fallida totalmente la esperanza de enrolar fascísticamente a una parte de ésta, con una etiqueta más o menos romántica, en los rangos de la Reacción. Unamuno, el gran maestro de Salamanca, saludó desde su destierro esta insurrección de la juventud española contra un régimen que sólo por insensibilidad anacrónica o escepticismo precoz habría podido obtener la neutralidad o la resignación de esa juventud.

Los que se imaginaron que el régimen de Primo de Rivera tenía las mismas posibilidades de duración que el régimen de Mussolini sólo por reposar como éste en la fuerza, negligían o ignoraban uno de los aspectos fundamentales del fascismo: el romántico aislamiento de grandes contingentes de la juventud italiana bajo las banderas de Mussolini al canto de **¡Giovinezza, giovinezza!**

El fascismo antes de ser una dictadura había sido un movimiento, un partido, una milicia. Sus **condottieri**, sus agitadores habían usado expertamente, en la excitación de la juventud burguesa y pequeño-burguesa, un lenguaje d'annunziano y futurista que imprimía al fascismo un tono estrictamente nacional y le otorgaba una tradición aunque no fuese política sino literaria o sentimental, en el proceso histórico de Italia. Primo de Rivera y sus eventuales colaboradores, antes y después de su golpe de Estado, eran impotentes para un trabajo semejante.

Asistido por generales, nobles y bachilleres de muy mediocre inteligencia y nulo ascendiente, Primo de Rivera no ha sabido maniobrar de suerte de ganarse; por alguna vía indirecta al menos, cierto séquito en la juventud universitaria.

La juventud no es, necesariamente, revolucionaria. El doctor Marañón que en su último libro proclama como su primer deber la rebeldía, conviene sagazmente en que el ímpetu combativo de la juventud puede ponerse al servicio de una política reaccionaria. "Lo típico de la juventud —escribe— es la rebeldía, la noble dificultad con que acomoda el ritmo generoso de su vida que empieza, al ritmo mesurado del ambiente; pero se concibe un joven, que se siente henchido de esta juventud y que sea, por lo tanto biológicamente joven, y que apliqué su rebeldía a sostener una causa profundamente antigua. Los **camelots du roi**, que en Francia luchan bravamente por un ideal incompatible con el tono de nuestros tiempos, como es el de resucitar en su país una monarquía reaccionaria, son todo lo anticuados que se quiera, pero tan legítimamente jóvenes como los comunistas que propugnan la implantación de un estado social fantástico de puro remoto. Y en nuestra patria podrían citarse muchos casos, algunos bien recientes (juventudes carlistas, juventudes conservadoras, jóvenes de la Unión Patriótica, etc.) de cómo una auténtica juventud biológica florecía en gentes que sostenían criterios que trascendían a moho de vetustez". No es ésta la ocasión de rectificar el juicio que este párrafo contiene sobre el comunismo. En el hombre de ciencia y de cátedra, de espíritu liberal y humanista, que concede sin reservas al partido socialista de su patria, con un certificado de salud, un testimonio de simpatía y confianza, y que predica como un ideal de su tiempo la eugenesia, la palabra comunismo puede suscitar supersticiosas aprensiones, aunque la práctica del único estado comunista del mundo —la U.R.S.S. — le enseñe que no existe entre los dos términos más conflicto que el originado por el cisma entre reformistas y revolucionario, y por la necesidad práctica eventual de distinguir es-

tos dos campos con dos rótulos diversos. Lo que viene a cuento subrayar es la negación de que la juventud emplee natural y espontáneamente su energía y su entusiasmo en una empresa revolucionaria.

La dictadura en España no ha sido apta ni aún para crearse un influyente equipo intelectual. El estado de espíritu de una buena parte de los intelectuales, como lo atestigua la conducta de "La Gaceta Literaria" y de don José Ortega y Gasset, le habría permitido asegurarse cierto activo consenso de la literatura y la cátedra, con sólo esquivar conflictos demasiado estridentes con ciertos fueros de la inteligencia. Pero Primo de Rivera no ha tenido esta habilidad elemental. La insolvencia espiritual e ideológica de su régimen lo ha condenado a reiterados gestos de agravio y desacato contra toda institución liberal. Su actitud contra los estudiantes en 1928 le acarreó, entre otras, la renuncia del propio Ortega y Gasset.

La presencia de los más autorizados maestros en las filas de la oposición, ha ejercido igualmente un fuerte influjo antidictatorial. La juventud española ha seguido, sin duda, las lecciones políticas de Marañón, Jiménez de Asúa, Besteiro, etc., más atentamente que sus lecciones científicas. Hay épocas en que la preocupación política está por encima de todas las otras preocupaciones, por una exigencia que Marañón llamaría tal vez biológica.

¿A dónde va España? se preguntan vigilantes críticos de la situación española. Si la huelga universitaria sirve para acelerar la descomposición de la dictadura, y con ella la de la monarquía, la generación estudiantil de 1930, en lucha con Primo de Rivera, entrará a los veinte años en la historia. Debut precoz que no significará ciertamente la inauguración de una po-

lítica ni de un régimen de la "nueva generación", como con facilidad latinoamericana se ambicionaría en algún claustro de nuestro Continente en parecidas circunstancias, sino el impulso desinteresado, instintivo, espontáneo, de los jóvenes en una vasta, larga y difícil batalla.

LA LIQUIDACION DE LA DICTADURA EN ESPAÑA*

Desde el instante en que Primo de Rivera abandonó el proyecto de dar a España una nueva constitución y se resignó al restablecimiento del antiguo régimen legal, estaba formalmente declarada la quiebra de la dictadura militar. El gobierno de Primo de Rivera no tenía ya objeto ni programa. Por boca de su propio **condottiero**, había aceptado su fracaso.

La dictadura de Primo de Rivera y sus consortes se había propuesto dar a España un nuevo régimen constitucional. Con este pretexto, Primo de Rivera había retenido el poder, del que en el primer momento no había sido su intención aparente usufructuar sino por un breve plazo. Para estudiar y sancionar esta reforma, se había convocado a una asamblea nacional.

Cierto que esta asamblea había sido boicoteada por todos los grupos y fuerzas a los que se podía asignar alguna representación de la opinión ciudadana. Pero a un régimen menos endeble le habría bastado una asamblea facciosa para acometer y cumplir la reforma constitucional. Primo de Rivera habría, tal vez, tentado fortuna en este juego. Pero el Rey Alfonso se lo impidió, después de un período de fintas y vacilaciones.

Se sabía, pues, que la liquidación de la dictadura de Primo de Rivera sería uno de los acon-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 1º de Febrero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice"

tecimientos políticos de 1930. Este era el pronóstico más fácil para los oráculos de la política mundial. Pero no se creía que el plazo de esta liquidación fuese tan breve. Primo de Rivera ofrecía retirarse a mediados de año si los españoles no le daban motivo para hacerles sufrir por más tiempo su gobierno.

Mas un gobierno cuyas razones de vivir se encuentran ostensiblemente destruidas, puede caer al primer accidente. Ningún plazo, en este caso, es válido ni posible. La presión de la opinión pública para echar abajo a la bamboleante y carcomida dictadura tenía que crecer vertiginosamente sin, hallar ya en ella una seria voluntad de persistencia. La huelga universitaria, que preludiaba una decidida ofensiva popular, ha acelerado la ineluctable caída.

La liquidación completa de este episodio de la historia política de España, -la dictadura militar-, que tiene su antecedente y preparación y otro episodio -las juntas de defensa- no puede operarse instantáneamente. Va a ser la función del gobierno presidido por el general Berenguer. La dictadura militar no termina sino a medias con el retiro de Primo de Rivera. Entre el régimen de experimentación fascista, tan desastrosamente ensayado por el Marqués de Estella, y el régimen que lo sucederá definitivamente es necesario un ministerio de transición y transacción. Lo que no se puede fijar es la duración de este **intermezzo**. Los liquidadores o síndicos de una quiebra gubernamental toman a veces demasiada afición a su tarea. Las interinidades suelen durar más de lo que su función o su objeto conscienten prever.

La misión de las fuerzas conservadoras de la España actual es la defensa de la monarquía, fundamentalmente comprometida por el golpe de Estado de 1923. La responsabilidad de la dic-

tadura, como entre los primeros lo sostuvo Unamuno y como lo admitió a partir de la convocatoria a la asamblea nacional un jefe conservador como Sánchez Guerra, alcanza y comprende a la monarquía. El golpe de estado fue una traición al pacto en el que descansa la autoridad del Rey. El liberalismo, el republicanismo españoles se mostrarían excesivamente abdicantes y febles si no plantearan la cuestión de la responsabilidad real. De líderes parlamentarios como el Conde de Romanones, no cabe esperar evidentemente actitudes de este género. Los liberales, los republicanos de España, a quienes se puede reconocer responsabilidad, autoridad y valor — Jiménez de Asúa, Marañón, etc.— empiezan a convenir en que en España sólo la política socialista tiene una función liberal y republicana. La actitud que asuma el partido socialista español, frente a la presente situación política, será por esto de una influencia decisiva. ¿Colaborarán los socialistas en un retorno tranquilo a la vieja legalidad? ¿No aprovecharán el momento para reclamar una Asamblea Constituyente y una nueva Constitución? Unamuno ha denunciado, implacablemente, en sus artículos de Hendaya, el interés del Rey en obtener el consenso de los partidos y los caudillos del viejo régimen para una política de "borrón y cuenta nueva".

El partido socialista español obedece casi completamente la dirección de una burocracia reformista que, bajo el régimen de Primo de Rivera, se ha comportado con extrema tendencia a la conciliación o a la pasividad. Pero una situación revolucionaria puede echar por la borda a esta dirección o imponerle la adopción de voces de orden que tengan en cuenta el sentimiento de las masas. El boycott de la asamblea nacional, el repudio de los planes de la dictadura, han sido posibles por la moción de una minoría que agitó a las masas del partido contra la tenden-

cia de sus jefes al compromiso o a la neutralidad. Prieto, Menéndez y demás jefes de la oposición socialista no son, sin duda, propugnadores de una verdadera línea revolucionaria. Todos los antecedentes de Indalecio Prieto se encuentran vinculados al parlamentarismo. Mas los efectos de su actitud en las masas del partido acusan la creciente voluntad de lucha de éstas.

La caída de Primo de Rivera es, ante todo, una victoria de los que, frente a su dictadura, asumieron una actitud de intransigente y tenaz resistencia, y, por esto mismo, es, ante todo, una derrota de los que, con el pretexto barato de que es el momento de los gobiernos dictatoriales, de los regímenes fascistas, se dispusieron prontamente a la cooperación. Más razón que todos los escépticos, que todos los oportunistas, que se preciaban de realismo, ha tenido frente a Primo de Rivera el idealismo obstinado de don Miguel de Unamuno, el esfuerzo oscuro y tesonero de los que han mantenido en el proletariado español, contra todos los consejos de resignación y prudencia, un vigilante sentimiento clasista. El régimen instaurado por el golpe de Estado de 1923 ha sido abatido por la acción de los que desde el primer momento se decidieron a ir "contra la corriente", de los que, a la zalamera invitación de Primo de Rivera para que participaran en su asamblea y en su reforma, respondieron con un terminante "no", de los que se atuvieron en la lucha a este simple lema: "no cejar". Acción puramente negativa, sin duda, que no se ha propuesto la creación de un nuevo régimen. Por carencia de fuerzas afirmativas organizadas, la caída de Primo de Rivera no señala la primera jornada de una revolución. Pero una negación contiene a veces en potencia los elementos primarios de una acción positiva, creadora.

LA POLITICA DE "BORRON Y CUENTA NUEVA" EN ESPANA*

El gobierno de Berenguer caracteriza bien los intereses y los propósitos del retorno a la constitucionalidad en España. El objeto de esta maniobra, a que se ha visto forzada la monarquía ante la amenaza de una insurrección, se reduce al salvamento del régimen, seriamente comprometido por la aventura de Primo de Rivera. La elección de Berenguer para el gobierno de España en el período de liquidación de la dictadura, confirma y continúa el espíritu de la política que condujo a la monarquía al golpe de estado de 1923. Las razones de Estado de la suspensión del orden parlamentario y constitucional residían en la cuestión de las responsabilidades de la guerra en Marruecos, estruendosamente agitada por la oposición, con inmensa resonancia en el pueblo. Es síntoma, por tanto, que el Rey eche mano de Berenguer, el general encausado por esas responsabilidades, para liquidar la dictadura y restablecer la Constitución. Berenguer, adversario o rival de Primo de Rivera, reúne para esta tarea condiciones que no se encontrarían en otro jefe del ejército. Es uno de esos generales de monarquía parlamentaria, relacionado políticamente con los liberales y conservadores que se turnan en la función ministerial. Alfonso XIII cuenta con que la opinión tendrá más en cuenta su oposición a la dictadura que sus antecedentes de generalísimo de una campaña perdida.

* Publicado en **Mundial**, Lima, 8 de Febrero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

La vieja constitución resulta ahora el mejor y único baluarte de la monarquía. Primo de Rivera no asignó a su dictadura, sancionada y usufructuada por el Rey, otra empresa que la de derogarla y sustituirla. Pero fracasado este Empeño, Alfonso XIII no dispone de arma más preciosa para defender y conservar el régimen.

La transición, conforme a las previsiones monárquicas, debía haberse cumplido más suavemente. Se tenía la esperanza de disponer del plazo de algunos meses para la preparación sentimental y práctica del cambio. Pero los acontecimientos, a última hora, se han precipitado, arrojando una luz demasiado viva sobre el fracaso de la política del Rey. El cambio se ha operado de un modo brusco. Primo de Rivera se ha visto lanzado del poder. Ha sido ostensible para todos el carácter de apresurado acto de salvamento de la monarquía que tiene la constitución del ministerio de Berenguer.

La composición del ministerio corresponde a su función. Si el gabinete de transición se hubiese formado en condiciones normales de suave restauración de la constitucionalidad, habrían aceptado colaborar en él algunas primeras figuras de los partidos monárquicos. Berenguer no ha podido obtener ni aun la participación aislada de Cambó, que se reserva para más altos destinos. Su gobierno está compuesto —salvo el Duque de Alba, personaje dinástico más bien que hombre político— por figuras secundarias del elenco constitucional.

Sin duda, el Rey Alfonso dispone de los diversos Bugallal v Romanones del viejo sistema parlamentario para la defensa de la constitución y de la monarquía. Pero a estos mismos consejeros les habría parecido excesiva y prematura su presencia en un gobierno de transición, constituido de manera festinatoria y violenta. Todos

esos antiguos consejeros, además, han envejecido mucho políticamente durante la crisis del régimen constitucional. La burguesía española se sentiría, por esto, más eficaz y directamente representada por un hombre como Cambó, que a la encarnación y entendimiento de los intereses políticos, une su agnosticismo doctrinario, su carencia de escrúpulos liberales, su desdén de las fórmulas parlamentarias.

El manifiesto del Partido Socialista y de la Unión de Trabajadores es el documento más importante y explícito de la serie de declaraciones políticas que han seguido a la caída de Primo de Rivera. El cable, al menos, no nos ha dado noticia de ningún otro de análoga responsabilidad y beligerancia, aunque puede sospecharse fácilmente la existencia de alguna declaración de los comunistas. Los socialistas han planteado, aunque en términos moderados, la cuestión del régimen. Han tomado posición contra Berenguer, reafirmando su posición republicana. Los republicanos y reformistas se comportan con más prudente reserva. Para Melquíades Álvarez, el único ideal posible es, ciertamente, el regreso a un parlamentarismo acompasado y sedentario, en el que su elocuencia tenga por turnos la batuta. Pero falta aún saber si los elementos que más beligerante actitud han mantenido frente a la dictadura de Primo de Rivera, se conforman finalmente con una política de "borrón y cuenta nueva".

El manifiesto socialista puede ser el preludio de una ofensiva contra el régimen dinástico, lo mismo que puede quedar cómo una platónica actitud doctrinaria. La palabra, ingrata a Alfonso XIII, que debe sonar en las elecciones es la que ya en 1923 intimidó hasta el pánico a la Corte: "responsabilidades". ¿Exigirán los opositores, de filiación liberal o constitucional, el deslindamiento y sanción de las responsabilidades

dictatoriales? España está en un intermezzo. Con la caída de Primo de Rivera, no ha concluido sino el primer acto de un drama cuyo desenlace no será por cierto el idilio parlamentario y constitucional con que sueñan los Melquíades Álvarez en reposo.

SCHOBER Y MUSSOLINI

El coloquio entre Schober y Mussolini tiende al entendimiento amistoso entre los fascistas de Italia y de Austria. La política reaccionaria reserva grandes sorpresas, ante todo, para el nacionalismo. Italia —y sobre todo Mussolini— ha mirado con recelo y disgusto el sentimiento pangermanista de los nacionalistas austríacos. Pero la solidaridad reaccionaria se sobrepone ahora a los odios racistas. El ejemplo italiano ha enseñado bastante a los reaccionarios austríacos en su lucha contra los socialistas. Y la marcha a Viena —inspirada en la marcha a Roma— es para el fascismo austríaco el símbolo de la conquista de la capital social-demócrata.

La diplomacia austríaca necesita orillar, en su pacto con la diplomacia romana, el peligro de resentir o alarmar a Alemania. No se sabe en qué forma este convenio tutelará los derechos de los austríacos de las tierras redentas, tan destempladamente tratados por el fascismo italiano. El nacionalismo de los reaccionarios es fácil y pronto al olvido. Lo evidente parece, en todo caso, que el fascismo austríaco se siente sentimental e históricamente más cerca del gobierno imperialista de Italia, —tan despectivo con todo lo austríaco—, que del gobierno democrático de Alemania.

EL INTERMEZZO BERENGUER*

La agitación política a que debe hacer frente en España el gobierno de transición del general Berenguer, no ha tardado en cobrar un acentuado tono antimonárquico. Unamuno, recibido jubilosamente en España, a nada se ha apresurado tanto como a reafirmar su posición republicana. No habría podido tomar otra actitud, después de sus vehementes campañas de Hendaya. Pero, probablemente, en los cálculos del restablecimiento del régimen constitucional entraba cierta confianza de que la satisfacción por la caída de Primo de Rivera atenuase en los políticos en ostracismo el enojo contra la monarquía.

La dictadura de Primo de Rivera ha tenido el paradójico resultado de resucitar en España al Partido Republicano. Los socialistas habían ido desplazando, poco a poco, a los republicanos antes de esta crisis de la legalidad, de sus posiciones electorales. Durante la dictadura, el Partido Socialista ha acrecentado su poder y su influencia. Pero, en parte, ha sido por el rol democrático que su oposición le asigna en el futuro próximo de España. Más que un partido socialista desde el punto de vista de la mentalidad y la ideología, es un partido demo-social-republicano. El republicanismo, el antimonarquismo es el aspecto que más expectación enciende hoy en torno a su política. Y es lógico que en esta situación, los antiguos republicanos se sientan también llamados a jugar un rol. La dicta-

*Publicado en **Mundial**, Lima, 15 de Febrero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

dura militar no miraba a otra cosa que a un retorno absolutista. Su fracaso reabre la cuestión del régimen —la cuestión monarquía o república— que los partidos constitucionales creían definitivamente superada o abandonada, con el desarrollo de un movimiento socialista que trasladaba las reivindicaciones de las masas al terreno económico y social.

La monarquía está comprendida en el proceso a Primo de Rivera. El conde de Romanones ha hecho, según el cable, declaraciones que indican su preocupación respecto a la suerte del orden monárquico en España. A su juicio, los acontecimientos exigen una transformación del régimen. España necesita una monarquía constitucional, un orden parlamentario como el de Inglaterra. El viejo ideal de los monárquicos liberales reaparece, en la mente y la práctica de éstos, como la fórmula salvadora. La subsistencia del régimen monárquico no tiene otra garantía.

El gobierno de transición de Berenguer, como ya he tenido oportunidad de remarcarlo, asume el encargo de liquidar la dictadura militar: pero es todavía la continuación de esta dictadura, con nuevo personal y diverso programa. La legalidad no está restablecida. El objeto de este gobierno es la normalización; pero la normalización no puede obtenerse por decreto real. La suspensión parcial de la constitución se mantiene vigente. Berenguer, por ejemplo, tiene que seguir usando la censura de la prensa. La agitación de los partidos y las masas lo coloca frente a una grave cuestión de procedimiento: ¿Puede su gobierno autorizar o tolerar, inmediatamente, mítines, manifiestos, campañas que son, legalmente, normales? Si la Constitución continúa en suspenso, si los derechos de reunión, de prensa, de asociación, no son restituidos al pueblo, ¿cómo podrá hablarse de restablecimiento

de la legalidad? Las medidas restrictivas, en instantes de efervescencia popular, provocarán protestas. Y éstas, a su vez, incitarán al gobierno a la represión.

Cuando las condiciones políticas de un país llegan a este punto, la revolución puede comenzar en un tumulto. Después de una aventura como la de Primo de Rivera, la vuelta a la Constitución no puede cumplirse sin riesgos. Los partidos de oposición entienden, lógicamente, la derrota del dictador como su propia victoria. Los victoriosos no se conforman fácilmente con que a la hora de la paz se les escamotee las ventajas de la derrota, del fracaso del enemigo. Las cosas se complican con la complicidad notoria de Alfonso XIII, con su interés personal en el golpe de Estado del Marqués de Estella.

La monarquía, ante la bancarrota de la política de Primo de Rivera, ha ofrecido para salvarse la vuelta lisa y llana a la Constitución. Esto es todo lo que la monarquía puede prometer. Pero es mucho más lo que la oposición se encuentra con derecho y con fuerzas para reclamar. El conde de Romanones, viejo y astuto servidor del régimen, pide que la monarquía se convierta en una monarquía liberal del tipo inglés. Es la reivindicación de un cortesano y de un parlamentario, la reivindicación mínima. Los republicanos quieren la República; los socialistas denuncian la incompatibilidad de la monarquía actual con un orden democrático. Lo que las masas demandarán en la calle, en los comicios, si se les consiente formular públicamente sus **desiderata**, será no unas Cortes ordinarias, normalizadoras, sino una Constituyente. Quien dice Constituyente, en las presentes circunstancias, dice Revolución.

El segundo acto de este drama, después del intermezzo Berenguer, si las fuerzas republicana-

nas y socialistas no son en España suficientemente activas y eficaces para empujar al país por este camino, puede ser, por ende, la dictadura absolutista. Ya se ha hablado de la intención de Alfonso XIII de jugar, eventualmente, a la misma carta que Alejandro, el Rey de Yugoslavia. La Unión Patriótica, en previsión de las emergencias posibles, no desarma sus cuadros. Berenguer, conforme a un cablegrama último, se ha visto obligado a telegrafiar a los capitanes generales del reino "recordándoles que la función militar es incompatible con la actuación política y que, en consecuencia, los militares que actuaban en el partido de la Unión Patriótica deben abandonar esa labor política".

¿Quiénes obrarán más enérgica y prontamente? ¿Los agentes de la reacción batidos en la batalla de Primo de Rivera, o las fuerzas de la revolución, sorprendidas por los acontecimientos y carentes de una organización de combate?

TARDIEU BATIDO*

Cuando un gabinete descansa en la estrecha mayoría de la combinación Tardieu-Briand, no es posible sorprenderse de que caiga de improviso, batido accidentalmente por un voto adverso del parlamento en una votación ordinaria. Se asignaba, prematuramente, a Tardieu la misión de inaugurar en Francia una política fuerte que significara, entre otras cosas, la liquidación del viejo parlamentarismo. Tardieu mismo declaró su confianza en la larga duración de su gobierno. Su programa reclamaba para su ejecución al menos cinco años.

Pero la composición de la cámara no autorizaba este optimismo. Tardieu, en realidad, no ha hecho con esta cámara sino una política poincarista. La Tercera República no ha salido todavía de una era que trascurre, gubernamentalmente, bajo el signo de Poincaré. El gabinete Tardieu estaba obligado a un difícil equilibrio, que no ha tardado en fallar al primer paso en falso del Ministro Cheron.

Sin duda, la repentina crisis no excluye la posibilidad de que Tardieu presida el nuevo gabinete. Pero es evidente, que no podrá asumir esta tarea sin compromisos que ensanchen la base parlamentaria del gobierno. La atenuación de la fisonomía fascista, derechista, de la fórmula Tardieu será la primera coalición de una tregua o un entendimiento con los radicales-socialistas. Tardieu no puede aspirar a más que

* Publicado en **Mundial**, Lima, 22 de Febrero de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

a la sucesión de Poincaré, si quiere ganar la confianza de la pequeña burguesía francesa, reacia a la experimentación de cualquier mussolinismo altisonante y megalómano.

El hecho de que, apenas producida la crisis, reaparezca en la escena Poincaré, si no como organizador del nuevo gobierno, como consejero principal y decisivo de la fórmula a que se ajustará, está adelantado el espíritu poincarista de la receta gubernamental y parlamentaria que se va a aplicar.

Tardieu representa, sobre todo, en el gobierno, un método policial. Ha ascendido a la presidencia del Consejo por las gradas del Ministerio del Interior. Es el funcionario impávido que demanda en ese puesto la alarma de los Coty, la aprehensión de una burguesía exonerada de los principios de la gran Revolución, la algazara de todos los que especulan sobre el pánico de los rentistas y los tenderos, denunciando el peligro rojo y las maniobras de Moscú.

No es este método lo que ha desaprobado, por pocos votos de mayoría, la Cámara de Diputados. Tardieu, como Ministro del Interior, como ejecutor de un plan policial, como jefe de una represión que no choque excesivamente a los gustos legales y jurídicos de una Francia poincarista y moderada, queda indemne. Si Tardieu reasume sus funciones en el nuevo ministerio, aunque sea con el consenso y la colaboración de los radicales socialistas, continuará su obra policial. Sus amigos se han apresurado por esto a declarar que la Cámara ha censurado a Cheron, no a Tardieu.

Pero una cuestión hacendaria o financiera no es, políticamente, una cuestión de segundo orden. El poincarismo se define, en su apogeo, como la política de la estabilización del franco.

Poincaré es para la pequeña burguesía francesa el hombre que ha salvado el franco. La autoridad de los hombres se asienta en los intereses económicos. Tardieu ha llegado al puesto de líder por haberse granjeado la confianza de la burguesía industrial, del capital financiero. Su orden policial, su maquinaria de represión no tiene otro objeto que asegurar el tranquilo desenvolvimiento de un programa de racionalización capitalista. El proceso de la crisis ministerial promete ser interesante como ilustración de las fuerzas y los métodos realmente en conflicto en el parlamento y en la política de Francia. La consulta al electorado puede aparecer indispensable antes de lo generalmente previsto.

LA CONFERENCIA DE LONDRES

Las bases de un acuerdo naval anglo-americano, convenidas en las entrevistas de Mac Donald y Hoover en Washington, no han bastado, como fácilmente se preveía, para que la Conferencia de Londres logre la conciliación de los intereses de las cinco mayores potencias navales sobre la limitación de los armamentos. El propio acuerdo anglo-americano no era completo. Estaba trazado solamente en sus líneas principales y su actuación depende del entendimiento con Japón, Francia e Italia, acerca de sus respectivos programas navales. Que el Japón acepte la proporción que le concede la fórmula de Washington, es la condición de que Estados Unidos no extreme sus precauciones en el Pacífico, con consecuencias en su programa de construcciones navales que no puede resistir la economía británica. Que Francia e Italia se allanen a la abolición del submarino como arma de guerra es una garantía esencial de la seguridad del dominio de los mares por el poder angloamericano.

El compromiso de que los submarinos no serán empleados en una posible guerra contra los buques mercantes, no puede ser más tonto. La experiencia de la guerra mundial no permite abrigar ninguna ilusión respecto a la autoridad de estos convenios solemnes. La guerra, si estalla, no reconocerá límites. No será menos sino más implacable que la de 1914-18. No la harán estadistas ni funcionarios, formados en el clima benigno y jurídico de Ginebra y La Haya, sino caudillos de la estirpe de Clemenceau, inexorables en la voluntad de ir en todo **jusqu' au bout**. El más hipócrita o ingenuo pacifismo no puede prestar ninguna fe a la estipulación sobre el respeto de los buques mercantes por los submarinos de guerra. En la guerra no hay buques mercantes.

La crisis ministerial francesa no estorba sino incidental y secundariamente la marcha de la Conferencia de Londres. Lo que desde sus primeros pasos la tiene en **panne** son los incontables intereses de las potencias deliberantes. Esta Conferencia se ha inaugurado, formalmente, bajo mejores auspicios que la de Ginebra de 1927. La entente anglo-americana sobre la paridad es una base de discusión que en 1927 no existía. El carácter de limitación, de equilibrio de los armamentos, perfectamente extraño a todo efectivo plan de desarme está, además, perfectamente establecido. Pero el conflicto de los intereses imperialistas sigue actuando en ésta como en otras cuestiones. La contradicción irreductible entre las exigencias internacionales de la estabilización capitalista y las pasiones e intereses nacionalistas que con el imperialismo entran exasperadamente en juego, opone su resistencia aún a este modestísimo entendimiento temporal, fundado en la paridad anglo-americana, que encubre a su vez un profundo contraste, una obstinada y fatal rivalidad.

LA CRISIS FRANCESA*

La tentativa de Chautemps ha ido más allá del punto que alcanzó la tentativa Daladier; pero no ha podido afrontar con éxito la primera batalla parlamentaria. En torno del gabinete formado por el partido radical-socialista, con el concurso de Briand, Loucheur y algún otro miembro del gobierno de Tardieu, se han concentrado 277 votos solamente, contra 299 adversos a este experimento.

Se habla de disolución del parlamento y convocatoria a elecciones, como único medio de obtener un gobierno de mayoría estable. Pero nada garantiza, en caso de elecciones, este resultado. A pesar de la ley de elecciones, que favorece a los cacicazgos electorales en daño de los partidos de masas y de sus candidaturas, el escrutinio último, en el apogeo del poincarismo, envió a la Cámara un número de socialistas y radicales-socialistas que impide a cualquier jefe de la derecha o del centro contar con una mayoría sólida y segura. La mayoría poincarista, aunque entonada sin discrepancias a un espíritu ortodoxamente conservador, no es bastante compacta. Su unidad reposa en el acuerdo de diversos grupos. Puede fallar en cualquier votación difícil, por un leve desmoronamiento de grupo. No logra estabilidad sino con la colaboración de elementos como Briand y Loucheur, oportunistas diestros, prontos como se sabe a entrar también en una fórmula de izquierdas.

Tardieu ha trabajado activamente en el Mi-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 1º de Marzo de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

nisterio del Interior con miras a "sus elecciones". La preparación técnica, policial, de unas elecciones derechistas está, sin duda, bien avanzada; pero no se puede decir lo mismo de la preparación sentimental, política. El humor del electorado francés amenaza siempre con sorpresas. Si el resultado del próximo escrutinio fuese aproximadamente el del pasado, sería una derrota para los que piden al electorado una cerrada mayoría conservadora. Habría que recurrir de nuevo a las combinaciones y a los compromisos, con mengua del crédito de la estrategia reaccionaria y de sus hombres.

La consulta al electorado se presenta como una operación riesgosa, a la que Tardieu prefiere, ciertamente, una concentración burguesa, en la que entren con sus huestes, las de Chautemps, Herriot y Daladier. Es decir una **suite** poincarista, una reanudación de la mayoría de estabilización del franco. Dentro de esta combinación, propensa a romperse en cualquier ruda prueba parlamentaria, Tardieu maniobraría por atraer agua a su molino electoral.

Más de una vez he escrito que la estabilización capitalista importaba, en cierto grado, la estabilización democrática y parlamentaria, contra lo que podía sugerir su génesis más o menos fascista. Europa occidental tiende a un mismo nivel en uno y otro plano. En Inglaterra, los laboristas gobiernan aunque sin mayoría; en Alemania los socialistas se mantienen en el poder, a costa de concesiones a los grupos que los acompañan en la coalición dirigida por Müller. Diferida la amenaza revolucionaria, la burguesía y la pequeña burguesía reconsideran una parte de sus quejas contra la democracia y el parlamento. Se avienen a un régimen de escasa mayoría, de composición aleatoria, de complicado equilibrio. Francia, dentro de esta situación europea, no puede decidirse por una fórmula categórica-

mente derechista. El tono de su política tiene que seguir siendo poincarista por algún tiempo.

MOVILIZACION ANTI-SOVIETICA

Los espectadores perspicaces, o simplemente atentos, de la política mundial, no se dejarán confundir, ciertamente, por la multiplicación de las noticias desfavorables al curso de la política soviética en la información telegráfica cotidiana. Pero, estos espectadores, que no se dejan aturdir por la algazara cablegráfica y que se documentan en fuentes más claras, son una minoría. El público está formado, en su mayoría, por personas a las que una ola de noticias impresiona siempre en el sentido que el cable quiere. Sobre los nervios de estas capas del público, se proponen actuar los cablegramas que registra diariamente la prensa desde hace algunas semanas.

Presenciamos una nueva movilización antisoviética. Fallida la maniobra china, el capitalismo occidental prepara su ofensiva con otros elementos. Trata de amotinar contra la U.R.S.S., con el pretexto religioso, la sentimentalidad de públicos soliviantados por una ducha matinal y otra ducha vespertina de telegramas crispantes y de crónicas patéticas.

No es por azar que coinciden las gesticulaciones de la prensa conservadora o amarilla de París contra la embajada soviética en Francia, con la ruptura por México de sus relaciones diplomáticas con la U.R.S.S. y con las versiones dramáticas de la campaña anti-religiosa en los Soviets. Todo esto obedece a un perfecto plan de movilización, cuyos hilos sólo no son perceptibles a los que en la política mundial se atienen al cuadro esquemático y festinatorio de la información cablegráfica.

La U.R.S.S. no está ensayando, como algunos podrían imaginarse, una nueva política religiosa. La línea del gobierno, frente a esta cuestión, como lo testimonia con autoridad irrecusable, la iglesia rusa, es la misma de años atrás. Las sociedades ateístas continúan su propaganda; pero el Estado no se ocupa en la persecución de las ideas religiosas con ningún repentino ensañamiento que, en este renacimiento de fervores medioevales que caracterizan en parte la Reacción en Occidente, pueda exigir una cruzada. Esto lo saben todos los que siguen el curso de la vida rusa, a través de una documentación seria.

Testimonios insospechados han desvanecido en los últimos años todas las leyendas inventadas por el cable, en el período de las campañas de Yudenitch, Denikin, Kolchak, Wrangel, etc., sobre el bolchevismo. En español, se han publicado libros como los de Álvarez del Vayo y como el de Hidalgo (**Un Notario Español en Rusia**), que destruyen, con la fuerza de testimonios procedentes de visitantes objetivos y escrupulosos, las patrañas flotantes en nuestra atmósfera intelectual.

La ofensiva anti-soviética toca, por eso, para la preparación sentimental de sus campañas, otros resortes. No se insiste ya en la socialización de las mujeres, ni en el terror rojo, ni en el despojo de los campesinos. Se resucita la cuestión religiosa, vastamente agitada ya en los días en que el cable nos trasmitía puntualmente todas las palabras y gestos del Patriarca Tikhonx, prisionero de la Tcheka.

LA CRISIS DEL REGIMEN MONARQUICO EN ESPAÑA*

La tendencia antimonárquica del movimiento antidictatorial en España, que desde la caída de Primo de Rivera, antes de que los líderes de la heterogénea oposición tuvieran tiempo de pronunciarse sobre el cambio operado con la constitución del gabinete Berenguer, era fácil indicar como el rasgo dominante de la nueva situación, no ha tardado mucho en alarmar a los sucesores del Marqués de Estella hasta el punto de obligarlos a una censura tan rígida, a una interdicción tan sistemática de toda manifestación pública del pensamiento de los partidos y los caudillos como las que rigieron durante el gobierno fracasado.

Berenguer insiste, naturalmente, en que su misión es el restablecimiento de la legalidad y la realización, dentro de un ambiente de libertad, de las elecciones con que se retornará al régimen constitucional. Pero, actualmente, está prohibida toda propaganda con el pretexto de que en las presentes circunstancias puede comprometer la tranquilidad pública.

El discurso de Sánchez Guerra ha revelado a todos la gravedad de la crisis del régimen monárquico. Berenguer cuidó primero de retardar estas declaraciones con la esperanza sin duda de que los mensajeros y abogados del Rey disuadieran al líder conservador del propósito de plantear de nuevo la cuestión de las responsabilida-

* Publicado en **Mundial**, Lima, 11 de Marzo de 1930, en la sección "Lo que el cable no dice".

des de la monarquía. Pero Sánchez Guerra ha querido ser coherente con su actitud frente a la dictadura de Primo de Rivera.

Que un jefe conservador, con larga foja de servicios a la monarquía, afirme que no es posible ya servir al Rey y que no es contestable el derecho ni la capacidad del pueblo español para reemplazar la monarquía por la república, no puede ser sino un signo del descrédito y de la descomposición irremediables del régimen monárquico. Sánchez Guerra no podía decir más. No le toca hacer la apología del sistema republicano ni la crítica del monárquico. Es un político del viejo régimen, un hombre de orden, un antiguo presidente del consejo, conservador y constitucional ortodoxo, que toma posición contra el Rey por razones contingentes, accidentales, no por consideraciones de principio ni de programa. El Rey Alfonso XIII ha faltado al pacto de la monarquía con el pueblo español. Un político leal a la constitución y al orden, no puede prestarse a la componenda de una política de "borrón y cuenta nueva". Esta es la posición de Sánchez Guerra. Sería absurdo pedirle veleidades republicanas y revolucionarias. Sánchez Guerra no se convierte tardíamente al republicanism, por decepción respecto a la monarquía, ni por abandono de sus ideas conservadoras y constitucionales. Su causa sigue siendo la de la Constitución. Está contra el Rey porque el Rey es culpable de haberla traicionado.

No es de excluir la posibilidad de que sedicentes liberales o reformistas prefieran una actitud más conciliadora o equívoca. Del Conde de Romanones, que ha dicho ya sin embargo que la salvación de la monarquía está en un parlamentarismo de tipo inglés, cabe esperar todas las ambigüedades. El retorno a una censura cerrada, después de la emoción producida por las de-

claraciones de Sánchez Guerra, nos ha impedido conocer lo que piensa Melquíades Álvarez, a quien la actual crisis ofrece la oportunidad de reintegrarse al republicanismo, por haber caducado las razones que lo indujeron a adoptar la fórmula reformista.

Pero la posición de Sánchez Guerra tendrá, necesariamente, entre otras consecuencias, la de excitar y animar a los otros líderes a acentuar el tono de sus reivindicaciones. Quedarán en deplorable ridículo todos los liberales, reformistas y republicanos que se muestren menos liberales, reformistas y republicanos que el viejo jefe conservador.

La tarea fundamental de Berenguer, como lo apunté desde el primer comentario sobre la crisis española, no es por supuesto el restablecimiento de la legalidad sino el salvamento de la monarquía. Su programa es el regreso a la Constitución porque se piensa que éste es el mejor medio de salvar al régimen. Pero si en los preliminares del período electoral, se comprueba que la restauración de la legalidad, significa una peligrosa restauración del derecho de crítica, reunión, tribuna, etc., que conducirá al juzgamiento de las responsabilidades de la monarquía, el intermezzo Berenguer precederá y preparará simplemente un nuevo golpe de Estado. Ya se anuncia la amenaza de un pronunciamiento reaccionario de los jefes militares de Barcelona. Se organiza un frente único monárquico, al cual la interdicción temporal de reuniones públicas no impedirá una teatral parada, protegida por la policía de Berenguer. Con el nombre de juventud monárquica, se moviliza una guardia blanca, con facultad de vapulear en las calles a los que se expresen irrespetuosamente sobre el Rey y las instituciones. Todo esto no constituye sino una vasta preparación fascista. Alfonso XIII está más propenso que nunca a jugar la

carta del absolutismo. ¿Se dejarán sorprender las fuerzas antidictatoriales por un nuevo golpe de Estado? Esta es la incógnita de la hora presente.

OTRA VEZ TARDIEU

Con el apoyo individual de algunos radicales-socialistas, André Tardieu ha constituido su segundo ministerio. El partido radical-socialista, después del fracaso de la tentativa de Chautemps, rehusó entrar en el gabinete de concentración, propuesto por Tardieu al recibir del Presidente de la República el encargo de organizar el gobierno. Tardieu se verá obligado a acentuar el carácter poincarista de su programa, para obtener los votos de mayoría que consentirán a su ministerio vivir hasta el inevitable choque con otro escollo parlamentario.

La interinidad de este gobierno aparece evidente a los observadores. La mayoría de Tardieu no es hoy más sólida ni más segura que ayer. La tendencia de una parte de la burguesía francesa a retornar a la fórmula democrática, para resistir mejor a las masas, se acentúa, en tanto, poco a poco. Este proceso no tardará en reflejarse en el curso del debate parlamentario.

La defección de algunos radicales-socialistas no asegura a Tardieu la estabilidad. Destiñe, en cambio, su programa como programa derechista. Pese al fracaso de Chautemps, los bonos de la derecha están en baja en Francia. Las elecciones, si a ellas se acude a breve plazo, no darán a Tardieu una mayoría derechista.

CROQUIS DE LA CRISIS ESPAÑOLA*

Los factores inmediatos de la rápida caída de Primo de Rivera, —seguida a tan breve término por su deceso—, que el cable dejó en los primeros días en la sombra, son ya detalladamente conocidos por las revelaciones de Eduardo Ortega y Gasset, Marcelino Domingo, Indalecio Prieto y otros líderes de la oposición al régimen. Se sabe que un movimiento destinado a deponer, con la dictadura, al monarca que la instigó y autorizó; debía haber estallado entre el 5 y el 8 de febrero. El general Goded, gobernador militar de Cádiz, trabajaba desde el mes de octubre de acuerdo con los elementos constitucionales para producir un vasto pronunciamiento militar. Casi todas las guarniciones de Andalucía estaban comprometidas para esta acción revolucionaria. Alfonso XIII y Martínez Anido tuvieron informes de la conspiración, ante los cuales Primo de Rivera decidió la destitución del General Coded y del Infante don Carlos, Capitán General de Sevilla, no sin enviar a Cádiz un emisario, encargado de negociar un arreglo con Coded, quien asumió una actitud de rebeldía, declarando que no tenía que obedecer ninguna orden de destitución. Este conflicto movió a Primo de Rivera a la desdichada consulta a los jefes militares y al Rey a reemplazarlo por el general Berenguer, capitulando ante la tendencia constitucionalista del ejército. Coded se consideró exonerado de todo compromiso con esta solución. Se trasladó a Madrid, donde le aguardaba un importante nombramiento. Eduardo

* Publicado en **Variedades**, Lima, 26 de Marzo de 1930.

Ortega y Gasset que, bajo su firma, ha explicado de este modo la génesis del ministerio Berenguer, en un artículo titulado "Cómo ha salvado su trono Alfonso XIII", agrega que muchos oficiales quisieron seguir adelante sin Goded, pero que "la indecisión se propagó desde entonces en todas las organizaciones".

Antes que la restauración del orden constitucional, la misión del gobierno de Berenguer es el salvamento de la monarquía. Este es el juicio que, apenas anunciado el cambio, emití sobre su significado, y en el que me confirma el conocimiento de sus antecedentes. Alfonso XIII se encuentra ante un dilema: el absolutismo o la Constitución. No tiene sino estos dos caminos. Tomará cualquiera de los dos para salvarse. Pasará de uno a otro, sin la menor hesitación, si las circunstancias se lo imponen. Por el momento, prefiere el camino del regreso a la legalidad. Pero este camino puede llevar muy lejos; a la Constituyente, a la reforma de la Constitución, al juzgamiento de las responsabilidades, a la proclamación de la República.

Liquidar seis años de dictadura no es un asunto de ordinaria administración. Alfonso XIII ha dado este encargo a un gabinete de familiares, que puede reemplazar en cualquier momento para volver a la manera fuerte. En el instante en que se decidió por la rendición a la tendencia constitucional, no le quedaba otra cosa que hacer. Martínez Anido no compartía la confianza de Primo de Rivera sobre la posibilidad de dominar el espíritu de rebelión que cundía en el ejército. El Rey tenía los informes privados del Infante don Carlos, Capitán General de Sevilla y de otros jefes. Se dice que en una oportunidad, advertido del peligro de que el Rey lo echara por la borda para arreglarse de nuevo con los grupos constitucionales, Primo de Rivera afirmó: "¡A mí no me borbonea este Bor-

bón!" La decepción de que, años después, no fuese otra su suerte, debe haber amargado profundamente los últimos días del derrotado dictador.

Una monarquía constitucional, así sea la de España, no puede abandonar impunemente la legalidad más de seis años, para restablecerla cuando los acontecimientos se lo impongan conminatoriamente. Viejos servidores de la monarquía como Sánchez Guerra, ajenos a toda veleidad republicana, han cumplido el deber de notificar a Alfonso XIII sobre las irreparables consecuencias de la responsabilidad en que ha incurrido violando el pacto constitucional, en que descansaba su autoridad. Alfonso XIII querría que se "le amnistiase alegremente, con todos sus compañeros de aventura, por estos 6 años de vacaciones. Pero aun entre los más ortodoxos monárquicos encuentra censores severos, jueces inexorables como Sánchez Guerra, cuya actitud descubre hasta qué punto está comprometido y socavado el régimen monárquico de España.

¿Cómo va a restablecer la legalidad el gobierno de Berenguer, sin que se ponga en el tapete la cuestión del régimen y las responsabilidades? Ya hemos visto cómo este ministerio normalizador ha tenido que detenerse y retroceder en la primera modestísima etapa de la normalización. La censura de la prensa sigue vigente. ¿Cuándo se restituirá a los ciudadanos y a los partidos la libertad de reunión y de tribuna? Si el discurso de un líder conservador tiene una resonancia revolucionaria tan amenazadora, es fácil prever las aprehensiones que van a seguir a los discursos de los líderes republicanos, socialistas, comunistas. Y mientras estas elementales libertades no hayan sido restablecidas, ¿qué campaña eleccionaria ni qué convocatoria a elecciones serán posibles?

Estas son las dificultades del régimen en el orden político. Habría que examinar aparte las que confronta actualmente en el orden económico. La política hacendaria y financiera de la dictadura ha sido el factor decisivo de su quiebra. Cambó no ha aceptado, en el gabinete de Berenguer, el Ministerio de las Finanzas, para no cargar con esta ingrata y riesgosa herencia. ¿Qué autoridad tiene un gobierno de transición, de interinidad manifiesta, para abordar eficazmente este problema? La misma que tiene para suprimir la censura de la prensa, resistir la crítica de la opinión, tolerar los comicios de los partidos e ir al encuentro de elecciones normales.

No existe, sin duda, en España, un partido bastante poderoso y organizado para llevar al pueblo victoriosamente a la revolución. Si existiese, la insurrección no habría estado a merced, en los primeros días de febrero, de la defección del general Goded, posiblemente confabulado con el Rey. El partido socialista es el único partido de masas; pero carece, en su burocracia, de espíritu y voluntad revolucionarios. La crisis del régimen confiere grandes posibilidades de acción a la concentración de los elementos republicanos. Pero lo característico de las situaciones revolucionarias es la celeridad con que crean las fuerzas y el programa de una revolución. La dinastía española tiene añeja experiencia de esta clase de vicisitudes. Y tan pronto está, probablemente, a festejar en la plaza su retorno al pacto con el pueblo, como a preparar en las capitanías generales un segundo golpe de estado, jugándose, si los riesgos de las elecciones y la constituyente le parecen excesivos, la carta desesperada del absolutismo.

INDICE

Nota Editorial	5
De esta Compilación	7
Prólogo por Emilio Choy	9
1929	
La insurrección en España	19
La liquidación de la cuestión romana	23
El exilo de Trotsky	27
La misión de Israel	32
La derrota de los conservadores en Inglaterra	37
Rusia y China	42
Gran Bretaña contra el plan Young	47
La constitución de Primo de Rivera	50
El 10º aniversario de la República Alemana	51
La conferencia de las reparaciones	53
China y la ofensiva antisoviética	57
El segundo experimento laborista	59
La crisis de las reparaciones	60
El problema de Palestina	62
El acuerdo de La Haya	64
La Asamblea de la Sociedad de las Naciones	65
El gabinete Briand, condenado	67
La amenaza guerrera en la Manchuria	68
Aspectos actuales de la crisis de la democracia en Francia	71
Nitti y la batalla antifascista	76
La preparación sentimental del lector ante el conflicto ruso-chino	78
La resaca fascista en Austria	81

El viaje de Mac Donald	83
La reacción austriaca	87
La expulsión de Eduardo Ortega y Gasset	88
Mac Donald en Washington	90
El duelo de la política de Locarno o de la Sociedad de las Naciones	92
El entendimiento Hoover-Mac Donald	96
El vacío en torno a Primo de Rivera	97
La guerra en la China	100
La crisis dinástica rumana	101
La crisis ministerial en Francia	103
La natalidad en la Europa Occidental	105
La crisis francesa. La tentativa de Daladier y los socialistas	107
Sánchez Guerra, absuelto	109
El gabinete Tardieu	110
El proceso de Gastonia	112
Las relaciones anglo-rusas	114
La crisis de los valores en New York y la estabilización capitalista	116
Guía elemental de Georges Clemenceau	118
Francia y Alemania	123
Estilo fascista	126
Occidente y el problema de los negros	128
El pacto Kellogg y la cuestión ruso-china	130
La guerra civil en la China	132
Europa y la Bolsa de New York	134
La nueva generación española y la política	135
Política alemana	139
La crisis doctrinal del socialismo	141
1930	
La lucha de la India por la independencia nacional	145
Los votos del Congreso Nacional Hindú	149
El gobierno de Nanking contra la extraterritorialidad	151
El tramonto de Primo de Rivera	153
La conferencia de La Haya	154
La limitación de los armamentos navales	155

199

El Dr. Schacht y el plan Young	157
La República de Mongolia	157
El plan Young en vigencia	159
Tardieu y el parlamento francés	160
La conferencia naval de Londres	162
La juventud española contra Primo de Rivera	163
La liquidación de la dictadura en España	168
La política de "borrón y cuenta nueva" en España	172
Schober y Mussolini	175
El Intermezzo Berenguer	176
Tardieu batido	180
La conferencia de Londres	182
La crisis francesa	184
Movilización anti-soviética	186
La crisis del régimen monárquico en España	188
Otra vez Tardieu	191
Croquis de la crisis española	192

Quinta edición, abril de 1986.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>). Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata..](#)

